

Publicado por:

NovaCasa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2020, **Ana Coello**

© 2022, de esta edición: Nova Casa Editorial

Edición

Juana Restrepo Díaz

Diseño de cubierta

Ana Coello y Liz Azconia

Maquetación

Paula Andrea Gutiérrez R.

Fotografía de cubierta

Pixabay

Impresión

PodiPrint

Primera edición: septiembre de 2021

Segunda edición: septiembre de 2022

Depósito Legal: B 11399-2022

ISBN: 978-84-1127-407-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

ANA COELLO

DULCE DEBILIDAD



Nova Casa | *Zelá*

Para mi hijo, él sabe darme paz.

*Este es un viaje a través de los laberintos
de una incandescente y pasional debilidad,
donde un hombre encontró la primera y única
razón para amar, y una mujer logró enfrentar
y doblegar su triste realidad.*

1

—¿Alejandro? —Una mujer, rondando los cuarenta, enfundada en el típico traje de secretaria eficiente, se acercó a él mirándolo de forma sensual. El chico logró no volcar los ojos ante esa actitud.

Él había llegado a su cita cinco minutos antes de la hora pactada. Transportarse en autobús en la Ciudad de México era como tirar una moneda al aire, pero todo había salido justo.

Observó aquel puesto de comida intentando que su rostro no demostrara su frustración, cuestión no tan complicada; no solía mostrar sus emociones, a veces tan poco, que creía no tenerlas.

Ni hablar, pensó resignado, trabajo era trabajo, y él lo necesitaba. Después, con más calma buscaría algo diferente. Por lo pronto eso le daría para comer y vivir en algún lugar medianamente decente. Un conocido le dijo que las propinas ahí, gracias a la ubicación, eran muy buenas. Esperaba que fuera cierto.

La miró con indiferencia, serio, pero ella parecía no percatarse. ¿Por qué carajos las mujeres parecían ver en él algo más que a alguien que quería trabajar? La fémina no estaba de mal ver, sin embargo, no era estúpido, una buena revolcada con

su posible jefa podría terminar de dos formas: obteniendo de ella lo que se le diera la gana para luego tenerla como garra-pata todo el día y lo asfixiara tanto que tendría que renunciar. O terminar sin trabajo por no acceder a sus exigencias y estar siempre a merced de sus caprichos.

No era un idiota. Las mujeres con las que laboraba eran tan intocables como las de sus mejores amigos. Esa era una de sus reglas y por nada las rompía.

—Sí, buenas tardes —sonrió de forma relajada acercándose a ella. La mujer meneó sus caderas dando un par de pasos más.

—Soy Jazmín. Un gusto. Por teléfono mencionaste que has tomado algunos cursos y que esto no se te dificulta, ¿cierto?

Era verdad, había asistido a varios talleres, diplomados, entre otras cosas de diferentes tipos de cocina, así que preparar esos rollos no era ningún problema, aunque tampoco era atractivo.

Después de continuar con la entrevista, preparó un rollo de sushi para que ella lo degustara dentro de aquel minúsculo, pero limpio lugar.

—Perfecto —sentenció unos minutos después—. Ahora dime... ¿Qué sucede con las referencias? —Alejandro respiró hondo, no tuvo más remedio que narrarle lo sucedido en su anterior empleo. Ella lo escuchó con atención—. De acuerdo, gracias por la confianza. Y dime, ¿cuándo puedes comenzar?

—De inmediato —respondió escondiendo su alivio, con ese gesto imperturbable tan característico. Se pusieron de acuerdo en los detalles y de pronto ya tenía trabajo. Eso era algo en medio de aquella precaria situación. Iría por las tardes, con el lunes como día de descanso. Sería el cocinero. El salario no era mucho, pero, con las propinas de los clientes que se dividían entre el repartidor y él, sería suficiente por un tiempo y le daría la posibilidad de mudarse a un lugar para así no tocar sus aho-

rrros. En diciembre sabría si su objetivo sería palpable y tenía que poder solventarlo. Esta vez nada lo detendría.

Las semanas pasaron rápidamente como había vaticinado. El trabajo era monótono, aunque en general bastante concurrido y con movimiento. Sobre todo el servicio a domicilio ya que la gente esnob rara vez se paraba ahí para ingerir un rollo.

Con su primer pago logró salir de casa de su amigo que le había dado asilo mientras resolvía su situación, y alquilar un pequeño cuarto de servicio en una torre de apartamentos de medio pelo en una colonia sencilla, pero decente y tranquila.

El lugar contaba con un espacio digno para vivir, aunque no dejaba de ser un cuarto de cinco por cinco donde cabía una cama de matrimonio, una pequeña mesa donde podía comer y a la vez ubicar el microondas. Un mueble de madera para su estufa eléctrica, su austero frigorífico, una cómoda con varias cajoneras donde ubicaba su pequeño televisor, dos mesas de noche y un pequeño armario de madera. Todo producto de su tiempo viviendo en la parte trasera del restaurante de don Horacio, ese hombre que lo sacó de la calle y le cambió la vida. Claro que había tenido más muebles. En siete años había adquirido bastantes cosas, pero no logró conseguir dónde guardarlas, así que eso había sido lo que pudo conservar y que para él era más que suficiente, no necesitaba más.

Martes por la noche. Se encontraba aburrido y para colmo esos solían ser días regular y odiosamente tranquilos. Por supuesto que, conforme avanzaba la semana, el ritmo aumentaba hasta que el sábado y domingo apenas si tenía tiempo de pensar.

Observaba pensativo la calle húmeda. El temporal estaba ya por terminar. Agosto comenzaba por lo que aún llovía de forma esporádica para después hacer un poco de calor, ya que el sol todavía calentaba lo suficiente.

Una camioneta de lujo color cereza se estacionó adelante del pequeño establecimiento. No le prestó atención. Ese tipo de autos abundaba por ahí y, por otro lado, justo frente al puesto se encontraba una tienda de autoservicio de cadena que solía haber por todos lados y ahí sí que desfilaban autos todo el santo día.

Terminó de empacar el arroz frito con camarón en uno de los recipientes desechables. Cuando regresara Said, el repartidor, tendría que llevar ya tres pedidos más. Se limpió la capa de sudor con el antebrazo marcado por un par de tatuajes resultado de su pasado. Hacía calor adentro.

—¿Por qué no me dejas de una maldita vez en paz?! ¡Estoy harta de todo esto!

El sollozo ahogado que venía acompañado por ese grito, lo hizo alzar la vista. Una chica rubia, a un par de metros, colgaba su llamada claramente molesta y... probablemente triste, su voz se había escuchado quebrada. Decidió seguir en lo suyo. Lo cierto era que fue muy difícil no ver esas piernas bien torneadas y bronceadas bajo ese vestidito de algodón verde limón, o esa melena descuidadamente recogida en una coleta alta.

Sacudió su cabeza haciendo a un lado la imagen. Ese tipo de mujeres solían ser intratables, demasiado pagadas de sí, cosa que de verdad tornaba todo lo atractivo que podían llegar a ser en algo desagradable y poco interesante.

La joven en cuestión resopló con fuerza y giró. Alejandro no pudo evitar contemplarla por unos segundos. Era una belleza a pesar de tener los ojos y la nariz enrojecidos, y no llevar encima una gota de maquillaje. Impresionante. Ella no lo veía, parecía distraída observando el infinito, así que se permitió contemplarla unos segundos. Total, nadie lo podía criticar con semejante mujer enfrente.

Alta, delgada, bien torneada, ojos más que grandes adornados con pestañas oscuras, que, incluso en la oscuridad, se adivinaban largas. La chica sacudió su delicado rostro como queriendo olvidar algo, lo que hizo que él continuara con su labor de inmediato para no ser descubierto. Aun así, continuó prestándole atención de manera inconsciente.

Notó de reojo cómo la rubia, algo indecisa, se acercaba al local. Se sentó en una de las sillas altas y alargó su brazo para tomar un menú con poco interés.

—Buenas noches... —murmuró esa voz que no tenía idea cambiaría su vida. Enseguida la encaró con fría indiferencia. Por muy impactante que estuviera, porque realmente lo era, no abriría la boca como idiota o haría mayor aspaviento.

—Buenas noches —respondió sin afán. La rubia leía el menú como si fuese un arduo examen. Iba a regresar a lo suyo, cuando ella elevó esos ojos grises y una mirada inigualablemente penetrante lo paralizó. No se movió por un par de segundos ante la potencia que transmitía. No supo qué hacer de pronto, como algo nuevo; se sintió un bruto.

—Yo... Bueno... ¿Qué puede llevar este rollo? —preguntó señalándole en la carta una de las líneas. *La voz es perfecta para ese rostro*, pensó acercándose un poco al menú que extendía hacia él. Le explicó con cortesía. Ella asintió reflexiva. Alejandro aprovechó el momento y continuó con lo que hacía—. ¿Y este? —De nuevo respondió, sereno. Sin embargo, cada vez que se acercaba, a pesar del olor en el lugar, el perfume suave y afrutado de la chica lograba desconcentrarlo: era delicioso, dulce—. ¿Podría mezclar este con este? —señaló de nuevo.

Alejandro pestañeó un tanto intrigado, la chica parecía estar en un dilema e intentando contener el llanto que amenazaba con regresar. *No es de mi incumbencia el estado de ánimo de los clientes*, se recordó al preguntarse qué la tendría así.

—Por supuesto. —La joven torció la boca, indecisa. Varias preguntas más sucedieron. Todas las respondió muy amablemente.

—Un rollo primavera nada más. —La elección final lo desconcertó y no pudo evitar sonreír con incredulidad. Ella pestañeó sin comprender por qué la veía así—. ¿Pasa algo? —lo cuestionó sin comprender.

—No, ahora mismo se lo preparo —dijo y sonrió entretenido. La joven arrugó la frente.

—¿Qué es tan divertido?

Alejandro la miró, inescrutable. ¿Era en serio? Después de haber recorrido todo el menú y enfrentarlo en algo que parecía ser una prueba sobre lo que ahí cocinaban, terminaba decidiéndose por lo más sencillo y sin chiste.

—Nada, ya lo hago —habló esperando a que esa niña no hiciera una escena.

Sin más, algo cambió en ese bello rostro y esa delineada boca se curvó en una... impresionante sonrisa.

—Ya... Fue mi decisión, ¿cierto? —quiso saber enseñando sus grandes y blancos dientes. Estaba preparado para una rabietta, pero no para esa reacción, sin remedio quedó desconcertado.

—No, claro que no.

—Sí, fue mi elección —afirmó sonriendo con inocencia al percatarse de lo que había hecho—. Lo siento, sé que te bombardeé con miles de preguntas para quedarme al final con el típico sushi —se excusó. Alejandro contempló por un instante los hoyuelos que se le hacían al reír. De verdad era muy bonita, más que eso, era hermosísima.

—No pasa nada, ese es mi trabajo —admitió con picardía. Ella ahora reía relajada, parecía que la tristeza de hacía unos minutos se había esfumado. Qué mujer tan extraña.

—*Dios*, lo siento, me comporté como la típica clienta fastidiosa... —continuaba riendo mientras frotaba su frente.

—De ninguna manera.

—Oh, sí, sí que lo fui, no me disculpes. ¿Sabes? Siempre me he preguntado cómo es que soportan a esa clase de personas, y heme aquí haciendo justo eso. ¡Qué horror! Llegar a un lugar y preguntar y preguntar para al final no llevarse nada o algo tan simple que parece hasta una grosería.

—Las personas tienen derecho a hacer eso —refutó. La chica enarcó una ceja, intrigada.

—¿En serio lo crees? —indagó con suspicacia.

Dios, además de preciosa, agradable.

—Tú ganas, a veces puede ser cansado —aceptó encarándola. Lo observó satisfecha por la respuesta. Mantenía su delicada barbilla recargada en la palma de su mano, ahora con semblante relajado, pícaro.

—Lo sabía —admitió encogiéndose de hombros como si fuese algo de lo más natural estar ahí, conversando con un cocinero cualquiera, de un carrito callejero de comida japonesa—. ¿Tienes mucho tiempo trabajando aquí? —El cambio de tema lo tomó por sorpresa y lo intrigó a la par.

Al posar su atención en ese impresionante rostro notó que observaba cómo cocinaba su orden de forma relajada, sin mayor pretensión. Su actitud lo desconcertó. Era evidente que buscaba conversación, nada más.

—Un mes —respondió al tiempo que enrollaba el alga con maestría. La rubia asintió.

—No sabes cuántas veces he intentado hacer uno de esos —dijo señalando el bulto que ahora estaba cortando—. Nunca me ha salido... Pero tú lo haces como si fuera lo más fácil del mundo, tanto que creo que lo volveré a intentar, a lo mejor no es tan difícil. —Él sonrió de manera genuina, poco lo hacía

pero esa chica lo había logrado en escasos minutos. Su frescura era atrayente, contagiosa.

—No creo que tengas problemas, aunque tiene su chiste... Pero una vez que lo encuentras, los demás son muy sencillos. —Ella elevó sus ojos plata hasta él. Ese gesto lo dejó con los pulmones comprimidos. Tenía una manera de mirar que parecía pretender atravesar la piel que cubría el cuerpo para llegar a un sitio aún más profundo. Era envolvente, extraño.

—No sabes lo que dices, en serio soy un desastre a la hora de cocinar, a pesar de que me llama la atención —admitió ri-sueña. Él le regresó el gesto sin saber qué decir. Esa chica lo descontrolaba por mucho que estuviera evitando que fuera así, jamás le había ocurrido. Sin darle más vuelta al asunto, le tendió su plato.

—Provecho.

—Gracias. ¿Cómo te llamas? —preguntó mientras le echaba salsa de soya a su platillo hasta dejar los rollos bien cubiertos.

—¿Yo? —preguntó enarcando una de sus gruesas cejas.

—Sí. Tú —confirmó observando a su alrededor con un dejo de burla—. ¿Hay alguien más? Lo siento, si no lo quieres decir no hay problema. Solo que estábamos aquí conversando y... creo que dar nuestros nombres no tiene nada de malo, ¿no? Yo soy Paulina. —Extendió su mano pulcra hasta él.

Por un momento buscó broma en sus ojos, no encontró nada, bueno, nada más que esa potencia absorbente. Respondió después de limpiarse las manos en su mandil oscuro, serio.

—Alejandro. —Ella sonrió de nuevo. No pudo evitar regresar el gesto.

—Bien, Alejandro. No fue tan difícil, ¿verdad? —declaró ligera para enseguida meterse comida en la boca. Él sacudió la cabeza, rascándose el cuello. ¿Cómo que ahora lo creía tímido? Eso sí que nunca le había ocurrido.

—Te burlas, lo noto. Pero debes saber que no suelen preguntármelo —decidió sincerarse, restándole importancia.

—Yo tampoco suelo hacerlo, es solo que me has caído bien y me pareció algo normal —confesó al tiempo que se metía otro bocado.

—Lo es si lo pones así...

Los rechinidos de varias llantas en el asfalto los distrajerón. Ambos voltearon hacia el sitio del que provenía el ruido. Unos chicos se aparcaron haciendo un escándalo en el local de enfrente.

—Fanfarrones —susurró ella. Alejandro asintió observando cómo se bajaban de sus autos deportivos haciendo un gran aspaviento—. No los mires, eso es lo que busca esa clase de tarados: llamar la atención. No comprendo qué tienen en la cabeza. Se arriesgan, pero además arriesgan a cualquiera que esté a su alrededor y disfrutan amedrentando... Patéticos.

—¿De verdad lo crees? —quiso saber ahora centrándose solo en ella. Había hablado con fervor y algo de... ¿Enojo? Casi soltó una carcajada.

—Claro, y tú también. ¿O qué? ¿Tengo la facha de esas mujeres a las que les gustan los asnos al volante, solo porque tienen un auto que seguramente su padre les pagó, ya que ellos no saben ni ponerse un calcetín? —refunfuñó. Ahora sí no pudo evitar soltar una risotada, además lo decía realmente molesta—. No te rías, es cierto —expresó con simpleza moviendo su dedo índice indicándole que se acercara con picardía. Le hizo caso, riendo aún. Era divertida. Al quedar a unos treinta centímetros se detuvo de forma abrupta, de pronto se sentía mareado por aquel delicioso aroma que despedía, tanto que se le estaba colando de una forma ridículamente cálida. ¿Qué mierdas era eso?—. Sé de qué te hablo, su cerebro no vale más que estos palillos que tengo en la mano, créeme.

Claro que le creía, él mismo estaba seguro de ello, lo increíble fue que una joven que seguramente vivía de forma similar lo estuviese diciendo.

—Nadie les ha enseñado lo contrario —los disculpó sin saber muy bien por qué. Siempre había creído lo mismo, pero también era consciente de que no podía generalizar. Debía de existir gente que se salvara de ser todo eso, ¿no?

Paulina enarcó una ceja, admirada. Lo que parecía ser una noche horrible, se estaba tornando interesante y... ¿agradable? Ese atractivo chico lo estaba logrando sin proponérselo. No comprendía muy bien qué sucedía, pero se sentía a gusto conversando con él, y no era solo porque fuera demasiado guapo, o que se reía con esos grandes ojos tan lindos que tenía. No, era el hecho de que le importaba un bledo lo que pensara de sí, lo que opinara de sus palabras. No lo conocía, no sabía quién era, ni nada de su patética vida, eso provocaba que se relajara y le dieran ganas de ser ella sin estar matizándolo todo.

Sin ser muy conscientes de lo que ahí se comenzaba a gestar, se enfrascaron en una larga discusión llena de argumentos válidos por ambas partes. Clientes y pedidos fueron desfilando por el local mientras ellos continuaban ahí; intercambiando puntos de vista sobre diferentes temas. Desde la situación del país, hasta los cambios climáticos y qué los provocaban.

Pronto dieron las once de la noche. Paulina hacía más de dos horas que había terminado su platillo y ya iba acabando su tercer té helado.

—¿En serio crees que se podría cambiar la educación de la gente de forma tan significativa como para que todo lo que nos hemos acabado en este planeta tenga reversibilidad? —La cuestionó Alejandro.

Ese tipo de disputas solía tener con el *don* como llamaba a su gran amigo cuando vivía. Podían durar hasta la madrugada

bebiendo alguna cerveza en la cocina, platicando sobre cosas de servir y otras no tanto.

—¿Reversibilidad? No creo, pero no es eso a lo que me refiero, sino a detenerlo. Si poco a poco, las escuelas, los padres, concientizamos a las nuevas generaciones, estas crecerán cuidando los recursos que tienen y el ambiente no se seguirá deteriorando.

—El sistema capitalista en el que vivimos no se detendrá, eso es imposible, millones de intereses económicos están de por medio —refutó convencido. Paulina lo escuchó atenta y asombrada. Era evidente que estaba instruido y que era culto. Torció la boca sopesando su argumento. De pronto la moto del repartidor se estacionó a un lado del local.

—Por fin terminé... —bufó el conductor quitándose el casco. Alejandro observó su reloj de mano. Las once.

Said reparó en aquella rubia buenísima que había permanecido ahí desde hacía un buen rato y que parecía de lo más cómoda en aquel banco de metal. ¿Acaso Alex la conocía? Seguramente sí, porque no lo veía como solían: casi suplicándole que las despojara de todas sus ropas ahí mismo si así lo deseaba. No, esa chica parecía simplemente estar pasándola bien. Suertudo y ciego, así lo había considerado desde el primer día, nunca parecía notar los constantes coqueteos, y si lo hacía, jamás daba respuesta. Si él fuera Alex, ya se hubiera tirado por lo menos a la mitad de aquellas mujeres, pero no, aunque volviera a nacer no sería siquiera semejante gracias a la complexión robusta y pequeña, herencia de su familia.

—Creo que es mejor que me vaya —anunció Paulina poniéndose en pie al darse cuenta de que ya se había hecho tarde. Alejandro sonrió, hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien conversando con alguien y, además, ni siquiera podía recordar la última vez que una chica le había parecido tan interesante como hermosa. Era una lástima, pero hasta ahí tendría que

quedar la agradable velada. Por mucho que le hubiese gustado invitarle a un trago, o continuar la plática en algún otro momento para no dejar de verla y escucharla, ellos no tenían nada en común y no era tan idiota para pensar que alguien como ella lo vería de otra forma, tampoco lo esperaba—. ¿Cuánto te debo? —preguntó sacando un billete del bolsillo de su vestido.

—No te preocupes, yo invito —se escuchó decir Alejandro. Si no la volvería a ver por lo menos eso podría hacer, se dijo relajado.

—No, no puedo aceptarlo, si lo haces me va a dar pena regresar y la verdad la pasé bien, no me prives de eso —rogó divertida con un dejo de dulzura.

—No, en serio, no te preocupes.

—Y puedes regresar mañana mismo si quieres —terció Said casi babeando. Alejandro rodó los ojos mientras Paulina reía sin sentirse en lo absoluto cohibida por aquellas palabras.

—No lo escuches, no es nada.

—De acuerdo, gracias... por todo —declaró despidiéndose con la mano. Alejandro respondió.

Ya que se alejaba, no pudo evitar observarla andar de forma ligera hasta su camioneta. Era muy probable que nunca volviese a ver a esa impresionante mujer, pero sabía que recordaría la velada de forma agradable.

—Es todo un bombón, hermano, ¿de dónde diablos salió? No me digas que es amiga tuya, porque si sí, dime qué lugares frecuentas. Está...

—Espantarías a todas, mejor vamos a guardar todo —lo acalló.

—¿Alejandro? —Su bella voz lo hizo voltear. Se acercaba de nuevo al local. Lo rodeó y asomó su rostro por la puertezuela. Los dos chicos la observaron, mudos—. ¿Crees que podamos repetirlo? —La pregunta lo tomó por sorpresa. ¿Era en serio?

Said le dio un empujón para que reaccionara.

—Cuando quieras, ya sabes dónde encontrarme —contestó logrando parecer sereno aunque le costó. No sabía qué tenía esa chica que lo hacía sentir un estúpido.

—Genial, entonces... Nos vemos pronto. —Un segundo después desapareció.

—¿Qué nadie te enseñó a ligar, hermano? Caray, eres un caso... ¿Cuántos desearíamos que una mujer como esa nos dijera algo así? Y tú te quedas como imbécil ahí, de verdad que Dios fue injusto conmigo —se quejó mirando el techo.

—No es injusto, es solo que no les da alas a los alacranes —gruñó. Said arrugó la frente sin comprender sus palabras. Alejandro rodó los ojos decidiendo que ese chico era un caso perdido y comenzó el cierre de caja dejando de lado, con esfuerzo, lo ocurrido las últimas horas. No tenía sentido darle mayor importancia. Pero la realidad era que no podía estar más equivocado.

2

La semana transcurrió en medio de búsquedas de trabajo. Uno no era suficiente. Lo cierto era que estaba siendo complicado, aunque eso no lo detendría.

—Hola... —Alejandro alzó la vista, incrédulo. Después de días tan difíciles escucharla era como un soplo de vida. Alzó la mirada despacio, intentando preparar a su cerebro para lo que sabía que iba a ver.

No, ni eso funcionó. Lucía sencillamente hermosa. Su cabello lacio y suelto, una blusa ajustada de botones color turquesa y una sonrisa en serio espectacular. Paulina se sentó en el mismo banco que hacía una semana, relajada, sosteniendo su mirada sin vacilar.

—Hola —respondió intentando parecer sereno y no desconcertado, como en realidad se hallaba—. ¿Mucho trabajo?

—Lo de siempre, estos días no hay tanto movimiento en realidad... ¿Y tú? Te ves más tranquila —se atrevió a decir. La joven torció la boca, asintiendo.

—Sí, ese día... La verdad es que hay ocasiones en las que quisiera tener una varita mágica para cambiarlo todo, ¿tú no? —cuestionó frustrada.

Por supuesto que si eso existiera ya habría hecho hasta lo imposible por conseguir una... Pero la vida le había enseñado que no hay tiempo para esos sueños y que por mucho que a veces uno se esmere, las cosas no son como se quiere.

—Creo que los únicos que podemos cambiar lo que no nos agrada somos nosotros.

—A veces no es tan sencillo —declaró suspirando.

—¿Quieres algo de tomar? —preguntó él cambiando de tema, comprendiendo que la charla la deprimía. Ella aceptó sonriendo de nuevo y qué sonrisa, iluminaba el diminuto local.

Varios minutos después soltaban sonoras carcajadas. Comenzaron una guerra de chistes simplones y ya ninguno tenía sentido, pero no cesaban.

—Por Dios, Paulina, ese es tan malo que creo que ni a la categoría de chiste llega —expresó riendo por lo que acababa de escuchar.

—Claro que lo es, si no, no estarías carcajeándote —señaló divertida. Él asintió dándole la razón. ¿Por qué ella lo hacía reír con tanta facilidad?

De repente un grupo de al menos quince personas se detuvo frente al pequeño local. Alejandro saludó educado a los posibles clientes. Un bombardeo de pedidos comenzó. Con paciencia los atendió, anotando las órdenes, pero parecían famélicos, si uno quería algo, el otro lo pedía aún más fuerte.

Paulina observó la escena, aturdida, admirando la capacidad de Alejandro para parecer impasible ante aquella locura. Sonriendo y con una idea en mente, rodeó el local y se introdujo sin avisar. Le ayudaría.

El chico la miró sin comprender en lo absoluto lo que hacía ahí adentro, aunque tampoco objetó.

—De acuerdo, señores, hagamos algo; una fila para ir tomando la orden junto con sus nombres para saber a quién pertenece.

Nadie se quejó ante lo que la rubia solicitaba, es más, se replegaron e hicieron caso como si una diosa del olimpo se los hubiera pedido. Alejandro sacudió la cabeza sonriendo mientras ella anotaba y algunas veces le preguntaba sobre algo que no sabía, obviamente más de uno le pidió su teléfono, petición que Paulina ignoró con una hermosa sonrisa. Así, en menos de cinco minutos, tenía todas las comandas y comenzaba a trabajar.

—Siéntate, puedo con esto.

—Un «gracias» estaría bien, pero, además, por ahora no hay un sitio desocupado. Tú termina mientras yo reparto las bebidas... Ah, y esto te costará la mitad de tus propinas, ni sueñes que es gratis —bromeó sacando las sodas del frigorífico. Alejandro rio sacudiendo la cabeza.

Casi una hora después la revolución concluyó. Cuando el último cliente se fue y él acabó de cobrar, giró dejando salir un suspiro cargado de cansancio, pero sin preverlo quedó a escasos centímetros de Paulina. Ambos retuvieron el aire, mirándose fijamente, desconcertados. Estaban tan cerca que sus brazos se rozaban, sus respiraciones se escuchaban.

—Gracias... —susurró perdido en esos redondos ojos color acero. Su olor lo embriagó de inmediato; era dulce, delicado.

Ella sonrió evidentemente nerviosa, asintiendo embelesada. Hasta ese momento no había sido consciente de los hermosos labios que poseía... Tampoco de las ardientes ganas que tenía por probar a qué sabían. Eso era absolutamente nuevo.

Sus respiraciones parecían estar en pausa, extraviadas, algo estaba sucediendo y ninguno era capaz siquiera de moverse. Química, quizá, atracción, eso era indiscutible.

Un estruendoso timbre procedente de la parte trasera del bolsillo del pantalón de la chica logró que ambos pestañearan regresando de golpe a la realidad. Lo sacó para ver quién llamaba. Al mirar la pantalla su expresión cambió drásticamente.

Salió del pequeño lugar contestando. Alejandro se quedó ahí, de pie, inmóvil. ¿Qué fue todo eso?

—Lo siento, debo irme —escuchó que le decía. Giró de inmediato, asintiendo.

—Claro... ¿Está todo bien? —preguntó con cortesía al notar un dejo de molestia en sus ojos, esos que toda la tarde se habían mostrado chispeantes.

—Sí, lo de siempre... —admitió encogiéndose de hombros. Lo observó unos segundos en silencio, como esperando algo. Luego suspiró con fuerza—. Bien, ya que no lo haces tú lo haré yo. ¿Te gustaría ir a tomar algo uno de estos días? —Lo invitó desinhibida. Alejandro arrugó la frente, incrédulo. Eso no lo vio venir.

Paulina, al notar su actitud, deseó que la tierra la tragara. Jamás había hecho algo como eso, pero algo le decía que él no daría el primer paso así que decidió tomar la iniciativa y lo único que obtuvo fue «eso».

—No tienes que ir si no quieres. Dios, no debí...

—No, lo lamento. Quiero decir, sí, claro, cuando quieras... Es solo que... Ya sabes, salgo tarde.

—Por eso no te preocupes, no duermo temprano. —En cuanto dijo aquello, se arrepintió, sus mejillas se sonrojaron. ¡Diablos! No entendía su propio proceder, parecía una adolescente detrás de un chico difícil.

—¡Oh! Entonces es genial.

—Sí, lo es... Yo, *emm*, nos vemos pronto —se despidió un tanto perdida, apenada también. Dios, no sabía qué más decir. La situación era tan nueva que no tenía ni la menor idea de cuál paso era el siguiente. Sin embargo, desde aquel día, ya hacía una semana, no había logrado sacárselo de la cabeza. Gracias a él los problemas de siempre desaparecieron por algunas horas,

eso... nunca le había ocurrido, menos últimamente que todo parecía ir de mal en peor y eso ya era mucho decir.

Alejandro la observó alejarse, pensativo, con las palmas sudando, cuestión extraña porque pocas cosas habían logrado ese efecto en él. Negó dejando salir un suspiro cansino. Paulina no parecía ser como el resto y eso generaba campanas de alerta en su interior. ¿A dónde podía llevar siquiera una amistad con alguien como ella?

Él era un chico que había crecido en la calle; esa era su verdad, por mucho que hubiese logrado terminar el bachillerato y aprender modales, leído como enajenado y varias cosas más gracias a don Horacio, jamás tendría la educación de alguien así.

Nunca había viajado, no tenía dinero para salir a sitios ni medianamente caros, su ropa la adquiriría en cualquier lugar, por supuesto no era de marca, era cómoda, barata nada más. Creció rodeado de vándalos, él mismo había sido uno de ellos. Tenía casi veinticuatro años y ya se sentía de cincuenta gracias a todo lo que había presenciado y que una chica como Paulina solo había visto en una película o noticieros.



Said y él ya estaban cerrando el pequeño local cuando la bocina de un auto los hizo girar. Al darse cuenta de quién era, sonrió sacudiendo la cabeza. Era en serio lo que le había dicho, comprendió desorientado.

—¿Ya se iban? —quiso saber ella desde su asiento. Alejandro asintió serio, estudiándola—. Anda, sube, tomemos algo... —propuso con su voz cándida.

Deseaba decir que no, sabía que era lo mejor, estaba convencido de que una amistad entre ambos no tenía sentido, pero

no pudo, simplemente ese imán que ella tenía lo jalaba sin lograr que la cabeza tomara la rienda, como debía ser. Así que se encontró caminando hacia la camioneta, bien consciente de que estaba cometiendo una locura, una de las grandes, sin embargo, ¿en qué planeta alguien podría decirle a esa hada que no? En ninguno.

—Buenas noches... —La saludó con cortesía. Paulina le devolvió una enorme sonrisa. Iba de lo más sencilla vestida, notó relajándose. En realidad, parecía venir de su cama, admitió al observarla y aun así se veía bellísima—. Te dije que iríamos a tomar algo y eso haremos en vista de que tú jamás vas a proponerlo.

—No creí que lo dijeras en serio —admitió negando, riendo. Aún no entendía por qué estaba haciendo aquello, pero al verla se le olvidaban la mayoría de sus preceptos.

—¿Qué? ¿Las chicas no te invitan a salir?

—*Nop*, esto es extraño, aunque no me desagrada sinceramente.

—No te creo, a ti debe de pasarte un montón.

—No, no me pasa —aceptó. Paulina torció el labio mostrando suspicacia.

—Oh, ya. Eres el caballero al que le gusta invitar.

—A veces, pero en general no suelo «salir» con alguien —confesó notando cómo se perdía cada vez más, eso lo divirtió.

—¿Cómo? ¿Eres gay? —indagó con incredulidad. Alejandro soltó una carcajada.

—Por favor dime que no lo parezco, digo, no tengo nada en su contra, pero no me gustaría que las chicas pensaran eso de mí —expresó riendo. Ella arrugó la nariz avergonzada.

—No, claro que no lo pareces, pero entonces sí sales con chicas, ¿no?

—Paulina, no «salgo». Es... diversión y ya, ¿comprendes? —Se sinceró sin saber por qué. La joven enarcó las cejas.

—O sea que...

No pudo terminar.

—Cambiemos de tema, creo que esto no tiene sentido.

—Sí, tienes razón, pero debes saber que esta salida... Yo no pienso... —lucía claramente nerviosa.

—Tranquila, solo tomaremos algo, no he creído otra cosa —le hizo ver divertido. Paulina soltó el aire —. Lo que sí creo que es un error, es que no tienes idea de quién soy y me has subido a tu auto sin más... ¿No crees que eso es algo arriesgado? —La cuestionó intrigado.

—Si planeas hacerme algo mejor dime y te bajo ahora mismo. Yo solo quiero una cerveza bien fría, y nada truncará mi idea. ¿Es eso tan malo? —Le advirtió con un dejo de diversión. Se encontró, sin pretenderlo, riendo de nuevo.

—Tú ganas, vamos por la cerveza.

La chica aparcó junto a un bar de lo más sencillo. Al bajar, escuchó que en el interior se tocaba música bohemia, agradable. Caminaron uno al lado del otro. El establecimiento no estaba lleno así que les fue sencillo encontrar una mesa.

—¿Qué desean tomar? —Una mujer de cabello negro muy corto y ojos igual de oscuros, esperaba sonriendo con una pequeña libreta en la mano.

—Una cerveza clara, de la que tengas. ¿Y tú? —le preguntó Paulina al joven que tenía enfrente.

—Lo mismo —secundó.

—Es agradable, ¿no es cierto? —señaló sonriente en cuanto estuvieron de nuevo solos.

—Sí, ¿vienes con frecuencia?

—*Nop*, solo lo había visto al pasar, pero siempre tuve ganas de saber cómo estaba... —Alejandro asintió estudiando el lugar. Ciertamente parecía un sitio más neutro: ni de esos a los que él había llegado a ir ni de los que una chica como ella

frecuentaría en la cotidianidad—. ¿Y dime? ¿Estudias o ya terminaste? —comenzó la joven.

Ya habían llegado sus bebidas, Paulina tomó un gran trago esperando la respuesta. No tenía ni idea de qué había en él, lo cierto era que la atraía, la intrigaba y sí, le gustaba bastante. A simple vista era, sin lugar a dudas, muy guapo, alto, bien torneado, con un rostro que varios de sus amigos y conocidos matarían por tener, dientes grandes y perfectos enmarcados en unos hermosos labios los suficientemente carnosos y delineados como para querer averiguar su textura; tez morena que parecía en realidad muy bronceada, barba bien rasurada, cejas oscuras pobladas y justo debajo de ellas, unos ojos color ámbar absolutamente expresivos que se veían aún mejor con aquellas espesas y onduladas pestañas. No mentía, en serio era guapísimo.

El chico jugó con su trago un momento para luego negar.

—Ninguna de las dos —corrigió. Paulina notó que se sentía incómodo. Torció una mueca suponiendo que su vida no debía ser para nada fácil. Bueno, en realidad la vida no era fácil, y punto. Lo cierto era que no sabía nada de él. ¿Viviría con su familia? ¿Tendría hermanos? ¿Dónde estaría su casa? ¿Llegaría cada noche y su madre lo recibiría con un dulce beso? ¿Cómo serían sus amigos? Y más importante aún: ¿Tendría novia?

Desconocía por qué trabajaba ahí, en ese pequeño carrito de comida japonesa. Las razones podían ser millones, por lo mismo moría por saber eso y todo de él. Alejandro, en su conversar, se notaba un hombre hábil, inteligente, estudiado, un plan de vida debía tener pues era evidente que no era un papanatas como todos los muchachos que conocía. Ansía-ba conocerlo más.

—Y... ¿Te gustaría hacerlo? —lo interrogó. La mirada que obtuvo a cambio casi la hizo desaparecer, no parecía molesto, pero sí algo confundido.

—¿Te interesa saberlo? —preguntó indolente. Paulina arqueó una ceja estudiándolo ahora con seriedad. ¡Guou! ¿A qué diablos venía esa pregunta?

—Escucha, Alejandro, me caes bien, lo poco que te conozco te considero inteligente, y en lo absoluto una persona con pocas aspiraciones. Nadie que no tenga un sueño o una meta habla como tú lo hiciste la otra noche. Así que... sí, me interesa saberlo, si es que a ti te interesa compartirlo. Si seremos amigos, creo que podríamos comenzar con saber cosas el uno del otro. ¿Qué tiene eso de extraño?

—Alguien como tú... ¿Quiere ser mi amiga?

Su comentario tenía un tinte de ironía. Paulina clavó sus ojos plateados en los suyos sopesando lo que debía responder, o si era mejor levantarse e irse.

—¿Alguien como *yo*?, ¿tengo algo raro de lo que no me haya dado cuenta? No te sigo.

—Sabes bien a lo que me refiero. Nuestros mundos son opuestos... En ningún punto coinciden.

—Oh, ya veo, hablas de prejuicios. ¿Acaso ellos te impiden tener una amiga como yo? Porque, en lo que a mí concierne, somos una chica y un chico que se están conociendo y que se cayeron bien desde el primer momento. Así que mejor tú dime sí estoy aquí con alguien a quien le interesa mi amistad o con alguien que cree que porque nos hemos educado de forma distinta no podremos tener nada en común... Porque debes saber, en este momento, que eso para mí son estupideces —zanjó y sin saber cómo, notó que era un acierto. Al terminar se recargó en el respaldo del asiento con sus brazos cruzados bajo su pecho.

Alejandro estaba perplejo, sus palabras lo dejaron aún más perdido. No sabía qué decir ante lo que acababa de escuchar. ¿Prejuicios? Sí, muchos, no era idiota, ella no sabía qué era morir de hambre ni lo que se podía llegar a hacer para tener un

trozo de pan en aquel hueco en medio del cuerpo. No sabía lo que era no tener la menor jodida idea de dónde dormiría al día siguiente, mucho menos no tener una maldita pista de quién fregados eran tus padres y por qué fuiste tan poca cosa para ellos como para que te abandonaran al poco tiempo de llegar a este mundo.

¡Claro que tenía prejuicios!

La vida le había enseñado que por mucho que se preparase, que por mucho que buscara día a día superarse, él era lo que era: un chico de la calle, huérfano, criado en hospicio ya que ni a quien lo debía amar incondicionalmente le importó y que gracias a ello creció rodeado de las miserias de la vida.

¿Qué diablos podían tener en común una princesa y un hombre como él? Nada, así de simple.

3

Pasaron varios minutos observándose, en silencio. Por fin se atrevió a hablar. Era necesario dejar claras las cosas.

—Paulina, no quiero sonar grosero, lo prometo, pero no comprendo... ¿qué buscas en mí? ¿Algo diferente? ¿Alguien con quién divertirse? ¿Te aburriste de lo que te rodea? —la cuestionó.

No podía eludir esa necesidad urgente de alejarse, de dejarle claro que no existía ni la menor posibilidad de algo entre ellos, pero a la vez, por muy estúpido que pareciera, algo más fuerte que su voluntad lo alentaba a perderse en esa piel, en esos ojos, por escucharla hablar horas y horas.

—No me conoces, Alejandro, por eso no me molestaré por todo lo que acabas de decir o insinuar. Aunque debería pues parece que ya te formaste una opinión de mí sin siquiera indagar más sobre mi vida. ¿Soy feliz? La verdad no, no lo soy, a pesar de que eso es lo que busco cada día y te prometo que lo lograré... ¿Todas esas tonterías que preguntaste se refieren al dinero? Genial, yo no lo tengo, pero mi padre sí, a montones y gracias a eso he tenido una vida que, créeme, en lo absoluto envidiarías, así que abre un poco tu mente y dime... ¿Puedes tener una amiga como yo o es mejor que nos marchemos? Porque me da

la impresión de que eso es lo que deseas y de ninguna manera quiero obligarte a que permanezcas aquí si no quieres —concluyó con decisión.

El chico se quedó paralizado y es que ni en mil años pensó encontrarse en una situación siquiera parecida. Parecía un mal chiste. Aspiró profundamente notando cómo la sangre corría de forma vertiginosa por sus venas, esas que con nada se lograban alterar. Paulina lo despertaba, lo hacía ser asombrosamente consciente de sí mismo y si iba a cometer la mayor estupidez de su vida, pues por lo menos sabría que no sería por cualquiera, sino por alguien con agallas, inteligente y con esa sonrisa coqueta que lo embriagaba.

—Gastronomía... —se escuchó decir. La joven tardó un segundo en reaccionar, pero en cuanto lo hizo, sonrió. Alejandro había dado su brazo a torcer, ¡al diablo su maldito mundo superficial!

—¿En serio? Eso suena complicado... Bueno, ya sabes, soy un desastre cocinando —le recordó alzando su cerveza para que él chocara su botella con la suya.

—¿Y tú? —preguntó echándose con soltura unos cacahuates a la boca.

—Idiomas, estoy a un año de terminar.

—¿Idiomas? Quieres decir que hablas algo más que español, supongo —dedujo interesado. Ella recargó sus brazos sobre la mesa y se acercó un poco a él. Lucía como si le fuese a contar un secreto, no pudo evitar sonreír al verla.

—Hablo ocho diferentes —susurró—, pero no se lo digas a nadie, pareceré aburrida... —Alejandro pestañeó atónito. Paulina se alejó enarcando una ceja ante su reacción—. ¿Qué? ¿Tú también lo crees? —se quejó con un leve puchero.

—No, lo prometo, es solo que me dejaste asombrado. Debes de dedicarle mucho tiempo, ¿no?

—A veces, no siempre. Desde pequeña he ido aprendiendo, así que no es que me viva la vida detrás de un libro o algo así. Además, dicen que tengo facilidad... —De pronto decidió cambiar el tema, lo veía más relajado, supo que era su oportunidad—. Y dime, ¿cuándo piensas comenzar?

—Concurse para una beca en una escuela gastronómica en el centro, los resultados salen a final de año, debo esperar —respondió evaluando su reacción. Aún seguía creyendo que en cualquier momento se levantaría y abandonaría el lugar, no sin antes burlarse de él.

—Qué desesperación. Eso es mucho tiempo, pero presiento que la obtendrás —vaticinó con seriedad y absoluta confianza. La miró desconcertado. ¿Cómo carajo hacía para que todo pareciera tan sencillo?

—Eso espero, si no tendré que intentarlo de nuevo. Esa carrera ahí es muy costosa y yo... no podría solventarla —manifestó serio. Paulina notó cómo se retraía.

—Yo que tú no me preocuparía, te la darán —lo alentó guiñándole un ojo.

—Mejor tú dime, ¿trabajarás como traductora? —preguntó. La mirada de ella brilló.

—Sí, bueno, eso espero. Mi sueño es lograr estar en una enorme organización siendo traductora simultánea de temas realmente trascendentales en el mundo.

Alejandro enarcó las cejas. Esa chica sí que tenía aspiraciones.

—Suena importante.

—Sí, ¿te imaginas? Estar frente a mandatarios de los países más poderosos del mundo, traduciendo cosas que podrían cambiar el rumbo de las cosas. —Hablaba con pasión—. Pero dime, ¿hasta dónde te gustaría llegar? —lo cuestionó. El chico sopesó su pregunta unos segundos.

Paulina acercó una de sus manos hasta la suya y la sacudió con confianza. El gesto lo dejó noqueado, no se lo esperaba, su tacto era cálido, tierno. Elevó los ojos hasta toparse con los suyos, estos lo miraban expectante, sin percatarse de todo lo que estaba provocando dentro de él

—Anda, no seas penoso, soñar no cuesta, y quién sabe, a lo mejor ambos lo logramos. —Retiró su mano para recargar en ella su delicada barbilla.

No tenía ni una maldita idea de cómo, pero esa chica se estaba colando en su interior de una forma desconocida, parecía demasiado irreal, demasiado hermosa, demasiado... perfecta.

—Chef, chef de un hotel Gran Turismo en el extranjero. Tener una enorme cocina a mi cargo, poder crear cosas que la gente al ir aprecie.

Qué fácil fue eso. Decir su objetivo en voz alta era algo que solo se había atrevido a compartir con su protector, ya hacía mucho tiempo. La rubia lo escuchó fascinada y con atención.

—Oye, eso suena también algo interesante. Jamás pensé en un chef cuando dijiste «gastronomía», debí sonar algo tonta.

—Para nada, si no estás en eso, no tienes por qué saberlo.

El resto de la noche, continuaron platicando sobre temas no tan personales. Paulina notaba cierta resistencia de él para abrirse, así que no lo presionó, para ser sincera tampoco moría por hablar sobre lo fúnebre que era su vida.

Ya solo quedaba una pareja y ellos en aquel agradable lugar. No se habían percatado. La chica tomó su celular, ese que había ignorado durante todo ese tiempo. Las tres de la mañana. Enseguida pidieron la cuenta.

—Lo sentimos, no nos dimos cuenta de la hora —se excusó Alejandro con la mesera que ya lucía fatigada. Esta le sonrió guiñándole un ojo, coqueta, ya sin atisbo de molestia.

—No pasa nada —lo disculpó con voz dulzona y luego se alejó. Paulina arqueó una ceja experimentando un leve malestar justo en medio del estómago.

—¡Vaya! Creo que le hiciste la noche a esa chica —señaló buscando esconder su... ¿enojo? Alejandro sonrió apenado tomando la nota. No había sido mucho gracias a que estuvieron hablando sin detenerse. De repente aquella mano delgada cruzó por su campo de visión y le quitó la cuenta.

—Esto lo pago yo —anunció al tiempo que sacaba la cartera del bolso.

—Claro que no. —Intentó agarrar el papel, pero ella lo elevó lejos de su alcance.

—*Nop*, yo te invité, yo pago.

Alejandro la observó confundido.

—Puedo pagarlo yo, Paulina —espetó algo serio, de nuevo. Ella entornó los ojos sonriendo, relajada.

—Ah, ¡qué bien! Lo cierto es que yo te invité, yo pago. Cuando tú invites, tú pagas. ¿O qué? No me digas que detrás de esos ideales se esconde un macho en potencia —lo desafió enarcando una de sus hermosas y cuidadas cejas.

Alejandro se rascó la nuca negando, arrugando la frente.

—¿Macho? ¿Querer pagar la cuenta me convierte en un macho?

—Eso es lo que se usa; el hombre paga, el hombre conduce, el hombre invita... Blablablá. —Llamó a la mesera con un ademán. Esta llegó de inmediato—. Gracias y quédate con el cambio. —La joven sonrió alejándose.

—¿Y eso a ti te... molesta? —preguntó él un tanto perdido. Debía admitir que con ella todo era nuevo, refrescante, impredecible.

—No —admitió encogiéndose de hombros, levantándose—. Pero me parece... ¿incoherente? —Ya en la acera se detuvieron. El gesto de desconcierto de él la divirtió—. *OK*, te explico. Si

todas las mujeres queremos igualdad, entonces hagamos cosas que de verdad lo demuestren... ¿O acaso tú crees que somos seres inferiores?

—No, no, para nada, creo que son lo que quieren ser —se defendió de inmediato, aunque creyera lo contrario, si lo decía, sería hombre muerto, pero no era el caso.

—Genial, entonces, te llevo —anunció.

¡Guou, guou, guou! Esa chica se iba a los extremos. Ni de loco permitiría eso.

—No es necesario. Tomaré un taxi... —dijo, renuente.

Paulina ya caminaba en dirección de su auto. Se detuvo y giró notoriamente desconcertada.

—¿Es en serio?

—Sí, no hace falta que te desvíes, por mí no te preocupes... —apuntó conciliador. Pero claro que ella regresó sus pasos hasta quedar frente a él.

—¿Vas a arruinar mi cita? —lo cuestionó con seriedad, a unos centímetros de su rostro.

En cuanto percibió la calidez del menudo cuerpo, la boca se le secó: esa mujer tenía unos labios verdaderamente apetecibles, sin embargo, se obligó a mirarla a los ojos. ¡Puf!, peor, esos pozos plomizos eran... imponentes.

—¿Tu cita? —logró articular. Se sentía un ingenuo.

—Sí, mi cita. Te recuerdo que yo te invité, ya que tú no tuviste la... ¿valentía? O las ganas, no sé, pero aceptaste. Yo decidí el lugar, yo conduje, yo pagué, así que yo te llevo... Eso se hace en las citas, ¿no? Cuando sea tu turno, si es que crees que lo valgo, tú harás todo eso —sentenció con seguridad. La observó fijamente, aturdido. Esa chica era realmente desconcertante.

Paulina aprovechó su aturdimiento, lo tomó de la mano con la confianza que ese gesto implicaba y lo arrastró hasta su

camioneta. Botó los seguros y abrió la puerta del copiloto invitándolo a subir.

—¿Nunca te rindes? —replicó un tanto divertido, sabiendo de antemano que tendría que ceder.

—¿Tú que crees? —lo desafió, riendo. Alejandro rodó los ojos, sonriendo. Ya cambiaría su actitud al ver dónde vivía. Probablemente encontraría cualquier excusa para no volver y el capricho se acabaría.

Le dio las señas estudiando sus reacciones, pero ella parecía de lo más serena, incluso iba tarareando una canción de la radio. Veinte minutos después llegaron. Paulina observó los departamentos, como quien ve cualquier cosa. No se veían tan mal. Viejos, un poco deteriorados, nada más.

—¿Aquí vives? —preguntó un tanto agotada.

—Sí, en uno de los cuartos de servicio, justo hasta el último piso —soltó esperando la reacción que imaginaba. La chica arrugó la frente, incrédula.

—¿Vives solo?

—Sí.

—Oh, ¿y tu... familia? Quiero decir, ¿decidiste independizarte? —indagó. Alejandro la miró fijamente. Paulina también lo hacía, un tanto confundida por su extraña actitud.

—No tengo padres, o bueno, sí los tengo, pero no tengo idea de quiénes son —le informó con indiferencia. La chica retrocedió un poco, tragando saliva, descompuesta.

Al fin una reacción que él esperaba.

—Yo, lo lamento... No sabía... —se disculpó con la mirada llena de culpabilidad. Alejandro abrió la puerta decidido a bajarse. Ahí acababa el asunto, lo sabía.

—No veo por qué si yo no lo hago, y te aseguro que mucho menos ellos. Me la pasé bien, Paulina, gracias por todo, cuídate —se despidió y bajó sin darle oportunidad de nada.

Caminó hasta la puerta. En su pecho crecía una extraña opresión. No quería, pero debía ser así. Las cosas no podían ni debían avanzar. En la vida real juntar un cisne con una paloma, no ocurre.

—¡Ey! —Su voz lo detuvo, ya estaba a punto de abrir la puerta de herrería gastada—. ¿Qué pasa contigo? —La sintió acercarse, continuó sin voltear—. Parece que estás esperando todo el tiempo que salga gritando espantada —lo acusó. No la conocía muy bien, pero parecía molesta—, ¿y sabes? Si lo hago no será por las retorcidas razones que tienes, sino por qué eres demasiado soberbio como para creer que a mí este tipo de cosas no me importan, porque estás seguro de que me amedrentaré ante lo que ha sido tu vida y jamás volveré a buscarte y, créeme, eso haré —advirtió con decisión. Sus palabras sin comprender por qué, calaron más de lo que imaginó. Volteó para encararla. Ella tenía los brazos rígidos a los lados y la quijada apretada.

—Es lo mejor —admitió Alejandro en voz baja, con frialdad.

—Eres cobarde, ¿sabes? Y sí, creo que es lo mejor.

—¿Cobarde? —repitió un tanto molesto. Ella asintió con firmeza—. No tienes una jodida idea de lo que es mi vida... Y si crees que por una noche agradable ya conoces todo sobre mí, estás bastante perdida. No todo es color de rosa como tú crees —se defendió acercándose a ella con furia contenida.

—¿Y tú sabes cómo es la mía? Tampoco tienes una jodida idea —lo desafió usando sus mismas palabras, incluso el mismo tono—. ¿Crees saber mucho de mí por haber platicado algunas veces? No, Alejandro, no te equivoques. Parece que después de todo no eres tan inteligente como te consideré. Me crees superficial, una chica que lo puede tener todo fácilmente, alguien que no tiene que luchar por lo que quiere, un ser mediocre y vacío. ¿No tienes padres? Yo sí, y no me han servido de una

mierda en un buen tiempo... ¿Eso te espanta? ¿Por qué no sales corriendo?

—Deja de burlarte, terminar esto aquí es lo mejor, lo sabes —espetó comenzando a sentir cómo su molestia disminuía sin comprender muy bien el porqué, al igual que la idea firme de que algo entre ellos era imposible.

—Sí, creo que lo es, pero no por tus prejuicios, sino porque creo que no vales tanto la pena como para que haya hecho cosas que jamás siquiera me atreví a pensar hacer —reviró.

¡Ouch! Eso dolió, dolió bastante. No podía permitir que pensara eso de él. Ella no.

—Paulina —la llamó. Se detuvo sin girar—. ¿De verdad no te asusta saber que vivo aquí, que no tengo padres, que provenigo de la calle y que, por lo mismo, cuento con una educación bastante diferente, con pocas oportunidades en la vida? —indagó tenso. La joven volteó, suavizando su gesto y cruzó sus brazos sobre el tórax.

—Todo eso que dices... ¿Debe asustarme? ¿Por qué? ¿Acaso robas? ¿Haces cosas de las que te avergüenzas? ¿Estoy en riesgo estando contigo?

—¿Eres real? —La interrumpió de repente.

Sonrió al escucharlo decir aquello. Sus ojos miel ahora la veían con admiración, su mirada se tornó suave, diabólicamente angelical, incrédula también.

—Eso parece que no lo sabrás —sentenció torciendo la boca. Alejandro resopló frustrado. ¿Por qué le pasaba todo eso a él?, ¿por qué? No se suponía que debía cruzarse de esa forma con una chica como ella, pero mucho menos interesarse y, para colmo, no debía ser así; sencilla, hermosa, inteligente y endemoniadamente fascinante.

—Lamento portarme como un imbécil —admitió frunciendo el ceño. Paulina continuó en silencio. Era obvio que le dejaba

ahora el futuro de lo que parecía querer surgir, en sus manos—. Y... tienes razón, mis complejos están ganando en todo esto... — Esperó a que dijera algo, pero no ocurrió, solo lo miraba. Sonrió pasándose una mano por el cuello. Era justo que se comportara así. Después de todo le había soportado más de un desplante en la noche—. Si tú quieres, bueno, me encantaría que nos conociéramos más y que...

Se detuvo sin saber cómo continuar.

—¿Te quedaste mudo? Porque ibas bien, eh —expresó con frescura. Alejandro sonrió sacudiendo la cabeza. Esa joven se estaba adentrando en su ser sin mucho esfuerzo.

—Descanso el lunes y me preguntaba si... —Se pasó las manos por su masculino rostro. Paulina sentía su pecho retumbar de forma estruendosa, como nunca antes— quisieras salir conmigo por la tarde.

—¿Habrá prejuicios y complejos de por medio? Porque si es así, es mejor que no perdamos el tiempo, ellos y yo no nos llevamos muy bien si he de confesarte —lo cuestionó con sorna. Fue consciente, de inmediato, de que sus palabras encerraban cierto desafío. Alejandro se encogió de hombros perdiendo la vista en la calle vacía.

—Intentaré que no. —De nuevo la miró—. ¿Qué dices? — Ahora ella fue la que se tardó en responder, era probable que estuviera sopesando si lo mejor era mandarlo al diablo después de todo y si era así quién podía culparla.

—De acuerdo... —al fin dijo. Él sonrió aliviado y divertido.

—Bien.

—Bien. —Ambos rieron ante el silencio incómodo que se formó—. Creo que es hora de que me vaya... —expresó estudiando su alrededor. Ya era muy noche y aunque ni por asomo la regañarían, moría de sueño, además, era miércoles, al día siguiente tenía clases muy temprano.

—Sí, ya es tarde.

—Buenas noches, Alex. —Elevó su mano, despidiéndose. Él sin comprender muy bien por qué, se acercó y le dio un delicado beso sobre la mejilla.

—Gracias por la cita, fue interesante —susurró justo en su oreja. Paulina pasó saliva con dificultad. Alejandro se alejó, sereno, mostrando otra faceta en su mirada, ahora sus ojos prometían cosas, expresaban... deseo, ternura. La rubia sacudió la cabeza para dejar de verlo como una tonta colegiala.

—Lo fue... —logró decir con voz espesa. Dio la vuelta y caminó hasta su auto con una sonrisa congelada en su rostro.

—Pau —la llamó aquella voz. El hecho de que así la nombrara logró que su corazón sufriera una arritmia. Muchas veces le habían dicho así, pero nunca le provocó algo como eso. Viró solo a medias. Él continuaba ahí, de pie—. ¿Dónde prefieres que nos veamos?

—Aquí. Yo llego, solo dime a qué hora.

—¿A la una?

—Bien.

Un segundo después su auto se alejó, dejándolo perplejo y con una sensación de ansiedad mezclada con alivio que jamás había experimentado.

4

Paulina condujo hasta su casa con la sonrisa bobalicona pegada en el rostro. Ambos demostraron que tenían carácter fuerte, eso le agradaba. Por otro lado, no buscaba complacerla como si fuese una princesita delicada e inútil.

Sonrió con picardía. Nunca, en sus veintiún años, se había comportado así. Regularmente, o de hecho siempre, los chicos eran los que insistían con ella, la buscaban, la acosaban, la invitaban, le pagaban, en fin... la cortejaban y bueno, ya había caído un par de veces aunque no gracias a eso. Y en ninguno de los dos casos valió la pena, sobre todo el segundo, Pablo, que de solo recordarlo sentía que tragaba aceite.

Se conocían desde pequeños, las mismas escuelas, vecinos, sus padres eran amigos y una larga lista de coincidencias desafortunadas. Lo veía un día sí, el otro también. Todo eso provocó, sin saber cuándo, que ese chico que veía como a un hermano, se enamorase de ella, o eso creyó. El resto prefería no recordarlo. Una situación dolorosa, unida a una que la marcó y dolió también, mientras se encontraba inmersa en las lágrimas y una honda soledad.

Aparcó en su casa unos minutos después. Al entrar escuchó las risas provenientes del cuarto de juegos. Supo de inmediato que su madre estaba de nuevo apostando hasta el alma con sus «amigas».

Volcó los ojos harta de eso. No hacía nada de provecho en todo el día, ¿acaso no se aburría? Beber, jugar, jugar, beber. Eso era su vida, en eso gastaba sus horas y, claro, en hostigarla cuando se le presentaba la oportunidad. Se sentía simplemente cansada.

Subió las escaleras, consciente de que su «reunión», como ella le decía, terminaría al amanecer, o sea, en poco tiempo. Al entrar a su habitación, cerró y se preparó para dormir unas pocas horas.

Un suspiro agradable salió de su interior al hallarse dentro de sus sábanas. Perdió su gris mirada en el techo recordando todo lo ocurrido esa noche.

Alejandro. ¿Qué diablos le sucedía con él?

Aún se sentía un poco osada y un tanto abochornada por la forma en la que propició todo, sin embargo, no se arrepentía. Alejandro, de alguna manera, le hacía olvidar lo que vivía, lo agobiada que se sentía, con esos bellos ojos, con esa voz masculina, con esa manera de ocultarse y mostrarse a la vez.

Los nudillos sobre su puerta la sacaron de su ensoñación.

—*Paulis*, hija, mi amor, abre la puerta, cariño —susurró su madre ya bastante ebria desde el otro lado. La chica frunció el ceño debatiéndose entre abrirle o mandarla al diablo.

De nuevo tocó.

¡Maldición!

Bajó los pies de su cama, molesta. No tenía en lo absoluto ganas de verla, pero si no le abría sabía que montaría una de sus escenas.

—¿Qué quieres? —preguntó irascible al verla tambaleante. Era guapa, con porte, pero eso de nada le valía, por dentro

estaba, desde hacía algunos años, seca. La mujer la hizo a un lado de un aventón—. Pasa —ironizó Paulina respirando profundo. Una vez dentro volteó para encararla. Su fachada de ternura se había esfumado al cruzar el umbral.

—¿Te depositó tu padre? —exigió saber. La joven puso los ojos en blanco dirigiéndose a su cama. No podía creer que fuese de madrugada y fueran a tener otra discusión.

—No sé... —respondió metiéndose bajo las cobijas buscando ignorarla. La mujer enarcó una ceja al notar su actitud.

—Pues revisas y si es así lo quiero en mi mano en media hora —ordenó. Paulina no pudo evitar reír. Obviamente no tenía ni la menor intención de dárselo para que lo apostara—. ¿Te estás burlando de mí, hijita?

—Mamá, tengo sueño, mañana debo ir a la universidad, así que por favor cierra cuando salgas. —Se giró y cerró los ojos. Las sábanas volaron y cayeron al piso. Paulina se llevó las manos a la cara bufando ahora sí enojada—. ¡¿Qué diablos te ocurre?! —espetó parándose de inmediato. Ella solo deseaba pensar en ese par de ojos color miel y perderse en su sonrisa, por lo menos unos minutos para sentir esa paz que hacía años se había esfumado.

—Yo no soy el idiota de tu padre, esta es mi casa y tú haces aquí lo que te digo, así que anda con lo que te ordeno —impuso con una perfecta ceja rubia enarcada.

—Te lo voy a decir por... ¿milésima vez? *No. Te. Daré. Nada.* ¿Está eso claro? —La bofetada que precedió a esas palabras casi la hace caer, aun así, logró mantenerse en pie.

—Eres igualita a él y está bien, no me des dinero. Solo te recuerdo que todo lo que hay en esta casa me pertenece, así que... —Se acercó a su escritorio y comenzó a tirarlo todo, buscando algo. Paulina la miró llena de rabia.

—¿Qué te pasa?! —gritó. La mujer mayor la ignoró continuando con su labor; deshacer toda la habitación. Paulina intentó detenerla tomándola del brazo, ella conseguía zafarse y seguir. Al llegar a su mesa de noche abrió los cajones, ansiosa. Sacó una cajita plateada, sonriente.

—Mmm. Esto servirá —volteó el alhajero para que todo lo que había cayese en su mano.

—Esas son mis cosas, mamá, déjalas ahí de una maldita vez. ¿Acaso te volviste loca?

—Estás en mi casa, parece que eso se te olvida con facilidad, así que yo tomo de «mi casa» lo que yo quiero, pues todo lo que hay aquí me pertenece.

—Claro que no. Eso es mío, no tuyo —dijo apretando los dientes al tiempo que buscaba quitárselos de la mano. La mujer la aventó logrando que la chica se diera un buen golpe en la mejilla con la base de la cama. Paulina se frotó el magullado rostro, colérica, indignada, harta.

—¿Eres tonta? Están en mi casa, es mío y punto.

—Me iré con mi padre, no tengo por qué soportarte. Esto ya es ridículo y estás enferma —rugió Paulina poniéndose de pie. Su madre se acercó a ella, retadora, sujetó su barbilla apretándola. El aliento a alcohol casi la hace devolver el estómago, se zafó llorosa.

—Ni se te ocurra, Paulina, tú te quedas aquí... Este es tu lugar, no me dejarás también.

—No, ya no más, tú estás muy mal y yo no quiero seguir soportando todo esto. Date cuenta, es demasiado.

—Si me dejas, me mato, te lo prometo —advirtió mirándola fijamente.

Paulina sintió, como cada vez que ella la amenazaba con eso, que el corazón se le detendría. Desde que su padre se había ido, hacía tres años, esa era la forma de mantenerla ahí, junto a ella. Se alejó respirando agitadamente.

—Sal de mi habitación. Ahora —ordenó con un hilo de voz. Sonia, su madre, apretó la boca, elevó la barbilla y como si de una reina se tratase, salió de ahí con la mano llena de las alhajas de Paulina.

Ya sola, sintió las lágrimas pujar, pero no, no más... Si su madre, en un arrebato de locura, de verdad hacía eso, lo lamentaría, le dolería muchísimo, pero no sería la culpable, no era la responsable de ella, ya no podía más con esa carga, ya eran muchos años de convivir con esa locura, con ese secreto. Se iría, se iría y rezaría porque no cumplierse su amenaza, porque si se quedaba estaba muy segura de que esa demencia la alcanzaría y toda su vida se convertiría en nada.

Despertó acurrucada en aquel mullido sillón donde se había tumbado cuando Sonia cerró la puerta. Se frotó los ojos, desganada, evocando cada minuto de la discusión del día anterior. Había dormido menos de dos horas y se sentía deprimida.

Debía hablar con su padre.

Se duchó desanimada, aunque decidida. Durante años se contuvo, por el miedo y temor de vivir sintiéndose culpable si algo le ocurría. Pero algo había cambiado y, aunque no tenía la menor idea de qué, sí sabía que no continuaría ni un minuto más, inmersa en esa locura en la que su madre había convertido su vida.

Un par de horas más tarde, Paulina dejaba sus cosas en donde su papá había dejado instrucciones para que lo hiciera. El lugar le parecía más que suficiente. Esa casa era la nueva adquisición de él y su ahora esposa. Ubicada en una zona envidiable, mucho más grande que las anteriores. Tenía a un costado una enorme piscina, mucho jardín y un pequeño bungalow para una persona, así que ahí viviría a partir de ese día. La construcción era independiente de la casa, aunque contaba con todo lo que

ella necesitaba y más, pues hasta una pequeña cocineta de madera color maple se encontraba ahí.

Estudiando su alrededor, suspiró profundamente.

Es lo mejor, es lo mejor, se repitió sin estar completamente segura.

Estudió el lugar de pie junto a la puerta de entrada. Era acogedor, agradable, sencillo, con todo lo que podía necesitar. En el ambiente se podía percibir una cálida tranquilidad.

De pronto llamó su atención aquel mapa colgado en uno de los muros. Se acercó sonriendo. En él estaban marcados con unas pequeñas cruces de colores cada lugar al que habían ido juntos. Sonrió más optimista, reconfortada también, comprendiendo en ese momento que ese lugar estaba pensado para ella.

Una pequeña lágrima escapó, deslizándose con suavidad por su mejilla. Él, cuando se marchó de casa, le suplicó que se fueran juntos, incluso le propuso irse a otro país pues intuía que las cosas en su vida no iban nada bien, y qué razón tenía. Pero no aceptó, no podía, el chantaje en el que vivía sometida se lo impedía, eso la detuvo para seguirlo, como hubiera deseado. Pasó el dedo índice por uno de los países, sintiendo que algo dentro de ella se comprimía.

No se veían con mucha frecuencia, sin embargo, seguían viajando cada verano y diciembre a diferentes lugares del mundo, justo como les gustaba. Aún después de que él se casó con Lorena, lo continuaron haciendo pues ella se había integrado sin ningún problema a su dinámica, dejándolos solos cuando lo requerían y riendo sin parar cuando compartían.

Su vida, los últimos seis años, había sido todo un tornado de situaciones que no pudo controlar; pérdidas, dolor y más pérdidas. Ver a su madre hundirse cada día sin permitir que nadie pudiera hacer nada para sacarla de aquel agujero en el que se había metido después de aquel día que les cambió la vida

a todos; era solo una de las cosas que la habían lastimado a lo largo del tiempo.

Aspiró sacudiendo la cabeza. Todavía debía de ir a la universidad para, por lo menos, tomar las últimas clases y por la tarde había quedado de ir a comer con su padre, le contaría todo y le suplicaría, si era preciso, su ayuda.



—Pequeña, creo que es momento de que me digas lo que está pasando. ¿Por qué decidiste al fin aceptar vivir a mi lado? —preguntó Darío, su padre, agitando su mano sobre la suya con delicadeza. Ya habían terminado de comer y Paulina todavía no tocaba el tema así que decidió esperar, pero al ver que no lo hacía, tomó la iniciativa.

Esa joven era su vida, junto con Javier, su hijo mayor. Por ambos daría y haría lo que fuera, sin embargo, verla feliz fue como un sueño que no lograba aterrizar. Por una u otra razón la hermosa joven que tenía en frente no lo había logrado y él era parte de los responsables de que eso no ocurriera. Lo cierto era que no supo cómo, su dolor también fue infinito y por mucho que supiera que lo necesitaba, la relegó creyéndola capaz de enfrentar sola, como cada uno de ellos, toda la locura que se desató después de ese maldito día.

—Yo... —llenó de aire sus pulmones buscando sonreír con despreocupación. Los ojos verdes de su padre la miraban con cariño, con paciencia, con amor. Sintió un nudo en la garganta. Si tan solo aquello no hubiera ocurrido, si tan solo hubiera estado también ahí. Desvió la vista repasando el íntimo restaurante al que recurrían ambos con frecuencia—. Es mamá —soltó al fin. Él asintió sin el menor atisbo de sorpresa, era evidente que eso ya lo sabía.

—¿Qué sucedió? Y no quiero más mentiras ni medias verdades, pequeña, esa marca en tu mejilla te la hizo ella, así que habla... —exigió con el mentón tenso. Desde que la había visto acercarse para darle un beso, lo notó. Su sangre hirvió, aun así, no dijo nada, permitiría que su hija se lo explicara.

Paulina cerró los ojos por un momento, tomando valor. Cómo le costaba hablar de ello. Cómo le costaba enfrentar los problemas, arrancarlos de raíz.

—Papá, hay cosas, muchas, y... no sé, necesito que me prometas que me ayudarás, que... la ayudarás —suplicó al borde de las lágrimas.

Darío se pasó una mano por su cabello, sopesado lo que le pedía. Apreciaba a Sonia, pero ya no era ni el asomo de la mujer con la que se casó hacía más de treinta años, ahora era egoísta, altanera, prepotente y demasiado pretenciosa, justo todo lo contrario a lo que solía ser. Su hija lo observó expectante, enseguida supo que haría lo que le pedía.

—Está bien, Paulina, lo haré. Pero me dirás todo y no quiero que me ocultes nada, ¿estamos? Sé que has vivido un infierno desde hace mucho tiempo y quiero que eso termine ya. Si decides vivir a mi lado debes saber que no permitiré nunca que vuelvas a poner en juego tu felicidad ni tus sueños, ¿comprendes? —advirtió protector. La joven asintió sonriendo más tranquila. Eso era lo único que necesitaba escuchar.

Le relató todo mientras Darío la escuchaba asombrado e intentando esconder la furia que cada una de las palabras salientes de su boca generaban. Sonia estaba en el borde de aquella delgada línea que separaba la locura de la cordura, y por primera vez en seis años se cuestionó si él mismo no era un poco causante de ello pues una diminuta parte de sí, la hizo responsable de destrozarse a su familia, aquello por lo que tanto lucharon. Pero lo peor no era eso, sino que dejó a Paulina, siendo aún

una adolescente, en manos de ella; de una mujer completamente destruida, desequilibrada, que ahora sabía le hizo más daño del que imaginó.

Por la noche, mientras trabajaba en una traducción que debía entregar el viernes, recordó aquellos ojos, aquella mirada... Se recargó en la mullida silla y sonrió con alegría por primera vez en el día. Evocó sin esfuerzo su aroma, no sabía definirlo muy bien, pero... olía a hierbas, a limpio. Aspiró como si lo tuviera frente a ella. ¿Qué tenía ese chico que tanto la llamaba, que tanto la intrigaba? Era diferente, eso seguro, pero... además, había algo: ¿química? Sí, mucha.

Suspiró sacudiendo la cabeza. Faltaban aún varios días para que se encontrasen y ya moría por ir a buscarlo y verlo un momento. Negó con la cabeza, sonriendo. Debía terminar ese trabajo, su promedio era vital para lograr aspirar a su sueño, además un poco de emoción era saludable, ¿no? Ahora el balón estaba de su lado de la cancha, le tocaba a él patearlo. Solo esperaba que eso hiciera...

5

Su padre y Lorena eran cariñosos, atentos, le daban su espacio pues era evidente que Paulina estaba acostumbrada a manejarse de forma independiente. Lo cierto era que en el fondo Darío no estaba del todo de acuerdo. Con veintiún años, aún la veía pequeña, *su pequeña*. Sin embargo, entendía que lo ocurrido a lo largo de ese tiempo la orilló a ser así: autosuficiente. Debía dejarla ser sin inmiscuirse demasiado, por lo menos eso le había sugerido Lorena un par de ocasiones en las que lo sorprendió pegado a la ventana esperando a que su hija regresara.

Al día siguiente de aquella comida con su hija, Darío fue a buscar a Sonia. En cuanto se vieron comenzaron los reclamos, gritos, insultos, incluso. Al salir de aquel lugar se arrepintió de no haberse podido controlar, era evidente que ella no estaba bien, al contrario. Lloraba como Magdalena y lo culpaba de la huida de Paulina. Lucía desaliñada, delgada, demasiado para su gusto, el rímel corrido, y transpirando alcohol. La buena noticia era que, pese a todo el desagradable momento, su *ex* aceptó internarse en un sitio de retiro, por supuesto se lo comunicó a su hija de inmediato, sabía que eso la consolaría.

El domingo por la tarde Paulina ya se encontraba bastante ansiosa y sí, también nerviosa. El fin había sido aburrido, un par de fiestas sin importancia, y fingir. Sí, fingía, lo cierto era que a la mayoría de esos chicos apenas si los toleraba, pero Abril, la que podría ser lo más cercano a su mejor amiga, insistió y ella, que solía negarse, aceptó.

La realidad era que solo podía pensar en una dirección: él. ¿A dónde la llevaría? ¿Estaría tan inquieto como ella? Se tumbó en la cama mirando el techo. ¿Cuándo había sido la última vez que se sintió así? No lo recordaba, quizá jamás. Con Alex a su lado ocurría algo casi mágico, sin comprender la manera, ese hombre de mirada dura, le hacía olvidar todo, absolutamente todo y eso ya era bastante.



Alejandro despertó antes de que los rayos de sol se filtraran por aquella cortina gruesa un tanto gastada que ya no recordaba de dónde sacó. Suspiró con la vista perdida en esa oscuridad que acompaña al alba.

La semana pasó rápido. Mucho trabajo, entrevistas, posibles empleos. Las veinticuatro horas con las que contaba para hacer todo lo que debía y quería a veces no eran suficientes. Sin embargo, a cada paso, todo el tiempo, desde aquel día, esa mirada plateada no se apartaba de su cabeza. Paulina, sin entender la razón, lograba que su rudeza, desconfianza, cautela y retraimiento, cayera hecha añicos con tan solo un movimiento de su rostro.

Sonrió elevando las comisuras de sus gruesos labios. En unas horas la vería y entonces esa vitalidad que emanaba, retornaría.

A la hora acordada se encontraba recargado sobre uno de los muros de la fachada de los apartamentos. Si era sincero, una

parte de él esperaba que se hubiese arrepentido y lo dejara esperando como un imbécil. Pero la otra, la más grande, la que rechazaba y luchaba contra esos complejos como si de una batalla que cambiara el futuro del mundo se tratara, deseaba con fervor verla descender de su auto color cereza con esa sonrisa tan ingenua, tan llena de promesas y tener el privilegio de poder observarla al acercarse tan despreocupada y fresca.

Una ojeada a su reloj le hizo ver que ya habían pasado quince minutos. Un aguijonazo similar al que se siente cuando una abeja encaja su aguijón en alguna parte del cuerpo, se dejó sentir en su pecho. Resopló. Un par de adolescentes pasaron empujándose en sus patinetas, los siguió con la mirada, intentando distraer el rumbo de sus pensamientos.

—¡Ey! —Esa voz.

Volvió en redondo fingiendo serenidad. Parecía agitada, caminaba hacia él sonriente, justo como creía que sería. Se veía hermosa, simplemente perfecta. Se irguió rápidamente dando un par de pasos para llegar hasta ella mostrándose imperturbable, pero todo se fue al drenaje cuando la tuvo enfrente; sus mejillas estaban sonrosadas de una forma imposible por el calor, apenas iba maquillada, con su precioso cabello rubio recogido en un moño desordenado. Era sublime, un hada.

—Lo lamento, Alex, ya sabes cómo es esta ciudad y el tránsito estaba imposible. Ay, hubieras visto, justo frente a mí decidieron estamparse un par de mujeres, los hijos se bajaron, ellas discutiendo, obvio la fila crecía y crecía, pero a ellas parecía no importarles nada y... —hablaba como si el tiempo la persiguiera. Se rio sin poder contenerse.

Paulina se detuvo de inmediato al ver su reacción. Juró que no llegaría y, como buena novata, no le pidió su número para avisarle. Alex colocó su dedo índice sobre sus delicados labios, deleitado.

—Respira, ya estás aquí y eso es lo que importa —susurró con voz pausada.

Sin que lo imaginara, el castaño rozó con los labios una de sus mejillas. Algo fuerte recorrió todo su ser. Iba a hiperventilar, sí, estaba segura. Jamás algo tan insignificante la había hecho temblar. Sonrió bobaliconamente volviendo a encontrarse con ese par de pozos ámbar. Lo contempló por unos segundos, era tan... ¡Dios! Ni siquiera encontraba palabras. Perdió la mirada en su cabellera ondulada, oscura. Se humedeció los labios por instinto.

—No tenía tu número —balbuceó dando un paso hacia atrás para intentar, de alguna forma, reacomodar en su interior todo aquello que se salió de su lugar. Necesitaba aire, su espacio vital fue invadido y ahora era urgente recuperarlo para poder llenar de nuevo sus pulmones del esmog de la ciudad, ese que tanto criticaba, pero que ahora ansiaba.

Alejandro sonrió al darse cuenta de lo que hacía y de lo que le provocaba. Nunca, desde que tenía uso de razón, deseó generar ese efecto en una mujer y ahora rogaba que esa mirada permaneciera pegada a él.

—Creo que ese es el primer detalle que debemos solucionar, ¿no crees? —propuso. La rubia asintió sacando su aparato de última generación del pequeño bolso. Al ver el de él temió que de nuevo se retrajera: esperó expectante. Alejandro negó sonriendo—. ¿Te marco o me marcas?

Todo seguía en curso, comprendió aliviada.

—Ahora dime, ¿a dónde vamos? —preguntó algo ansiosa después de haber guardado su número en la memoria. Sus ojos brillaban, parecía tan ilusionada como una niña cuando la llevaban de excursión.

—Ni te lo imaginas —manifestó relajado. Ella frunció el ceño con desilusión.

—De acuerdo, pero tú conducirás, es tu cita —y elevó las llaves para entregárselas. Alejandro negó con la cabeza rechazándolas. Paulina volcó los ojos, de verdad era obstinado—. Tómalas, presiento que sabes conducir y mejor que muchos.

—Sí, sé manejar, pero esto se hará a mi modo y *esas llaves* puedes guardarlas, no las necesitaremos —dijo con suficiencia. La rubia enarcó las cejas, metiéndolas de nuevo en su pequeño bolso algo confundida, pero en realidad dándole lo mismo.

—Bien... Ahora tienes toda mi atención; ¿prefieres un taxi? —conjeturó intrigada y a la vez divertida. Ese chico, entre otras cosas, parecía ser bastante orgulloso. Alejandro negó con un brillo extraño en la mirada, ¿qué tramaba?

—¿Te arriesgarías a ir conmigo a mi modo?

—¿A tu modo?

—Sí.

La rubia enarcó una ceja. ¿La estaba desafiando?

—Es tu cita, yo no puedo objetar —replicó confiada, aunque no sabía bien por qué, esa era la cuarta vez que lo veía.

—Bien —sonrió de aquella forma en que la dejaba sin aliento: la comisura de sus ojos se suavizaba tanto que parecía que de ahí provenía su sonrisa, no de su boca. Con un ademán, el castaño hizo una reverencia para que pasara a su lado y comenzaran a caminar. Ella agitó la cabeza divertida.

Unos metros más adelante se detuvieron.

¿Una parada de autobús? Giró pestañeando sin poder esconder el asombro. ¿Se subirían a uno? ¿En serio? Jamás lo había hecho. Intentó disimular su desconcierto y total ignorancia sobre el tema.

—No te preocupes, vas conmigo —murmuró Alejandro al interpretar su temor. Paulina lo miró de reojo curvando los labios en lo que pretendió ser una sonrisa, con la piel erizada por la cercanía.

Había varias personas esperando que uno de esos vehículos colectivos se detuviera. ¡Diablos, son muchos, no cabrán *todos en la misma unidad!*, pensó preocupada.

Una mano cálida envolvió la suya dándole un leve apretón. Abrió los ojos y volteó, sorprendida. Él la examinaba con una ternura inaudita. Si por un instante hubiese creído que la estaba probando, al perderse en sus pozos miel, supo que no sería así. Eso era él, ese era su mundo y, si quería conocerlo, también eso era parte de lo que debía saber. Sonrió intentando relajarse un poco. Su tacto duro y rasposo le agradaba, le agradaba demasiado y la hacía sentir bien, más que bien, estupenda. Se acercó a su costado, con timidez.

—Nunca me he subido a uno —admitió al fin un tanto avergonzada. Eso él lo sabía muy bien, bastaba con verla, pero el hecho de que se lo dijera como si fuese algo malo, lo aniquiló.

—Créeme, es toda una experiencia —le guiñó un ojo con guasa, fascinado por su cercanía.

El autobús se detuvo frente a ellos diez minutos después. Como era habitual iba muy lleno.

—No cabremos —musitó Paulina al notar la cantidad de gente. Alejandro la instó para que pasase primero, sin responderle. La chica subió fingiendo seguridad. Se tomó de las barandas fuertemente y caminó como pudo al interior mientras él la seguía después de haber pagado una cantidad un tanto elevada para las condiciones en las que se encontraba el vehículo.

Cuando el chofer arrancó después de subir a varios pasajeros más, Paulina buscó de dónde aferrarse. Se sentía torpe, adjetivo con el que no estaba familiarizada, pero eso pasó a segundo plano al darse cuenta de que ahí ya no cabía ni un alfiler. Alejandro, al notar su desconcierto, la tomó por la cintura con seguridad y fue adentrándola hasta llegar a la parte trasera. La rubia sentía cómo rozaban casi todo su cuerpo con el de las

personas que ahí se encontraban y que, para colmo, la veían de diversas formas que en realidad no la hacían sentir incómoda.

Una vez en el fondo, él la encerró en un diminuto hueco que logró hacerse custodiándola colocando ambos brazos a sus costados. La chica respiraba agitada con los ojos bien abiertos estudiando su alrededor. Lucía azorada.

Alejandro la contemplaba, atento, pero su perfume lo tenía a punto del colapso y por si fuera poco la mayoría de los varones se la comían con la mirada. ¿Y quién podía culparlos? La chica era realmente preciosa, además, contrastaba sin remedio. Era como encontrar una orquídea en medio de un desierto. Lo cierto era que la sabía segura, ella regresaría ilesa a la que era su vida.

Cuando creyó que no podría más pues la tenía demasiado cerca y el deseo lo comenzaba a someter, el camión se detuvo y muchos pasajeros bajaron. Peinó el lugar, ávido. Sonrió aliviado cuando a su lado un par de asientos se desocuparon. Un milagro, afirmó sin creer nunca en ellos. De inmediato la rodeó de forma protectora y la condujo allí para que se sentara junto a la ventana. Por nada la dejaría expuesta al pasillo, sabía muy bien las cosas que podían suceder, él mismo algunas veces las hizo de adolescente. Molestar, hostigar, acosar... amedrentar, era parte de su pasado, eso, y mucho más.

—¿Me dirás a dónde me llevas? —indagó ella, algo cohibida. Al no recibir respuesta viró. Alejandro escrutaba su alrededor con gesto amenazante, exudaba peligro. Pasó saliva, desconcertada. Pestañeó sin comprender a qué se debía esa actitud. Siguió su mirada, un par de tipos la observaban con descaro, sin esconder sus intenciones. Arrugó la nariz un tanto nerviosa, sintiendo temor. No le gustó en lo absoluto sentir esos ojos oscuros clavados de esa forma en ella. Giró hacia la ventana para fingir no percatarse de lo que a su alrededor ocurría. De pronto

Alex pasó un brazo por sus hombros. No pudo moverse, solo dejó de respirar.

—No te preocupes —susurró sobre su oído, logrando así que su piel se erizara—, no se acercarán. —Sin poder resistirlo, volteó hacia él. Lo tenía a no más de tres centímetros, sus labios delineados, gruesos, carnosos, eclipsaron su atención sin remedio. Su corazón sufrió una arritmia.

—¿F-Falta mucho para lle-llegar? —tartamudeó casi pegada a su boca. Alejandro, presa del extraño momento, inhaló su esencia cerrando por una milésima de segundo sus ojos.

Vaya, él sí se atrevió, pensó recriminándose. El dueño de su cordura, sin siquiera pensarlo, tomó uno de sus mechones rubios que estaba fuera de lugar y lo acomodó lentamente. ¿Cómo hacía para que todo pareciera tan... sensual? Se encontró preguntándose profundamente turbada y con la boca seca.

—No tienes por qué tener miedo, no conoces este mundo, pero yo me crie en él, no estarías aquí si no estuviera seguro de que puedo protegerte, ¿comprendes? —aseguró con voz gruesa, clavando su mirada en esos iris grisáceos.

Asintió embrujada.

La forma brusca de frenar del conductor logró sacarlos del trance en el que se sumergieron sin percatarse. Miraron al frente, sonrieron por un instante y después perdieron su atención por la ventana opaca del transporte. ¿Qué podían decirse después de esa asombrosa y reveladora intimidad?

Varios minutos después llegaron a su destino. Ella lo observó todo, sonriendo.

—Es el Centro de la ciudad, es asombroso, más ahora que han puesto cuidado en su aspecto... ¿Habías venido antes? —preguntó entrelazando los dedos de su mano con los suyos, como si siempre lo hubiera hecho, y la instaba a caminar entre aquel mar de gente. Paulina negó con sinceridad. Quizá alguna

vez por parte de la escuela, pero no era un recuerdo en realidad—. Es uno de los lugares que más me agradan. Deseo enseñártelo, ¿quieres? —preguntó cauto. Esperaban que se pusiera el semáforo en rojo para cruzar una anchísima avenida.

—Sí, sí quiero —contestó alegre.

—Entonces comencemos, ven... Sé que también te gustará a ti —le aseguró con una enorme sonrisa de satisfacción pintada en su hermoso rostro.

Alejandro deseaba enseñárselo todo, sin embargo, el tiempo no era mucho y el lugar era enorme. Así que se avocó a lo que consideraba más atractivo. La Plaza de la Constitución o mejor conocido por los habitantes como El Zócalo, una plataforma inmensa que ella solo había visto por televisión y que admitía era imponente. Esa enorme plancha de concreto estaba custodiada por varias construcciones por demás imponentes, a pesar del tiempo que ya llevaban en pie.

Después de comprar un enorme algodón de azúcar, entraron a la Catedral donde le fue narrando todo lo que sabía mientras Paulina lo escuchaba atenta.

Comieron en un famoso café de aquel lugar. Más tarde, continuaron el recorrido. Cuando él creyó que era el momento, le mostró el interior del Gran Hotel de la Ciudad de México.

—¿Cómo conoces tanto este lugar, Alex? —preguntó mientras ingería feliz un enorme vaso con elotes aderezados con crema y queso. Hacía años que no comía uno, desde pequeña supuso, eran un deleite, se prometió pronto comerlos de nuevo.

Esperó sentada sobre una banca, a su lado. Ya había anochecido horas atrás. Un largo suspiro fue el comienzo de su respuesta. No lo presionó, necesitaba saber más de él, comprenderlo, conocerlo, entenderlo y así descubrir por qué con tan solo verlo su mundo se ponía de cabeza y se le olvidaba sin problema cualquier cosa que la perturbase.

—Mi vida, fue algo... complicada, por así decirlo y una forma de ganármela, durante algún tiempo, cuando aún vivía en el orfanato en el que me crie, fue servir de guía a los turistas que por aquí venían. Crecí en medio de todo esto, aprendí todo sobre este lugar, lo bueno y maravilloso que tiene y... lo malo y peligroso que puede ser.

La chica dejó de comer al escuchar un poco de su pasado.

—¿Hasta qué edad estuviste en ese lugar?

—Me fui a los quince, el hospicio estaba rebasado y yo ya había terminado la secundaria. No quería permanecer un minuto más ahí... —confesó observando a los transeúntes caminar frente a él como si estuviese hablado del clima.

—O sea que... ¿trabajabas desde pequeño? —Descubrió un tanto horrorizada, intentando que su voz no la delatara. Lo logró. Alejandro no parecía feliz hablando de ello, tampoco molesto, sin embargo, notaba cómo la quijada se le tensaba, evitaba verla a los ojos.

—Sí, ese lugar era para tener un techo sobre nosotros. El gobierno no se da abasto con tanto niño desprotegido... Así que buscar el sustento era nuestro problema, aunque no estaba permitido por ser menores de edad, lo hacía a escondidas.

—Yo... no sé qué decirte, debió ser muy duro —articuló de forma tierna y llena de admiración, tanta que él no pudo evitar girar su rostro hacia ella, arrugando la frente.

—De verdad no te parece...

—¿Admirable? —completó antes de que él terminara—. Sí, mucho, te veo aquí, sentado junto a mí, siendo un hombre que considero no se ha dejado vencer a pesar de todo y claro que me pregunto: ¿cómo lo has conseguido?, ¿cómo no te perdiste en el camino? —Él sonrió negando, recargando su fuerte espalda en el respaldo de la banca de metal.

—Me perdí, créeme que lo hice, no fui bueno, ni alguien noble o ejemplar, nada más lejos de eso —reconoció culpable.

—Ahora eres diferente, ¿cierto?

—Sí, supongo, pero las cosas que hice siempre estarán ahí... Ese pasado es parte de mí.

—Ojalá existiera una manera de retroceder el tiempo y cambiar todo aquello que nos ha lastimado o que no nos hubiera gustado que ocurriera —fantaseó frustrada. Cosa que no pasó desapercibida para él.

—¿Y tú? ¿Cómo es tu vida? —indagó mucho más interesado de lo que se permitiría admitir. Cruzó los brazos sobre su pecho y esperó. Paulina torció el gesto, reflexiva. Esa sí que era toda una pregunta, admitió sin verlo aún.

—Pues... No sé cómo describirla. Digamos que estoy sintiendo la necesidad de enderezarla —divagó. Alejandro vaticinó de inmediato que cambiaría el tema.

—Y... ¿No deseas hablar de eso? —concluyó con seriedad. La joven respondió con un gesto indescifrable.

—Bueno, es que son tantas cosas... Mi niñez fue genial, de verdad perfecta. —Sonrió evocándola—. Pero después, ya nada fue igual y... no ha vuelto a serlo —reconoció dándole otra cucharada a su vaso a medio llenar y perdiendo su atención en lo que a su alrededor ocurría.

—No tienes que decir nada si no quieres... —expresó comprendiendo que no lo compartía porque la lastimaba. Ella fijó su atención en él de nuevo mostrando sus perfectos dientes en una sonrisa tan franca que casi logró detener su pulso. Paulina brillaba, resplandecía en realidad, era como si la energía que emanaba fuera tan imposiblemente atrayente que no podía dejar de admirarla.

—Sí quiero, tú ya me has dicho parte de tu vida y lo justo es que sepas algo sobre la mía.

—No fue para que tú lo hicieras.

—Lo sé, pero... quiero hacerlo, es solo que nunca lo he hablado con nadie. —El castaño la miró fijamente, serio, comprendiendo que, al ella abrirse, sería imposible retornar. No era ingenuo, mucho menos fantasioso, lo cierto era que Paulina estaba resultando ser todo lo contrario a lo que esperaba, a lo que había conocido hasta ese momento y eso iba debilitando su muralla, esa que creó para protegerse—. Mi madre está... enferma —soltó de pronto sacándolo de sus cavilaciones.

Alejandro asintió sin desear interrumpirla.

—Me hubiera gustado tanto que no fuera así, supongo que hay cosas que te hacen cambiar para siempre sin remedio —reflexionó. Él estaba completamente de acuerdo, le habían pasado varias, para bien y para mal.

—¿Qué es lo que tiene?

—Dolor, tristeza, culpa. —Su respuesta lo desconcertó. Había esperado cáncer, un virus incurable, o algo que le afectara en su calidad de vida—. La verdad es que desde hace tiempo tengo una espantosa relación con ella. Nos peleamos todo el tiempo, hay gritos y ese tipo de cosas... Hace unos días por fin pude marcharme, me fui a casa de mi padre. —De repente un trueno se escuchó a lo lejos. Alzaron la vista, estaba nublado en su totalidad—. Creo que es hora de que partamos, no tarda en llover —declaró ella poniéndose de pie tan sonriente como siempre.

Alejandro hizo lo mismo un tanto frustrado, moría por saber más. La joven pretendió dar un paso cuando la mano de él, envolviendo la suya, la detuvo. Lo miró acalorada, tímida, aunque expectante.

Él dio un paso más logrando así que quedaran uno frente al otro con apenas unos centímetros de separación. Elevó su mano libre hasta su mejilla y la recorrió con suavidad como si fuera

algo tan delicado que al mínimo error se desquebrajaría. Su mirada se topó con sus labios entreabiertos, húmedos, apetecibles.

Una gran batalla comenzó a librarse en su interior. Moría por probarla, por saber lo que escondía ese sonrosado hueco, por otro lado, no quería hacer algo de lo que después podía arrepentirse. Si ella no había tenido una vida tan fácil, él no era nadie para complicársela.

Aspiró su aroma cerrando los ojos y como si fuese una caricia, depositó un beso casto en la comisura de su boca, deteniéndose ahí unos segundos, disfrutando de esa oleada vivificante que le brindó tan solo ese dulce gesto. Un segundo después se separó, se miraron fijamente, acalorados, con las respiraciones agitadas.

—Es mejor que nos vayamos, salir de aquí con una tormenta encima será aún más complicado —expresó rompiendo el momento, rodeando su mano y guiándola entre la multitud sin lograr decir nada.

Cobarde, sí, eso era, pero las cosas no eran tan sencillas como le hubiera gustado. Ya había tentado a la vida y al destino más veces de las que recordaba, no la arrastraría a eso, no a ella.

6

Su lejanía cayó sobre ella como un balde de agua que llevaba un buen tiempo bajo temperatura extrema. Podía apostar que la besaría, que moría por hacerlo. ¿Qué lo detenía? ¿Por qué se frenaba de esa forma?

Alejandro detuvo un taxi en cuanto estuvieron frente a una avenida. No tomarían el transporte público a esas horas. Si no había necesidad de arriesgarse, no lo haría, no con esa hada que por alguna extraña razón comenzaba a ser su debilidad y su tormento por mucho empeño que ponía para que no fuera así.

El conductor debía catalogarse como ladronzuelo desfachado, aun así, no podía arrepentirse, cinco minutos después de que se subieran, un aguacero cayó.

Durante el trayecto logró llevar la conversación por terrenos totalmente inofensivos. Lo cierto era que la mirada intensa de Paulina le decía que lo que *no* había ocurrido minutos atrás aún la tenía turbada y desorientada, incluso un tanto desilusionada. No sabía que a él también, pero necesitaba protegerla y besarla, como moría por hacer, distaba de eso.

Al llegar corrieron para refugiarse bajo el diminuto techo que cubría la puerta de acceso a los apartamentos.

—Esto es un diluvio.

—Sí, de pronto se soltó —añadió ella mirándolo fijamente. Él lo notó y congeló el gesto, sus ojos lo traspasaban haciéndolo sentir desnudo—. No te atraigo, ¿cierto? —dijo tomándolo por sorpresa. No soltó la carcajada porque seguro se hubiera ganado una bofetada o se habría quedado ahí solo, pero de verdad le producía gracia que esa hada creyera algo tan estúpido. ¿Qué dentro de su palacio no había espejos? Se necesitaría ser ciego y además idiota para no sentirse atraído por alguien como ella y no lo decía solo por su asombroso físico, sino por lo que podía ver dentro de esos pozos cada vez que la tenía cerca.

—No digas nada... —se disculpó la joven con las mejillas tan rojas que le pareció imposible. Esa chica era polifacética—. Creo que es mejor que me vaya. Me la pasé de maravilla, eres un excelente guía turístico. Aprendí hoy más de lo que mis maestras intentaron enseñarme en la escuela por años. Gracias por una hermosa tarde. —Le dio un rápido beso en la mejilla, no lo buscaría más, decidió.

De nuevo la mano de Alejandro la detuvo. Jadeó. Observó el gesto atenta, acalorada.

—Ni en mil años creí encontrarme alguien como tú y sé que no crees lo que acabas de decir —acortó la poca distancia que había entre ambos—. Tú me ofreciste una amistad... Veamos por dónde nos lleva, ¿te parece? —pidió con suavidad.

Paulina asintió con los ojos bien abiertos. Tenerlo tan cerca no la dejaba ni siquiera pensar claramente. De pronto lo único que podía evocar era la miel, sí, ese color ámbar transparente que le fascinaba de unas semanas a la fecha más que cualquier color en el mundo. Pasó saliva, expectante.

—Sí —susurró con un hilo de voz al tiempo que él clavaba sus ojos en aquella delineada y sonrosada boca.

—Eso suena perfecto, Pau... —habló con voz ronca. El ambiente se electrizaba con tan solo eso.

—D-Debo irme —tartamudeó de nuevo. No quería abalanzarse sobre él y devorar aquellos labios que comenzaban a tornarse en obsesión.

Alejandro reaccionó alejándose. Era como si cayera presa de un trance cada vez que se acercaban, comprendió extrañado. Ya se estaba marchando cuando algo en su interior rugió sin control, algo primitivo. Un pretexto, ¡un pretexto, por Dios! Se apremió.

—Espera. —Ella se detuvo ya con medio cuerpo en la lluvia, se acercó desorientada, con las terminaciones nerviosas a punto de explotar—. No terminaste de hablar sobre ti y si seremos amigos deberíamos saber más él uno del otro, ¿no te parece? —Señaló—. La joven lo observó sin decir nada, esperando, evaluándolo—. Podríamos salir por la noche algún otro día... ¿Qué dices? —propuso. Paulina sonrió de esa forma mágica, Alex sintió alivio inmediato.

—Digo que... —hizo ademán de pensarlo—. Es buena idea. Yo te llamo. —Le dio un beso en la mejilla y salió corriendo de aquel refugio. Alejandro la observó, perplejo, rascándose la cabeza. ¿Qué había sido eso?



Imbécil, eso era lo que era, un tremendo imbécil. Todo había salido perfectamente y lo arruinó con ese último detalle, porque por eso fue su actitud ¿Cierto? ¿O hubo algo más?

Bufó frustrado frotándose con desespero la melena ondulada y la cara. ¡Basta, basta ya!, se recriminó. La verdad era que esa rubia lo tenía embelesado, trastornado, idiotizado. ¿A quién

carajo quería engañar? Pero ese no era el problema, sino sus realidades, sus pasados, su tipo de vida. Se tumbó sobre el colchón, rugiendo quedamente.

Ya no quería pensar en lo que pasaba dentro de él, en lo que estaba comenzando a sentir. Era como si una avalancha hubiese arrasado con todo dentro de su pecho, dentro de su mente y pretendiera cambiar todo lo que hasta ese día había sido.

El jueves por la mañana llegó un poco desanimado a aquel sitio que llamaba casa. Ya había dejado solicitudes en muchísimos lugares y aunque tuvo algunas entrevistas, en ninguno lo logró. El argumento constante: «estaba sobrecalificado».

Eso lo enfurecía, él no estaba alardeando, solo necesitaba otro ingreso para poder continuar mientras su vida se definía, y aunque en los sushis le iba mejor de lo que pensado, no era suficiente. Necesitaba incrementar sus ahorros, que hasta ese momento había logrado mantener vivos, pero que, a decir verdad, no eran demasiados. Si conseguía ingresar al Instituto de Gastronomía no podría pagar ni la cuarta parte de los materiales con el dinero que tenía.

Ordenó su pequeño cuarto intentando hacer a un lado la frustración. Después se dio una larga ducha, necesitaba pensar. No obstante, sentía que era el momento de lanzarse e ir a restaurantes de renombre... o conocidos, aunque el tema de las referencias continuaría siendo una monserga con la que cargaría por un buen tiempo, pero ya a esas alturas eso no importaba, se arriesgaría.

Recargó la frente en el mosaico, cansado. Tantas veces se sintió como un salmón nadando contra corriente, que a veces creía que ya era demasiado. Su cabeza era un caos, lo curioso era que, a pesar de ello, la única imagen clara y nítida que se le venía a la mente era ella y eso lo ponía de peor humor. No era el momento de pensar en esa rubia de sonrisa fascinante, era

tiempo de seguir intentando reorganizar todo aquello que hacía unos meses juraba estaba en su lugar.

Gruñó, molesto. Esa chica lo hechizaba y era curioso que dijeran que los polos opuestos se atraen, parecía ser que la teoría era verdadera; mientras él era taciturno, ella parecía una castañuela, mientras él sonreía poco, ella no paraba de hacerlo, mientras ella avanzaba, él retrocedía, mientras él intentaba sobrevivir, ella vivía sobre algodones, mientras él... No tenía ni idea de su origen, ella parecía no ser feliz con el suyo...

Procurando olvidarse de todo, decidió cocinar, eso lo relajaba y realmente lograba sacarlo de sus peores pensamientos, en este caso, no tan peores, pero no por eso buenos.

Unos tímidos golpecitos en su puerta de metal lo distrajerón de su plan. Bufó molesto. Se puso una camiseta blanca sobre sus bermudas azul marino, maldiciendo. Moría de hambre.

—Voy —debía ser alguno de los vecinos.

—Hola... —Abrió los ojos de par en par, azorado. Verla allí le pareció irreal, absurdo, imposible.

Paulina no tenía ni idea de cuál sería su reacción, pero esa no. Alejandro se había quedado tan estático como si hubiese visto a un fantasma o un ser de otro planeta. Tenía aferrada la puerta negra de metal con fuerza pues sus nudillos alcanzaban a verse blancos.

—Yo... Lo siento... —se disculpó sin saber por qué—. ¿Llegué en mal momento? —Por su aspecto podía ser. Recién duchado, su melena húmeda, sus rizos grandes y toscos enmarcaban ese rostro tostado de manera traviesa y a la vez provocativa. Por un segundo temió que una chica asomase la cara y se le pegara por la espalda como una lapa. De solo pensarlo hirvieron sus mejillas.

—¿Cómo supiste...? —Su voz era algo dura, críptica. Paulina tragó saliva, desconcertada. ¿En serio le molestaba tanto que estuviera ahí?

—Preguntando, pero si eso no te agrada no hay problema... —Iba a dar media vuelta cuando la detuvo sujetándola delicadamente de la muñeca. Al voltear su rostro ya era otro, ahora la miraba un tanto asustado, un tanto apenado y un tanto culpable.

—Discúlpame, es solo que no creí verte aquí... Me tomaste por sorpresa —admitió avergonzado. Por su mirada era evidente que algo no iba bien y él no estaba mejorándolo. Idiota. ¿Cuánto más creía que aguantaría esa chica?

—Debí avisar —murmuró con voz queda—, pero necesitaba... distraerme un poco. —Bajó la vista hasta sus pies. No lucía como la Paulina de siempre y eso por alguna razón no le agradó.

—¿Quieres ir a algún sitio? —Le preguntó con suavidad.

—No tengo muchos ánimos, la verdad —musitó con sinceridad. Alejandro se hizo a un lado y le permitió ingresar. Paulina torció la boca en lo que parecía querer ser una sonrisa y avanzó.

El lugar no era más grande que una caja de zapatos. Apenas veinte metros cuadrados en los que se encontraba lo necesario para vivir. Lo observó todo con atención y, siendo honesta, un tanto conmovida.

Cuando Alejandro le dijo que vivía en la parte alta de aquella torre, lo dudó, en realidad lo que pensó fue que la quiso poner a prueba. Sin embargo, cuando llegó hasta la azotea de ese edificio gracias a que alguien dejó abierto, y notó que sí había gente viviendo en aquellos cuartos, comenzó a sospechar que podía ser verdad.

Una vez dentro, una pareja joven la ayudó a dar con él diciéndole dónde tocar. Al comprender que todo era real, pestañeó asombrada. Lo cierto era que le daba lo mismo, ella necesitaba alejarse de todo lo que le recordara esa pesadilla de las últimas horas y solo él lo lograba, por eso estaba ahí.

—¿Te encuentras bien? —Esa voz la sacó de su ensoñación. Estaba de pie justo frente a aquella cama perfectamente tendida

y cubierta por una colcha verde oliva algo gastada, pero limpia.

Giró respirando hondo para encarar de una vez todo ese absurdo. Alejandro se encontraba a menos de un metro con las manos dentro de aquella bermuda que mostraban unas torneadas pantorrillas. Su boca se secó sin remedio.

—Antes de contestar eso... Necesito yo hacerte una pregunta y ruego que no mientas. —Él asintió con seriedad. Esos días habían sido realmente horribles, y lo único que la hacía sonreír era recordarlo, pero necesitaba que todo estuviese claro—. ¿Vas a permitir que esto avance o continuarás esquivándome y comportándote como si esto que está surgiendo entre nosotros no fuera real? —lo confrontó, decidida.

Alejandro cerró los ojos un segundo, aspirando con fuerza. Luchar contra esa innegable atracción se estaba convirtiendo en algo desquiciante. Luego la estudió con atención, buscando en sus ojos un atisbo de lástima, de decepción al ver en las condiciones que vivía. No encontró ni la una ni la otra. Hada endiablada, ¿por qué se le estaba metiendo de esa forma bajo la piel?

—Paulina —cuando al fin habló, ella sintió que había pasado un siglo—. Te das cuenta de lo que es mi vida, ¿verdad?

—Eso ya lo habíamos hablado y no tengo dos años como para no comprender. Sé lo que hago —refutó con severidad.

—Sí, pero es real. Aquí vivo, no tengo un centavo y no soy nadie.

—No te busco por tu dinero, en lo que a mí respecta te llamas Alejandro, trabajas para ganarte la vida honradamente y quieres algún día ser un gran chef —apuntó. Él negó con la cabeza.

—Sabes a lo que me refiero. ¿Crees que tus padres brincarán de gusto cuando sepan que alguien como yo es tu amigo? ¿O que la gente que te rodea se sentará conmigo en la misma mesa y hablará como si yo fuera parte de su grupo? No, eso no sucederá, al contrario, créeme, no se quedarán con los brazos cruzados.

—Eso no lo sabes. Además, me importa un infierno lo que ellos piensen y no fue eso lo que te pregunté. —El chico soltó un bufido, desesperado.

—Piensa un poco, te lo suplico. No te puedo invitar a salir, ya no te digo a los lugares que frecuentas, sino salir, en general. No tengo dinero para eso, vivo al día y probablemente no pase de esta situación en mucho tiempo. Mira a tu alrededor: esta es mi casa, aquí vivo, ni siquiera tengo para un apartamento medianamente decente. Ando en camiones, ahorro todo lo que puedo por si de pura casualidad obtengo esa beca... ¿Comprendes mi punto? —Le preguntó al ver que no se inmutaba.

—Perfectamente y me asombras.

Alejandro pestañeó, desconcertado. Paulina dio un paso hacia él clavando los ojos en los suyos.

—No creí que pensaras que buscaba a alguien que me mantuviera. Mucho menos que lo único que quería era divertirme y exprimirte hasta el último peso. Me atraes, lo sabes bien, pero no me rebajaré más. Así que dime ahora si tú estás dispuesto a dejar todas esas estupideces de lado y mostrarme lo que eres. Estoy segura de que no te resumes a todo eso que acabas de decir —lo desafió.

El hombre abrió los ojos, atónito. La resolución que vio en ella lo dejó perplejo. ¿Sería tan cobarde como para no intentarlo, como para dejar ir a una mujer como esa? No, no más. Sería difícil, sí. ¿Eso lo detendría? No, que el infierno ardiera, pero no, nada lo haría.

—De acuerdo, sí quiero conocerte y sí, muero por saber lo que te pasa... Prometo intentar dejar de ser un idiota, pero debes de saber que todo lo que te dije es cierto —soltó al fin. Ella sonrió sin alegría alejándose para evaluarlo mejor.

—Lo sé, y no me preocupa en lo absoluto.

—Comienzo a pensar que así es —admitió viendo cómo se sentaba sobre su gastado colchón. Era increíble intentar encontrar en ella desagrado por el sitio, alguna mueca de incomodidad y solo encontrar esa tristeza que no tenía nada que ver con su alrededor.

—Tienes todo lo necesario —murmuró la joven, estudiando la zona sin demasiada atención. Alejandro asintió, serio.

—Sí, por ahora es mi casa —confirmó encogiéndose de hombros. Ella asintió de nuevo, perdiéndose en sus pensamientos—. ¿Me dirás qué te tiene así?

Tomó una de las sillas de metal plegables y la colocó frente a ella. Moría por saber lo que ocurría, eso se convirtió de pronto en la preocupación número uno de su lista.

—Yo... —suspiró de forma dolorosa, cabizbaja y con los hombros contraídos—. Es mi madre... —sonó rota, distante—. Dios, no sé ni cómo decirlo, Alex. —Su voz comenzó a quebrarse. Eso lo preocupó más, generando en su interior el deseo apabullante de consolarla, de cuidarla.

—Pau, solo dilo, yo no estoy aquí para juzgar, simplemente me gustaría saber lo que te sucede. No sueles ser así. —La chica perdió la vista en las manos que tenía entrelazadas sobre sus delgadas piernas.

—Trató de... suicidarse —dijo al fin. Alejandro no pudo evitar abrir los ojos de par en par, conmocionado—. No lo logró, ahora está en un lugar de descanso.

—Yo... Lo lamento, de verdad lo lamento mucho. —Jamás imaginó algo semejante, pero lo que realmente le dolió fue saberla viviendo todo eso, una historia de situaciones que debieron orillar a tomar una decisión como esa a la mujer que le dio la vida y, por ende, lastimar a un ser como Paulina.

—Todo es tan complicado, Alex —suspiró encarándolo—. Son tantas cosas.

—¿Quieres hablar de ello?

—No sé si ayudaría...

—Podríamos internarlo —la alentó con dulzura.

—Podríamos... —aceptó, colocando sus brazos a los lados de sus piernas, apretando con sus manos la orilla de la cama matrimonial. Tomó una bocanada de aire buscando valor. No era alguien que soliera hablar de lo que le dolía, pero simplemente no podía más. Él esperó—. Yo vengo de una familia de tres hijos —comenzó cabizbaja—. Uno de ellos, era... mi gemela, Priscila. —Decir su nombre era absurdamente doloroso. Sus ojos se enrojecieron, aun así, continuó—: Y digo tenía, porque ahora solo somos Javier y yo. Mis padres se casaron muy jóvenes al descubrir que él venía en camino, se amaban y deseaban tener una gran familia, pero eso... no fue tan fácil. Con el tiempo se rindieron y fue cuando, casi once años después, llegamos nosotras. Fui feliz, mucho. Mi infancia la recuerdo entre risas, juegos, correr, saltar... *Dios* —sollozó y una lágrima escapó al fin. Alzó la vista para buscar la seguridad de esa mirada ámbar que la tenía ahí, en ese momento, hablando de lo que más dolor le causaba.

Nunca había hablado de todo eso con nadie y ahora necesitaba hacerlo. Necesitaba por alguna razón que él la comprendiera, que dejara caer de una vez ese muro de convencionalismos que lo frenaba, porque si no lo hacía, volvería a hundirse en esa oscuridad que la aterraba, a la que ya no deseaba regresar.

De pronto la mano de él se elevó y con la yema de uno de sus dedos limpió su mejilla con suma ternura, lentamente.

—Duele, ¿sabes? Aún duele mucho —admitió deleitada por su contacto.

—Me imagino que sí... —habló con suavidad. Paulina sonrió con nostalgia, recargando su rostro en aquella mano que la

acunaba. La preocupación parecía desvanecerse con tan solo ese gesto desprovisto de ninguna intención, salvo reconfortarla.

—Como en todas las historias, siempre hay algo que lo complica todo, en mi caso no fue la excepción. —Se irguió, sentía una extraña urgencia de vaciar esa parte de su vida que llevaba cargando desde hacía tanto tiempo—. Hace seis años, en las vacaciones navideñas, mamá, Priscila y yo, fuimos a Aspen, un sitio para esquiar. Mi padre y Javier nos alcanzarían un par de días después pues mi hermano trabajaba y papá debía asistir a una junta de esas que son ineludibles. Todo iba como debía, como siempre. Pero una mañana a mamá y a mí se nos hizo tarde, nos habíamos dormido casi al amanecer viendo películas. Así que Priscila, siempre un poco más activa de lo normal, decidió salir sola dejándonos una nota. Esa madrugada fue la última vez que la vi...

Un sollozo le impidió continuar y enseguida el llanto apareció.

Alejandro, entristecido y conmovido por su relato, se sentó a su lado y la atrajo hacia sí. No fue suficiente. Paulina se giró y escondió el rostro en su pecho, rodeando con sus delgados brazos su ancha espalda. Alejandro no lo dudó, y la rodeó con seguridad, acariciando con suavidad su cabellera. Cuando se sintió más tranquila, se separó un poco, lloriqueando aún.

—La nieve se desprendió, esas cosas no suelen pasar, las zonas están más que verificadas. Priscila estaba justo ahí esquiando. No dieron con ella hasta después de dos días que lograron excavar. Una tormenta impidió la búsqueda inmediata. Fueron las peores horas de toda mi vida. Pensar que ella estaba aún con vida esperanzada en que alguien la sacara de ahí, creer que podía haber tenido una oportunidad si tan solo les hubiera importado un comino el clima y la hubieran salido a buscar justo cuando todo ocurrió.

»Creo que mi madre perdió la razón ahí, no hablaba, no comía. Mi padre igual, solo que él, al igual que Javier, se unió a los grupos de búsqueda. Cuando confirmaron lo que venían sospechando, mi madre ya se encontraba lo suficientemente ebria. Nunca lo hacía ¿sabes? Odiaba el alcohol, incluso odiaba besar a mi padre cuando tomaba... Esa mañana comenzó lo peor que he vivido y sé que viviré. Priscila y yo éramos muy unidas, tanto que...

Paulina soltó un gemido lastimero que venía desde el centro de su cuerpo, recargó la frente en su pecho y apretó los puños evocando ese instante.

—Sentí el mismo instante en que se fue y esa sensación me ha acompañado desde aquel día, porque fue muchas horas después de que la dieran por desaparecida. Sentí su angustia, sabía que estaba viva, ¿comprendes? —Elevó el rostro empapado hacia él.

Alejandro la observó, afligido. Sin pensarlo acarició su rostro con delicadeza, buscando con ello aminorar de alguna manera su tristeza. Paulina se veía tan frágil, tan perdida, tan dolida que no pudo evitar sentir la esperanza de ayudarla a curar su interior, de ser alguien importante en su vida, de convertirse en elemental en su existencia. Jamás había experimentado algo similar por nadie, y el descubrimiento lo tomó por sorpresa comprendiendo en ese instante que ya todo había cambiado para él.

7

Ella continuó.

—El regreso fue infernal, ellos no se hablaban, nadie en realidad. Por semanas la casa estuvo sumida en un silencio aterrador, era como si no solo ella hubiera muerto. Una mañana aparecieron los gritos, ahí empezó el final del matrimonio de mis padres. Mamá le rogaba que no la culpara y mi padre le recriminaba a su vez que debió estar más atenta a nosotras. Las peleas comenzaron a volverse lo de a diario y, aunque con el paso del tiempo mi papá buscó retractarse de lo dicho, mi mamá jamás volvió a ser la misma. Tomaba hasta quedar perdida en cualquier parte de la casa. Dejó de salir, pasaba días enteros sin cambiarse siquiera. Era evidente que se estaba consumiendo, que no quería continuar viviendo.

»Las peleas entre ella y yo comenzaron también. Todo la irritaba, cualquier cosa la tornaba violenta. Mil veces intenté decirle que la entendía, que yo también sufría, pero no pude, no escuchaba, ya no era... ella. Era como si otra mujer hubiera ocupado su lugar y ya no tenía ni idea de quién era mi madre. Papá se alejó de casa, verla así no le ayudaba a mitigar el dolor.

Mi hermano a los seis meses se mudó a Londres. Me quedé sola, cada uno buscaba sobrevivir a la ausencia de mi hermana y nadie lo lograba del todo. Poco más de tres años después, como te podrás imaginar, mis padres se divorciaron.

De repente la joven se irguió por completo, sus rostros quedaron muy cerca. Ya no lucía tan mal, notó, aunque lo que le narraba lo ameritaba. Tenía determinación y fiereza detrás de esa mirada gris. Eso lo llenó de un sentimiento cálido, acogedor.

—Decidiste permanecer al lado de tu madre —conjeturó con delicadeza.

—No exactamente —confesó torciendo la boca y limpiándose con el dorso de la mano las lágrimas que aún brotaban sin ser llanto ya—. Yo... Quise irme con él. Con el tiempo la relación con mi madre se hizo insoportable y gracias a eso viví cosas que no debí... —Alejandro frunció el ceño dándose cuenta de que había más y de que en ese momento no lo sabría—, y aunque casi no veía a mi padre y dejó de ser ese hombre cariñoso y consentidor que solía, me sentía mejor a su lado, por lo menos no había gritos, reclamos, ni... chantajes.

—¿Chantajes?

—Sí, ese fue el motivo por el que permanecí a su lado, Alex. Juró que si me iba se mataría. Muchas veces me dijo que yo sería la responsable y ahora sé que no bromeaba.

De nuevo los sollozos, se puso de pie y caminó hasta la ventana. Una vez ahí, continuó sacando el dolor que esa confesión le producía abrazándose a sí misma como si tuviese frío.

—Tú no crees que fuiste la responsable, ¿verdad? —La cuestionó sin moverse de su lugar. Eso que acababa de escuchar era espantoso, morboso.

—Intento no creerlo, pero es tan... difícil. Hace unos días me lo dijo, me lo advirtió, estaba cansada y solo pensé en mí, en que estaba harta de todo aquello, por eso me fui, por eso le

hablé a mi padre y le pedí que me ayudara, que hablara con ella, que ya no podía permanecer ahí... —Cerró los ojos, hipeando, dejando que las lágrimas otra vez escaparan sin control.

De pronto sintió aquel cuerpo cálido envolverla, rodeándola. Aferró con los puños su camiseta, dejándose llevar por lo que sentía, por eso que tanto tiempo había guardado. Delicadas caricias iban y venían a través de su espalda mientras percibía su aliento a la altura de la oreja. Pese a todo, lo cierto era que se sentía tan bien estar ahí, pegada a él, segura en el interior de su abrazo, absorbiendo su aroma masculino, sintiendo su fuerza en cada uno de sus músculos.

—Hiciste lo correcto, Pau, no te culpes, tu madre está mal, probablemente deprimida y tú no eres la responsable de ello —susurró tranquilizador en su oído. Viró un poco para encontrarse con su voz, más serena.

—Lo sé, pero siento que, de haber estado allí, esto jamás habría ocurrido. ¿Qué habría hecho si ella también hubiera muerto? ¿Si no hubieran llegado a tiempo? No lo hubiera podido superar, sé que no habría podido. Las pérdidas no son mi fuerte —confesó bajito, embelesada por su cercanía.

Alex olía a limpio, a algo natural. Su tacto era tan tierno y a la vez tan sensual que sintió cómo todas sus neuronas, deprimidas desde hacía unos días, saltaban de alegría al igual que sus hormonas, que le suplicaban más cercanía.

—Pero no sucedió, y ahora ella estará en manos de personas que, con suerte, lograrán hacerla volver a la realidad. Eso es bueno, ¿no? A lo mejor después de todo, ella podrá superar esto y tú... Vas a poder vivir más tranquila, sin estar continuamente preocupada por lo que hará. —Paulina se separó lo suficiente para verlo a los ojos, no quería que él se alejara ni en ese instante ni nunca, comprendió de pronto.

—Eso sería perfecto —admitió asomando una débil sonrisa.

—Verás que será así —repuso con dulzura, sin soltarla.

La vida de Paulina durante esos años se había volteado de cabeza y, aun así, cuando la vio la primera vez, incluso en las veces subsecuentes, jamás lo hubiera adivinado. Juzgar sin saber, hábito humano.

Ella se mostraba tan fresca, tan relajada y feliz que ni en su peor panorama habría dado con lo que en realidad escondía. La admiró, la admiró mucho. Él también llevaba a cuestas un pasado muy doloroso, lleno de situaciones desagradables y aberrantes, pero se daba cuenta de que lo que ella vivía era posiblemente más fuerte.

Él nunca había tenido algo que le pudieran arrebatar, nunca hubo sonrisas o caricias qué añorar, recuerdos felices que extrañar. ¿Cómo echar de menos algo que nunca se tuvo? Creció solo y continuaba así: solo. ¿Qué diferencia había? Debía reconocer que, con lo que en ese momento contaba, se lo debía a él y en gran parte también al don. Sin embargo, siempre supo que lo que ese hombre hacía era instruirlo para que en su momento lograra salir solo adelante, pero de una forma honrada y honesta. Lo había ayudado a ponerse objetivos, metas y lo presionó para luchar por conseguirlas y cumplirlas.

Su muerte aún le dolía, probablemente siempre sería así. Le había dado apoyo y cariño de forma desinteresada, pero con todo y eso, Alejandro siempre sintió que el tiempo en su vida sería solo un tiempo, jamás algo definitivo, pues de alguna forma el mismo don Horacio se lo hacía saber cada tanto.

En cambio, para Paulina eso era su realidad, creció de aquella forma, creyendo que su futuro no sería tan distinto a lo que en aquellos momentos vivía y de no haber pasado esa tragedia, lo más probable era que así continuaría.

La rubia sonrió con timidez, apartándose un poco. Si seguía ahí lo besaría, enredaría su mano en aquella maraña de rulos

castaño oscuro, lo atraería a su boca y lo devoraría. La sola idea la sonrojó.

¿Cómo en medio de todas esas confesiones, de aquello que estaba viviendo, el deseo por hacer justo eso, era aún más intenso que todo lo demás?

—Mi padre se casó de nuevo y nos alejamos. No me malinterpretes, Lorena es buena, la encontró en su camino hace un par de años y decidió compartir con ella su vida. La verdad es que no lo juzgo. Cada uno hizo lo que pudo. Y no me quejo, lo prometo, es solo que lo ocurrido con mi madre abrió todas las heridas, logró que todo lo que creí haber hecho a un lado, volviera a colocarse justo frente a mí...

—Pau... ¿Por qué no intentas enfrentar todo lo que ha sucedido, y no hacerlo a un lado? El hecho de que lo ignoraras todo este tiempo no quiere decir que esté superado. No quiero sonar un entrometido ni parecer un sabelotodo, pero... ¿por qué no hablas de esto con tu padre? ¿Por qué no le dices lo que sentiste este tiempo, lo que aún sientes? Podría ser que lo que ambos tenían hasta hace unos años logre recuperarse y así sería más fácil ayudar a que tu mamá salga de esa dolorosa situación.

La joven lo escuchó con semblante serio. Nunca, en todo ese tiempo, había caído en cuenta de que eso era exactamente lo que hizo. Jamás habló de lo que sentía con nadie, mucho menos con ellos, ¿para qué? Sufrían ya demasiado como para que, además su hija, la única que les quedaba, también los contagiara de su propio dolor; no deseaba preocuparlos. Pero ahora, viéndolo todo en retrospectiva, y escuchando lo que Alejandro le proponía, se daba cuenta de que esa podía ser una salida, una forma de recuperar por lo menos una parte de lo perdido.

Lo que ocurrió ya nadie lo podría cambiar, pero lo que viniera, sí, y lo cierto era que ya no quería seguir viviendo así. El único problema era que no tenía ni idea de cómo podía

acercarse y decirle todo eso sin que ambos se desmoronaran, sin que eso hiciera sangrar las heridas que tanto trabajo había costado cerrar.

—¡Ey! —Captó de nuevo su atención acariciando con suavidad su mejilla—. No le des tantas vueltas... Es solo una idea, a lo mejor un tanto descabellada. No me hagas caso. —Paulina sonrió dulcemente negando débilmente con la cabeza.

—Creo que es lo más cuerdo que he escuchado en todos estos años. Es solo que... no sabría cómo hacerlo —explicó con sinceridad. Alex bajó su mano sonriendo justo de esa manera que a ella le fascinaba: arrugando la comisura de sus ojos, mostrando parte de sus bellos dientes, tras esos gruesos labios.

—Los momentos siempre están ahí, elige cuándo y listo. Imagina que eres una clavadista que está a punto de saltar, una vez hecho, no puede regresar... Pensarme en esa situación me ha servido en más de una ocasión —le reveló ladeando la cabeza, en ese momento estaba haciendo justamente eso, admitió para sí.

Paulina asintió reflexiva dándole una ojeada distraída al sitio donde se encontraba. Esa era una buena estrategia, aunque a decir verdad no se lo podía imaginar en una situación similar.

De repente, varios recipientes abiertos, un par de cuchillos sobre la mesa donde se ubicaba aquella parrilla eléctrica que tenía encima una pequeña olla y un sartén de iguales proporciones, llamaron su atención. Giró hacia él, pestañeando, avergonzada.

—Dios, lo siento, ibas a comer... Yo aquí contándote todo esto y tú sin probar bocado. —Alejandro miró su improvisada cocina recordando que hacía unos momentos su estómago estaba a punto de carcomerse a sí mismo, pero asombrosamente, en cuanto la había visto eso pasó a... ¿ningún plano? La necesidad de ingesta había desaparecido. Sin embargo, en el instante en que Paulina lo mencionó y evocó lo que pensaba ingerir, su estómago rugió.

—Eso podía esperar —la disculpó sonriendo, relajado.

—Fui inoportuna —expresó al fin arrugando la nariz. Alex negó acercándose a la mesilla de fierro donde solía comer.

—No, pero ahora que lo dices, ¿tienes hambre? Iba a preparar una sopa y una ensalada, nada complicado —dijo. La chica sonrió abiertamente con una mano en su abdomen. En los últimos días casi no había comido nada y la verdad era que el apetito se le había abierto ahora que se sentía bastante mejor, liberada era la palabra.

—¿Me estás invitando? —Alejandro soltó una risa estridente. Ahí estaba el hada desinhibida.

—Solo si me ayudas... —condicionó alzando sus gruesas cejas. Paulina hizo una hermosa mueca, sopesándolo.

—Te dije que soy un desastre en la cocina, ¿cierto?

—Sí, pero conmigo no será así —aseguró provocativo.

—Conste que te lo advertí.

Preparar platos tan sencillos nunca creyó que le resultara tan entretenido y a la vez tan complicado. Alex se movía con habilidad, sin problema y no era porque el sitio fuera diminuto, pues estaba segura de que en una gran cocina sería exactamente igual, sino porque era evidente que lo disfrutaba. Le gustaba verter los ingredientes, mezclarlos, jugar con lo que tenía la mano. Incluso, al estar ahí, cocinando, su expresión se relajaba asombrosamente, haciéndolo ver aún más joven, más... cautivador.

Después de intentar cortar una zanahoria y haber tenido que ir a recogerla casi a la puerta porque esta parecía no querer ser mutilada por sus manos, Alejandro, casi doblado de la risa, le dio la encomienda de vigilar la cocción del pollo que estaba asando, mientras él terminaba de desinfectar y cortar la verdura para la ensalada. Paulina estaba cien por ciento concentrada en su labor, como si mirándolo fijamente pudiese saber en qué

término iba, pero cuando él le pidió que la voltease, pestañeó con la pala en la mano, algo perdida.

—¿Con esto? —preguntó alzando el artefacto, incrédula. El encargado de la pequeñísima cocina rio abiertamente.

—¿Con qué te gustaría hacerlo? —indagó divertido. Ella sospesó lo que le cuestionaba.

—No sé, ¿con unas pinzas? No sé, nunca he volteado un pollo —admitió desenfadada y sin el menor atisbo de vergüenza.

Negó alegre. No lo podía creer, en serio era aún más mimada de lo que supuso. Pero curiosamente eso no le provocó molestia, sino mucha gracia. Se acercó ubicándose en su espalda, tomó su mano con firmeza y confianza mientras con la otra hacía que sujetara el mango del sartén. Paulina se tensó de inmediato al sentirlo tan cerca. Su cuerpo enviaba ondas cálidas que provocaban que su pulso cabalgara de forma desbocada.

—Tómalo con firmeza... —susurró casi en su oreja. ¿Qué había dicho? Se preguntó al sentir su aliento acariciar su mejilla. Enseguida su otra mano tomó el control y la introdujo por debajo del filete y lo giró con maestría—. ¿Viste cómo?

¿Era en serio? ¿Ver qué? Ni siquiera podía pensar teniéndolo tan cerca, sintiendo su mano fuerte y porosa rodear la suya con esa seguridad. Su corazón sufriría un colapso, estaba segura y él todavía le preguntaba tan fresco que si había visto cómo. ¡Por supuesto que no! Sin embargo, logró asentir.

Él se alejó con una sonrisa de satisfacción en su rostro. La había sentido temblar bajo su tacto y por Dios que eso fue celestial. No tenía idea de cómo había logrado voltear aquel pedazo de pollo, lo cierto era que lo hizo a propósito. Coquear con ella era un arte que pensaba disfrutar. Paulina era una dulce debilidad que estaba cambiando su mundo, a la primera que se lo permitiría.



—¡Oye! Esto está buenísimo —reconoció deleitada. Se sentaron uno frente al otro en aquella mesa de metal donde él solía comer, pero que, haciendo a un lado el microondas, servía para que hasta cuatro personas cupieran, apretujadas, por supuesto.

—Me alegra que te gustara.

—En serio eres bueno en esto de cocinar.

—Ah, ¿sí? —preguntó mientras comía despreocupado. Tenerla ahí, en su intento de casa, sentada en su mesa, comenzaba a parecerle algo natural.

—*Síp*, porque mira: hacer un platillo exótico, lleno de adornos, de ingredientes que ya de por sí son buenos y saben bien, y lograr que sepa rico, es admirable... pero que una sopa que no tiene ninguna pretensión, ni nada del otro mundo, sepa como esta, eso sí es no solo admirable, sino que también extraordinario.

—Gracias por el halago, tuve que enfrentar algunas adversidades para cocinarla, pero es un alivio que quedara como planeaba.

Paulina enarcó una ceja al detectar su burla.

—Con esas adversidades, ¿te refieres a tu torpe ayudante?

—Torpe no, algo... novata —corrigió con frescura, eximiéndola al tiempo que le guiñaba un ojo.

—No, creo que eres muy condescendiente, te dije que era un desastre y no mentí, lo soy. Nadie nunca me enseñó a cocinar y cuando lo he intentado el resultado ya te lo podrás imaginar.

—Personas heridas, probablemente —bromeó ya riendo. La chica entornó los ojos fingiendo molestia.

La tristeza había remetido. Estando a su lado no sentía ese agujero abriéndose bajo sus pies, sino esperanza e ilusión, más

en ese momento en el que parecía que por fin empezaba a bajar sus defensas mostrándole un chico... fascinante.

—No, pero casi... —admitió narrándole la ocasión en que intentó hacerse una simple quesadilla. Todo iba de mil maravillas; cortar queso, ponerlo dentro de la tortilla, prender el sartén y dejar que este hiciera el resto del trabajo. Así se hacía, ¿no? El problema radicó en que de pronto le dio algo de frío y corrió por un suéter. Ya en su habitación, encontró un mensaje en su celular y una cosa fue llevando a la otra hasta que los gritos de la planta baja la alertaron. Bajó corriendo, la cocina estaba sumida en una tenue neblina blancuzca y por supuesto que su alimento carbonizado, negro en realidad.

Alejandro al escucharla no pudo más que carcajearse hasta que el abdomen le dolió. Sus gestos, la forma de narrarlo y el hecho en sí, eran tan graciosos y lo peor era que no lo dudaba en lo absoluto, esa chica no tenía ni idea de cómo hervir agua.

Ya habían terminado cuando él tomó su teléfono para ver la hora. Las tres. Se levantó de inmediato, algo apresurado.

—Pau, lo siento, apenas si tengo el tiempo justo para llegar —se disculpó apenado. Ella sonrió comprendiendo.

—Yo te llevo —propuso. Él se detuvo a medio camino, iba a dejar los platos en el fregadero.

—No, no es necesario... —reviró. La chica se levantó, le quitó lo que traía en las manos y lo depositó donde él pretendía hacerlo.

—¿En qué quedamos? —le recordó. Alejandro suspiró asintiendo sin remedio.

No le gustaba para nada la situación, aunque si lo pensaba detenidamente no tenía nada de malo. Él no pretendía aprovecharse de ninguna forma, tampoco quería obtener algo con todo eso. Bueno, eso no era del todo cierto. Si era realmente sincero, esperaba lograr obtenerla a ella. Tenerla a su lado comenzaba a ser necesario, por mucho que luchase contra el sentimiento esa era la verdad, la única.

8

—¿Estarás bien? —preguntó al notarla otra vez ausente. Ya él abría la puerta de la camioneta frente al local.

—Sí —admitió sonriendo apenas—. Creo que debo descansar, pensar en lo que me dijiste...

—No te presiones, verás que todo irá bien.

—Eso espero, Alex —secundó con una dulce sonrisa.

Él ya iba a salir cuando se detuvo apretando la manija con fuerza. Tomó aire y giró en redondo.

—Pau...

—¿Sí?

—Mañana, no sé, ¿quisieras hacer algo? —se encontró preguntando. Las comisuras de su boca demostraron lo feliz que la hacía escucharlo decir aquellas simples palabras. Lo encaró, examinándolo.

—Sí, me encantaría.

—Bien, entonces...

—Entonces me dejarás llevarte a un sitio que me gustaría que conocieras —lo interrumpió ilusionada.

—¿No habíamos quedado en que el que invita propone? —le recordó enarcando una ceja, cruzándose de brazos. Paulina hizo un leve puchero.

—No seas tan estricto, te gustará. Además, hace mucho tiempo que no voy y... Quiero que lo conozcas —explicó. Alex se rascó la cabeza perdiendo la vista en el exterior, sopesándolo—. Anda. Te veo aquí cuando termines, ¿sí?

—De acuerdo —aceptó. ¿Cómo negarle algo?

—Perfecto.

Paulina lo observó cruzar la calle. Le fascinaba esa seguridad y masculinidad que derrochaba sin proponérselo. Era asombroso, de verdad que sí. No obstante, lo que la tenía enloquecida por él, era la claridad de su mirada; no había doubles intenciones, tampoco pretensiones, además de la potencia que exudaba, de la certeza que la envolvía. Alex era fuerte, fuerte desde el centro, y eso la atraía sin remedio.

Por eso pudo contarle todo. Por algún motivo sabía que ese hombre no le diría lo que quería oír, tampoco se aprovecharía y eso era lo que necesitaba. Era consciente de lo mucho que había estado luchando por alejarla, por eludir esa química que los absorbía, argumentando que no eran iguales, que sus mundos eran opuestos, y sí, estaba completamente de acuerdo, eso era lo que más le gustaba, lo que la tenía así; enamorada, porque estaba convencida de que para ese momento eso era lo que ocurría y no la avergonzaba.

Odiaba la farsa y doble moral de la mayoría de las personas con las que convivía. Solían estar sumidos en un limbo en el que luchar, tener metas propias, ver realmente en el interior de los demás, valorar el esfuerzo de la gente que pulula a su alrededor, ser coherente, congruente, eran cosas que ni siquiera se cuestionaban, que simplemente no veían. Lo que era trascendente era conocer el antro de moda, o viajar a lugares exóticos,

mejor aún, gastarse todo el dinero posible en la «buena vida» ya que luego tendría que hacerse cargo del emporio de sus padres y entonces los tiempos de ser divertido y despreocupado se terminarían, para convertirse en la pantomima de lo que sus progenitores pretendieron ser alguna vez.

La realidad era que en muy pocos casos se tenía una vida llena de amor, de comprensión, de ilusiones; con el tiempo eso se desvirtuaba de tal forma que quienes solían ser agradables, y desinteresados, se convertían en alimañas o sanguijuelas.

Era eso por lo que él la atraía, la intrigaba. Sentía que de alguna forma la anclaba a lo que realmente valía la pena de la vida, esos pequeños placeres que en su mundo ya ni siquiera existían. Sentir la compañía de otro completamente desinteresado, solo buscando mostrarse tal cual era, sin máscaras, sin miedo, sin cautela. Así se sentía con él.

Llegó a casa realmente cansada, aunque más animada que en días anteriores. Se duchó con agua bien caliente, su cuerpo se encontraba entumecido gracias a las malas noches. Se puso la pijama decidida a no asomar la cara hasta el día siguiente. Necesitaba descansar y eso haría.

—Paulina... —la voz de su hermano le hizo saber que su plan ya no sería, la cama debía esperar. Bufó desganada, él al día siguiente se iría. Lo peor ya había pasado y lo que quedaba era solo esperar a que su madre fuera mejorando en aquel lugar donde la internaron por la mañana y en el cual, por un tiempo, sugerían no se le visitase.

Abrió sonriendo sin poder esconder la fatiga.

—Pasa... —lo invitó. Javier se adentró, sonriendo. Paulina cerró detrás de él y se dirigió a la cama. Su hermano la siguió con curiosidad. La joven se veía mucho mejor que en las últimas horas, aunque era evidente el cansancio.

—Te vi llegar hace unos minutos —dijo sentándose a su lado. Su hermana asintió tomando un cojín de su cama y abrazándolo—. ¿Dónde andabas?

—Necesitaba distraerme un poco —admitió relajada sin dar más detalle. Adoraba a Javier, siempre había sido así, pero ahora la relación era tan distante y fría que se le hacía extraño tenerlo ahí, en su cama, sentado como si no se hubiera ido todo ese tiempo. El hombre asintió, contemplándola.

—Traes mejor cara —añadió acariciando su mejilla, con ese maldito nudo en la garganta.

Mirarla era como verla también a ella, eso dolía, dolía muchísimo, pero a la vez, de una forma extraña, lo reconfortaba. Tantas cosas habían pasado desde aquello, que no comprendía cómo aún podía incluso oler la nieve de aquel lugar que tanto odiaba.

—Me siento mejor —afirmó. Este asintió sereno, evaluándola.

Era tan hermosa y lo curioso era que todavía conservaba eso que siempre las diferenció, esa mirada penetrante, incisiva, que hacía sentir desarmado en unos segundos por muchas barreras que se intentaran poner. Paulina era potencia.

—Me alegro, han sido días muy agotadores —expresó. Su hermana bajó la vista hasta sus manos sin decir nada—. ¿Sabes? Ya metí tus papeles —le informó.

Eso logró hacer a un lado la sombra de hacía unos segundos en aquellos ojos plateados.

—Gracias.

—No sé cuándo tendrás respuesta, pero vi tus notas, lo que has hecho. Es asombroso. No creí que fueras tan dedicada.

—Siempre lo he sido —le recordó con simpleza y encogiéndose de hombros.

—Sí, tienes razón —confirmó pasándose una mano por el rubio cabello—, es solo que pensé que estarías más ocupada en otras cosas.

—¿Como en cuáles? —quiso saber torciendo la boca. Javier se puso de pie sacudiendo la cabeza.

—No sé, la última vez que estuve aquí te la pasabas de fiesta y luego no podías deshacerte de aquel imbécil... Supuse que estarías disfrutando de la vida, con tus amigos, otro novio. Eso se hace a tu edad.

—La disfruto —masculló con suficiencia y sin comprender a qué venía todo aquello.

—¿De verdad? —interrogó deteniéndose a los pies de la cama.

—¿Pasa algo?

—¿Por qué te mudaste? Sé que estás en esta casa desde hace unas semanas. ¿Qué pasó?

—¿En serio te importa? —inquirió haciendo la pequeña almohada a un lado.

Javier arrugó la frente. ¿Cómo podía pensar lo contrario?

—¿A qué viene esa pregunta? Claro que me importa, soy tu hermano, lo que te pase siempre me ha importado.

Paulina enarcó una ceja incrédula.

—Javier, si de verdad es así, ¿por qué te fuiste? ¿Por qué no vienes, no hablas, no respondes mis correos, no devuelves la mayoría de mis llamadas? No es reproche, pero no veo por qué ahora lo que me pasa y la razón por la que estoy aquí te es tan importante conocerla.

El hombre apretó los puños buscando guardar el dolor e impotencia que circuló al escuchar esas palabras. Anduvo hasta uno de los ventanales y perdió la vista en el exterior, con las manos escondidas en los bolsillos del pantalón.

—No podía permanecer un minuto más inmerso en aquella pesadilla, Pau, comprende... —su voz sonaba plana, ajena.

—Y por eso decidiste que dejarme aquí, sola, era lo mejor, ¿no? Giró, turbado.

Jamás, en todo ese tiempo, había visto las cosas de aquel modo. Él se sentía devastado. Encontrar el cuerpo sin vida de una de las personas que más quería en el mundo fue lo peor que le pudo haber pasado. Pero nunca reparó en lo que ella, Paulina, estaba sufriendo con todo aquello. Tampoco siquiera imaginó todo lo que después de aquellas vacaciones sucedería. Sin embargo, esa chica de sonrisa dulce y mirada aguda tenía razón, cada uno tomó su rumbo sin mirarse nuevamente. ¿Cómo actuar de otra forma ante una tragedia como esa?

—Yo... no fueron así las cosas, pequeña.

—Estoy bien y ustedes también, no pasa nada. Es solo que no comprendo.

Que lo partiera un rayo si no se preocuparía, si de verdad creyera que no «pasaba nada».

—No quise dejarte aquí sola, fue solo que...

—Sí, ya lo dijiste, todo era una pesadilla. Lo sé y déjame decirte que eso no fue nada, creo que hiciste algo muy inteligente. De haber podido, lo habría hecho —admitió.

Se acercó a ella de nuevo, contrito.

—Paulina, sé que no debí huir, que debí permanecer aquí para apoyarlos. No pude, necesitaba cambiar de aires. No hay día en que no recuerde lo que pasó, el momento en que la encontramos —murmuró afligido. La joven se puso de pie y acunó su mejilla con tristeza.

—Tranquilo, Javier, intenta superarlo... Ahora tienes una familia, tu bebé está por nacer y sería muy triste que no pudieras brindarle lo mejor de ti —lo alentó. El hombre tomó su mano y le dio un beso en el dorso, asombrado.

—¿Cómo lo lograste? —quiso saber. Ella se alejó, negando.

—Hoy descubrí que no lo he hecho... Así que, como ves, estamos en las mismas.

—Me cuesta trabajo aún entender cómo nuestra madre llegó a eso.

—Ella dejó de existir el día en que Priscila murió —expresó con dolor. Se dirigió a la cocina, su hermano la siguió.

—Cuéntame qué ocurrió para que te vinieras aquí —pidió otra vez. La chica prendió la cafetera y lo encaró suspirando.

—Me cansé de las peleas y gritos. Mamá me chantajeaba con quitarse la vida si la dejaba, pero hace unos días dejé de creerle y ya ves... no mentía —susurró entristecida. Cada palabra dolía, aun así, no las callaría, no más. Los ojos verde oliva de Javier, idénticos a los de su padre, se abrieron desmesuradamente.

—¿Estás hablando en serio?

Asintió, lagrimosa. La hora de que todo dejara de ser lo que no era, había llegado.

—Javier, mamá jamás volvió a ser ni el asomo de lo que solía...

—Lo sé, pero nunca hasta ese punto. Eso es espantoso, vil, ¿cómo pudo manipularte así?

—Está mal, no supo cómo enfrentar la pérdida de Priscila. Se culpa, cree que lo habría podido evitar. Recuerda las discusiones entre nuestros padres. Papá al principio le achacó la responsabilidad... luego se retractó, pero ella ya lo creía, es más, creo que lo creyó desde el mismo instante en que pasaron las horas y no aparecía.

—Eso es ridículo, Paulina, mamá no tenía cómo adivinar algo semejante. Priscila sabía esquivar perfectamente, yo mismo vi cuando nuestro padre le dijo una y mil veces que no se sintiera culpable.

—Yo también estuve ahí, lo sé, pero ella no escuchó nada salvo lo que su mente le decía, así que... Cuando papá se fue de la casa continuó bebiendo. Ingería grandes dosis de calmantes,

comenzó a jugar póquer con sus amistades, solo en esas ocasiones la veías erguida, peinada, maquillada y bien vestida, pero cuando estaba sola, era una mujer consumida.

—¿Por qué no le dijiste a papá antes?

—Cuando se separaron quise irme con él a pesar de que las cosas entre ambos también ya eran bastante lejanas, pero prefería eso a quedarme con los gritos y locuras de ella. Todo se vino abajo cuando mamá vio mis maletas, me dijo que si lo hacía se mataría y que si le decía algo a nuestro padre cargaría con la culpa para siempre. La verdad es que me dio miedo que lo cumpliera... es mi mamá, a pesar de todo lo que ha ocurrido la amo, ¿tú la hubieras dejado? —Lo cuestionó con voz cortada, evocando cada segundo desde ese día.

El hombre rodeó la barra y la abrazó con fuerza. Un llanto silencioso brotó al imaginar todo aquello. Lo había hecho, comprendió sintiendo cómo una ola barría con todo lo que creyó haber superado.

—Eres valiente, demasiado en realidad.

—Todos hemos sido cobardes y egoístas —soltó de pronto la chica desde su resguardo. Javier se separó observándola, confundido—. Sí, debimos habernos unido más, enfrentado y hablado de lo que había pasado. Pero en cambio, huimos a las esquinas de ese cuadrilátero que nos unía, pensamos solo en nuestra propia pena y jamás en la del otro. Si tan solo nos hubiéramos visto, realmente, acompañado, seguro las cosas no habrían llegado hasta este extremo. Priscila siempre faltaría, pero la recordaríamos con amor, no con tanto dolor como ahora, a lo mejor, seguiríamos siendo una familia, ¿no crees?

—Vaya que creciste, hermanita, tanto que me haces sentir todo un estúpido —expresó asombrado. Paulina sonrió negando aún con lágrimas en sus ojos. Le tendió una taza y luego le sirvió, para luego verter el mismo líquido en la suya.

—Ni tú ni yo ni mamá ni papá somos culpables ni víctimas de nada, solo hicimos las cosas mal, muy mal, pero ¿quién puede juzgarnos? No es fácil perder una hermana o una hija.

Si realmente ponían nombre a las cosas y dejaban de hablar de «aquel día» como hasta ese momento, podía ser que tuviesen una nueva oportunidad de reencontrarse y de superar todo lo lamentable que había ocurrido desde que su hermana dejó de existir. Alejandro tenía razón: ignorarlo no había ayudado en nada.

—Ahora dime, ¿qué pasó con el misógino de Pablo? —preguntó Javier, intrigado. Ese tema aún permanecía presente en su cabeza cada día. Paulina soltó un bufido cansino para después darle un trago a su café haciendo cara de hastío.

—Gracias a ti no se le ocurrió volver a molestar. Dios, no tengo idea de cómo creí que podría valer la pena.

—¿Lo has visto?

—Es difícil dejar de ver a alguien en este círculo.

—Esa fue otra de las razones por las que me fui; hay tanta frivolidad que temí contagiarme al estar tan mal.

—Y nada ha cambiado, lo veo en la universidad, en fiestas, reuniones, incluso en el club, no hay forma de zafarse de eso.

—¿Y Elsa?

—Lo mismo, nos vemos, fingimos que todo va igual que siempre. Mis tíos no saben nada, no tienen ni idea de la clase de hija que tienen.

—¿Por qué no buscaste alejarte? No tienes por qué aguantar todo eso. Mira que saludar a ese par debe ser bastante desagradable después de lo que pasó.

—He seguido con mi vida, créeme que su presencia no me afecta en lo absoluto.

—¿Por qué percibo que detrás de esa miradita hay algo más? ¿Acaso tienes novio?

Ella le dio un leve empujón.

—No tengo novio, deja de molestar... —se quejó con ligereza pero sus mejillas color fresa en temporada la delataron. Javier soltó la carcajada, lo reconfortaba tener de nuevo ese tipo de conexión que solía haber todo el tiempo entre ellos.

—Solo dime que no es un *junior*, te lo suplico. No quiero volver a patear un trasero como aquel día... —Paulina abrió los ojos asombrada. Nunca le había preguntado qué era lo que hizo para que dejara de molestar.

—¿Lo golpeaste? —quiso saber.

—¿Te refieres al Don Juan de pacotilla que tenías como noviecito y al que siempre creí mejor persona? —inquirió. La chica rio abiertamente asintiendo—. Bien, digamos que hasta ese día supe lo que esta estatura, y las clases de defensa personal que papá me había pagado, tenían de utilidad, aunado al hecho de que lo amenacé con revelar unas cuantas cositas a su padre... Bueno, al idiota no le quedó más remedio.

Lo recordaba como si hubiesen pasado días y no años.

Él había estado en México por poco más de un mes. Debía arreglar sus papeles para casarse, además, finalmente decidió continuar con el negocio familiar, pero desde allá, desde Londres, cosa que a su padre le alegró enormemente en aquel entonces y que hasta la fecha había funcionado sin problemas. Por supuesto que para ese momento el matrimonio entre sus padres estaba completamente deshecho. Paulina iba y venía sin que nadie siquiera le preguntara a dónde se dirigía. Salía casi a diario y llegaba en la madrugada. Acababa de cumplir dieciocho y se manejaba como si tuviera su edad actual.

En varias ocasiones llegó a escuchar las discusiones con su madre, intervino y las frenaba, pero lo cierto era que no solía estar mucho en casa, por lo que prefería no pensar en lo que ocurría cuando se ausentaba.

Una noche pasó por su habitación, al escucharla gritar asustada, se detuvo. Planeaba dormir temprano por lo que llevaba una caja de galletas y leche para ver una película en lo que el cansancio lo entumecía. Claro que al darse cuenta de lo que su hermana decía, dejó su plan de lado. Le exigía a Pablo, ya atemorizada, que la dejara en paz. Un segundo después decidió entrar. Paulina lo miró de esa forma penetrante que la caracterizaba, estaba preocupantemente pálida.

—Cuelga —ordenó furioso. La chica lo obedeció con el rostro contraído y la nariz bien roja de tanto llorar—. Dime qué diablos está pasando ahora, y te advierto que no quiero mentiras porque sabré si me ocultas algo. —Paulina se levantó y lo rodeó con sus delgados brazos. Una hora después sabía más de lo que hubiera querido saber. La recostó bajo las cobijas prometándole que todo iría bien, que no estaba sola, que Pablo la dejaría de molestar.

Así era como había aparecido en su casa después de dejar a su hermana menor profundamente dormida. Las llamadas hechas durante el trayecto le proporcionaron información que lo dejó más encolerizado. Ese idiota aprendería su lección. No quería a ese parásito cerca de Paulina nunca más y el plan que le había planteado Francisco, primo de Pablo y muy amigo de él desde siempre, funcionaría para que todo sucediera justo como quería.

Cuando lo vio en su puerta, el imbécil le sonrió con hipocresía, como si de una visita de cortesía se tratara. Lo conocía desde que era un mocoso caprichoso, pero ahora todo eso lo había convertido en un hijo de perra que la pagaría.

Lo sacó de su casa tomándolo por la camisa. Lo arrastró hasta su auto lleno de furia. Por supuesto el muy cobarde trató de zafarse, pero al notar su mirada inyectada de amenaza lo obedeció sin chistar. Lo llevó lejos de su hogar y en una callejuela olvidada lo bajó, le partió la nariz de un solo golpe,

para después continuar con su ojo. Le advirtió que si volvía a acercarse a Paulina, él mismo les informaría a las autoridades sobre su pequeño negocio. El muy bestia lo negó y se defendió gritándole que lo demandaría por lo que había hecho, que Paulina era «su mujer» y que por nada la dejaría. Esas palabras aún retumbaban en su cabeza provocándole un deseo monstruoso de dejarlo sin descendencia. Sin embargo, no se dejó llevar, todo entre ellos acabaría.

Un policía apareció haciendo sonar la sirena. En cuanto el oficial abandonó la patrulla, Pablo comenzó a acusarlo casi con sorna, como si estuviera seguro de quién era el que terminaría bajo arresto. Su diversión terminó cuando el uniformado le mostró un video de él vendiendo droga en quién sabe Dios dónde.

Ver su rostro descompuesto, deformando por la impresión y miedo, fue una de esas cosas impagables que le había regalado la vida. Así que le dieron dos opciones: o dejaba en paz a Paulina, o se iba detenido en ese instante y un gran escándalo se armaría. Ni sus padres podrían maquillar lo que el mismo Javier se encargaría de que sucediera. Por supuesto el chico aceptó dejar a su hermana, cosa que estuvo monitoreando durante algunos meses para ver si el muy imbécil lo cumplía.

—¿Sabes cosas de él? —descubrió asombrada.

—Sí, como tú misma dijiste, en este círculo todos nos conocemos —le guiñó un ojo con complicidad—, así que, si algún día ese remedo vuelve a fastidiarte, márcame y le calentaré la memoria.

—Prometo que lo haré, aunque espero que no sea necesario, creo que fuiste *muuuuy* claro —dijo y luego le dio un beso en la mejilla. Javier no la dejó ir y la acercó de nuevo a él rodeándola como cuando era más joven.

—Eres una de las personas más importantes en mi vida, si no te lo he demostrado este tiempo ha sido porque a veces,

bueno, porque soy un imbécil y ya. Pero eso cambiará, a pesar de que me encuentre tan lejos, tú y yo no volveremos a estarlo... ¿Estás de acuerdo?

—Más que eso —alzó el rostro para encontrarse con su mirada llena de promesas—, estoy feliz. A pesar de lo que ha pasado, este día de verdad ha sido casi perfecto —aseguró cándida. Javier le dio un beso en la frente.

—Eso me intriga, ¿me dirás qué otra cosa ha sucedido para que así lo creas? —indagó. Paulina se separó bostezando y depositó la taza vacía en el lavaplatos.

—Cosas, hermanito, cosas —bromeó restándole importancia con la mano.

—Ah, no, quiero saberlo todo, ese tonito, la miradita. Paulina de la Mora, confiesa. ¿Quién es el responsable de tenerte así? —La sujetó por la mano y comenzó a hacerle cosquillas en el abdomen.

—Eso es bajo, sabes que no las soporto —gritó buscando zafarse. Javier le dio un respiro insistiendo, pero ella negó retadora—. Son ideas tuyas... ¡Déjame! —rogó divertida. Pero él no parecía tener la menor intención de obedecerla—. Si no lo haces, le contaré tu sucio pasado a mi cuñada y, créeme, dormirás en la sala o a lo mejor en la calle —lo amenazó aún en medio de aquella tortura. Su hermano la soltó alzando sus manos.

—Eso es jugar muy sucio, eh.

—No, eso es defenderme. Aprovechado —farfulló juguetona y caminó hasta su cama limpiándose las lágrimas de risa.

—Bien, solo dile que tienes un hermano mayor y que si se propasa, le romperé ambos brazos.

—Esperaba más de ti...

—Bueno, unas cuantas costillas y a lo mejor la nariz, depende de mi humor.

—Eres imposible, *Hulk*.

Minutos después ambos se encontraban sobre la cama mientras ella le cambiaba al televisor.

—Hace tanto que no hacías eso —dijo Paulina distraída, acurrucada sobre su pecho mientras él acariciaba su melena rubia mirando también el aparato.

—Sí, desde que tú y... —Su cuerpo se tensó dejando de hablar. Su hermana giró para poder verlo.

—Cuando Priscila y yo entrábamos a tu recámara y te robábamos todos tus dulces. Dilo, a mí también me duele, pero creo que es la única manera de comenzar a cambiar realmente las cosas y poder recordarla de otra forma

Javier llenó de aire sus pulmones y asintió, la mirada nublada.

—De acuerdo, tienes razón. Podemos intentarlo —murmuró vencido. Ella sonrió complacida mientras se volvía a acomodar sobre él.

—¿Recuerdas aquella vez que le marcamos a una de tus novias y le dijimos que te dejara en paz? —Su hermano sonrió. Claro que lo recordaba.

—Casi las asesino, eran un par de viborillas. Aún no comprendo cómo se les ocurrió.

—Era insoportable, acéptalo —lo pinchó con el dedo en un costado.

—Estaba buenísima y la espantaron, par de arpías.

—Había mejores...

—Pero esa era la que quería —se quejó aparentando molestia.

—Ay, tú querías a todas o por lo menos de eso me acuerdo. Así que tómalo como un favor.

—Nunca, esa me la debes...

—Tú no tienes ocho años, te verías ridículo.

—No me pruebes, hermanita... para mí tú sigues teniendo esa misma edad, peque.

9

—**H**ola... —susurró Paulina. Estaba exhausta. Llegó a la primera clase justo detrás de su profesor. Abril ya se encontraba sentada donde solía y leía algo divertida en su teléfono. Al verla, dejó lo que hacía entornando los ojos.

—¿Se puede saber dónde andabas? —la cuestionó. Sacó su *tablet* sin prestarle mucha atención—. Tierra llamando a Paulina. Te marqué como un millón de veces y nada.

—Enfermé del estómago —consiguió decir con tono casual.

—Mmm. No traes cara de eso.

La rubia sonrió sin buscar convencerla. Su vida era su vida y no la compartiría con quien no lo deseaba. Por mucho que Abril fuera lo más parecido a su mejor amiga, no confiaba ciegamente en ella, no si continuaba teniendo relación con chicos como Pablo y sus compinches.

—Ya sabes que mis días se reducen a traducir, estudiar, salir contigo casi siempre y encerrarme en casa a comer palomitas.

Y era cierto, aunque en esa ocasión ninguna de esas cosas ocurrió.

—¿Por lo menos has visto el móvil? ¿Sabes lo que sucedió? —la apremió. Negó antelando que en ese instante se lo informa-

ría y así pasó. Por su parte, fingió interés recargando la barbilla sobre su mano. De pronto dejó de escucharla, recordando lo sucedido a mediodía hacía menos de veinticuatro horas. Abril parloteaba sobre sabrá Dios qué cosas, mientras ella, si se concentraba, podía sentir su cercanía, sentir su aliento...

—¿Ves? —Su amiga la sacudió, impaciente—. A ti te pasa algo, anda, suéltalo.

—Nada.

La carraspera del profesor logró que dejaran el tema en pausa. Aun así, no pudo sacarlo de su cabeza, moría por verlo de nuevo.

Ya en los pasillos caminaron al centro de reunión donde siempre se encontraban con amigos, conocidos y compañeros en general. A veces inventaba alguna excusa para no estar ahí, y otras, simplemente iba y escuchaba la cantidad de tonterías que decían sin opinar en la mayoría de las ocasiones. Esta vez ni siquiera se dio cuenta de que había llegado al dichoso lugar hasta que Pablo, Erick y varios más las saludaron. Respondió relajada e indiferente.

No le guardaba rencor al chico que años atrás la había atormentado. Con el tiempo él simplemente dejó de figurar entre las cosas a las que les dedicaba siquiera un pensamiento. Estaba, ahora más que antes, muy consciente de que no lo había querido, no como hombre por lo menos. Pablo creció tan cerca de ella que lo veía como parte de su vida, incluso de su familia, luego maduraron y cambiaron... Él dejó de ser ese chiquillo flacucho y manipulable por Priscila y ella, para convertirse en un arrogante hombre de ancha espalda, cuerpo atlético, cabello muy corto y gran estatura. Guapo, muy guapo, pero jamás su tipo. Sin embargo, él estuvo ahí cuando sucedió lo de su hermana, incluso derramó muchas lágrimas por ella, la consoló cuando nadie lo había hecho y la escuchó cuando nadie la oía.

Lo que sucedió después había logrado manchar la amistad que llevaban, lo mucho que compartieron y los alejó sin remedio. Él, su mejor amigo, su casi hermano, se enamoró de ella, o por lo menos, eso decía. La intentó someter y atar a él de cualquier forma, para luego traicionarla de aquella manera vil, mezquina. Porque sabía bien sobre la guerra entre Elsa y ella, y fue justo con su prima con quien se tenía que acostar.

Su orgullo se dañó, y dio por terminada la amistad de antaño. El que fuera justo con ella, fue la peor parte. Pero nunca, en todo ese tiempo, sintió roto el corazón por amarlo, por desearlo. Incluso, cuando el tiempo pasó y dejó de acosarla gracias a su hermano, se sintió aliviada, se dio cuenta de que todo fue un enorme error y que el precio había sido perder también a alguien en quien siempre confió y creyó.

—¿Por qué no habías venido? —preguntó uno de los chicos buscándole conversación.

—Enfermé del estómago —mintió nuevamente como autómata, dándose cuenta de la cantidad de llamadas que tenía perdidas del día anterior. Sin percatarse de la mirada un tanto preocupada de Pablo y un par más que morían por siquiera una fugaz mirada, continuó con lo que hacía, ignorándolos.

—¿Irás a la fiesta de Victoria?

Ni siquiera comprendió que la pregunta iba dirigida a ella cuando la formularon, hasta que Abril la sacudió con suavidad. Alejandro le había mandado un mensaje por la noche y gracias a su amiga aún no lo leía. Alzó el rostro con fastidio. Las manos le sudaban y el corazón palpitaba más fuerte que nunca. Quería saber qué le había escrito.

—¿Qué pasó? —Abril rodó los ojos, negando. Paulina andaba bastante dispersa y extraña.

—¿Que si irás a la fiesta de Vico?

—Ah... No.

—Pasamos por ti —se ofreció Pablo con voz tersa, como siempre que se dirigía a ella. Paulina apenas si lo miró.

—Tengo auto, si quisiera ir, voy —expresó con indiferencia.

Su exnovio asintió acostumbrado a sus rechazos continuos. ¿Y quién podía culparla? Se había portado como un verdadero y asqueroso patán. Lo cierto era que la había sentido siempre tan lejana, nunca enamorada. Sabía que Paulina estaba confundida, dolida por todo lo que estaba viviendo, su mundo estaba desbaratándose de a poco y ser él quien pudiera protegerla, resguardarla, mimarla, era tan necesario como respirar. Pero lo arruinó todo, por siempre.



¿Cómo sigues?

Espero que estés descansando y que tu ánimo vaya mejor.

Cuídate. Alex.

Mariposas gigantescas peleaban en su estómago, tantas, que no cabrían de lo ansiosas que se encontraban. Realmente cumpliría su parte y eso la hacía casi levitar.

—¿Buenas noticias? —la interrumpió Pablo, que se hallaba sentado casi frente a ella en aquella enorme mesa rectangular de aquel atiborrado lugar. Posó sus ojos sobre los suyos, estudiándolo. Él sabía algo.

—Lo de siempre —mintió con desenfado. De pronto su celular sonó. Era él. Se alejó a paso veloz de ahí. Llegó a uno de los jardines en segundos y contestó.

—Hola... —lo saludó poniendo una mano sobre su mejilla caliente. Jamás había sentido tanta ansiedad y gusto por hablar con alguien y lo peor era que esas mariposas ya eran insopor-

tables en su interior: revoloteaban enardecidas, enloquecidas y eso que solo estaban hablando por teléfono.

—*Hola, Pau, ¿estás ocupada?* —quiso saber la masculina voz del otro lado. Se recargó en el árbol sonriendo como una boba.

—No, estoy en cambio de clases.

—*¿Cómo te encuentras?*

Hablaba de una manera que lograba hacerla sentir importante, y muy lejos de este mundo. Su voz era sensual, cargada de magnetismo, gruesa.

—Bien. Lamento no haber respondido tu mensaje, dormí muchísimo. Creo que tenía el cansancio acumulado, pero gracias por preocuparte.

—*Me alegra saber que pudiste reponer energías y que estás más tranquila.*

—Gracias, Alex, me sirvió mucho la tarde que pasamos ayer. ¿Y tú? ¿Qué tal tu mañana?

—*Nada interesante, a decir verdad, esto es lo más divertido que he hecho hasta ahora.*

La chica no pudo evitar sonreír ante el comentario. Vomitaría mariposas, estaba segura.

—Me pasa lo mismo —secundó jugando con la corteza del árbol donde se encontraba.

—*¿Sigues de ánimos para la noche?*

—Sí, ¿tú no? —preguntó dejando de hacer lo que hacía.

—*Yo te invité, ¿recuerdas? Solo que tú pretendes robarme mi cita.*

—No seas dramático, verás que te gustará. Además, aceptaré los agradecimientos más tarde —bromeó.

—*Vaya, pero qué seguridad* —le seguía el juego.

—Tú solo ve abrigado.

—*Me estás asustando* —expresó alegre. Ella rio negando, aunque no podía verlo—. *¿Segura de que no eres una psicópata disfrazada de una hermosa mujer que piensa secuestrarme o tortu-*

rame? Porque de ser así... Acepto de todas maneras —ratificó con decisión. Paulina ahora sí se carcajeó.

—Así que eres un fácil. Bien, tendrás que descubrirlo. Ya no te diré más.

—*Esperaré entonces, intrigado, debo añadir. ¿Algo más que se necesitará? No sé, ¿un gorro? ¿Guantes? ¿Un artículo de defensa personal? Ya sabes, por si las dudas.* —La joven siguió riendo, cuando se lo proponía podía ser ligero también.

—Mmm, no, esta vez yo me haré cargo de cualquier contingencia.

—*Vaya, realmente te la adueñaste. Pero ya no discutiré más.*

—Esa es una sabia decisión, Alex, podrías estarte enfrentando a una psicópata y quién sabe... —Ahora él soltó la carcajada.

Cuando terminó la llamada, Paulina seguía alucinando. Se sentía tan bien, tan entusiasmada, tan...

—Creí que estarías más triste.

Esa voz la hizo dejar de lado su expresión, giró. Pablo estaba de pie, a unos metros. Se cruzó de brazos intrigada e incómoda.

—¿Me estás espiando? —lo interrogó claramente fastidiada y molesta. El chico negó de inmediato, aunque lo cierto era que moría por arrebatarle el aparato y saber con quién chingados hablaba y, peor aún, saber por qué la ponía de aquella forma—. No me extrañaría de ti —completó pasando a su lado con indiferencia.

—Me enteré de lo ocurrido con tu madre...

Se detuvo sin mirarlo, ni siquiera habló, simplemente se quedó a su lado, congelada.

—Ya está mejor —mascullo entre dientes pretendiendo dar el primer paso para alejarse. Pablo la tomó suavemente del antebrazo. La chica observó su mano como si una víbora se hubiera enredado justo ahí. Ese rechazo le dolió más de lo que pensaba, pero sabía que bien merecido se lo tenía—. No pretendas ha-

cerme creer que te importa, porque, aunque así fuera, no lloraré en tu hombro. Así que no me toques.

—Claro que me importa —refutó soltándola—. Sonia era como una tía para mí.

Paulina rodó los ojos encarándolo con hastío.

—*Era*, tú lo has dicho. Así que ahórrate esto porque ahora tú y yo ni somos amigos, ni compartimos nada.

—¿Cuánto tiempo más me odiarás por lo que pasó?

—¿Odiarte? No, Pablo. —Rio encogiéndose de hombros—. No te odio, para eso debe existir... No sé, ¿sentimientos de por medio? Y yo por ti no siento nada. ¿Crees que de ser así toleraría verte todos los días y me sentaría donde lo haces en los recesos? Piensa un poco. Fuimos amigos, también lamentablemente novios y ya, eso pasó, fue... Hace tres años que saliste de mi vida y me da igual lo que pase con la tuya. Así que, por favor, no te inmiscuyas en mis asuntos porque no me interesa compartirlos contigo —determinó.

Sus palabras las sentía como gotas de limón sobre una herida abierta, su pecho dolió.

—Algún día tendremos que hablar de todo eso.

—No, por mí no te preocupes, para mí es historia.

—Jamás me perdonarás, ¿cierto? —asumió. La joven ladeó la cabeza estudiándolo con aquellos ojos cenicientos que tanto añoraba, que aún deseaba con locura.

—Ya lo hice, hace mucho tiempo. Pero eso no cambia en nada el hecho de que nuestra amistad haya acabado y no me interese en lo más mínimo reanudarla. Las cosas ahora están más que bien, no tengo la menor intención de que sea diferente. Así que te ruego que lo que sabes de mi madre no lo repitas y dejemos esta conversación sin sentido de una vez, ya debo ir a clase.

—¿De verdad estás bien? Sé todo lo que Sonia y tú han pasado. Espero que ella logre salir adelante —susurró agobiado.

Paulina respiró profundo hartándose de tenerlo ahí, en frente, sin embargo, él sí había querido a su madre y sí le creía que estaba afligido por lo ocurrido.

—Pablo, mamá está bien, ya está en un sitio donde la cuidarán y tratarán. Ahora, si no tienes más preguntas, me voy. Cuídate.

—¿Con quién hablabas? —exigió saber con voz dura. Paulina ni siquiera volteó.

—Nos vemos después... —dijo y caminó sin detenerse.

Pablo la observó alejarse sintiendo que la rabia corría por sus venas de aquella forma que tan bien conocía y que hacía mucho no sentía. Llenó de aire sus pulmones buscando serenarse. Paulina había estado hablando con un hombre, de eso estaba seguro, pero lo que realmente lo mataba era saber que ese tipo, quien quiera que fuera, sí estaba logrado lo que él en años nunca logró: enamorarla.

10

Llegó a la hora pactada, nerviosa, pero ansiosa por verlo otra vez. Ya iba a bajarse cuando Alejandro se acercó a su puerta para abrirla. Se veía algo cansado, sin embargo, en cuanto posó esos hermosos ojos miel sobre los de ella, a través del vidrio, aquella sonrisa que la maravillaba apareció y la dejó como solía: con un problema respiratorio. Fue consciente de cada fibra de su ser, incluso los vellos de su cuerpo bailaban felices por ese simple gesto.

Alejandro la hacía sentir viva, viva de verdad.

Al acercarse y observarla, toda la fatiga acumulada se desvaneció. Paulina se veía sencillamente preciosa. Sus ojos grises, con aquel juego de sombras, parecían casi mercurio, además, su cabello brillante lo incitaba a perder su mano ahí y tocarlo, memorizar su textura. Sonrió abriendo la puerta para toparse con una vestimenta que casi lo dejó noqueado.

¿Cómo diablos se veía aún mejor?

La chica bajó del auto, alegre. Era evidente que sabía muy bien lo que hacía y vaya que lo había logrado.

Lo saludó dándole un beso en la mejilla. Su olor dulce fue lo mejor de todo; lo envolvió en aquella neblina inexplicable a la que ya estaba comenzando a acostumbrarse.

—¿Cómo estás? —preguntó sintiéndose algo torpe y en desventaja. Debía oler a pescado, no estaba ni siquiera recién bañado y el cansancio del día seguramente se le notaba, no obstante, ella parecía un hada, una ilusión, ahí, frente a él, sonriendo tiernamente y envuelta en esa vitalidad que la caracterizaba.

—Bien, aunque tú pareces agotado —reconoció ladeando la cabeza un tanto desilusionada. El castaño elevó una de sus manos hasta su rostro y lo acarició desde la oreja hasta la barbilla de forma delicada. Paulina sonrió con timidez, maravillada por lo que le hacía sentir.

—Los viernes así son, solo dame unos minutos y nos vamos, ¿sí? —La chica asintió, curiosa. ¿Aún no terminaban? El local ya estaba cerrado y Said listo para irse. Alex abrió de nuevo la puerta del auto para que subiera—. Prefiero que no estés a estas horas de pie aquí. Créeme, resultarás demasiada tentación. —Le dio un beso sobre la frente ayudándola a subir. El gesto la desconcertó y atontó, solo sonrió acalorada haciendo lo que le pedía, sin perderlo de vista.

Alejandro se despidió de su compañero y luego entró al local de cadena que estaba frente a ellos. Minutos después salió enfundado en otros pantalones más oscuros, una camiseta negra sin ningún distintivo de cuello redondo y colgando detrás una mochila junto con un suéter negro. Lucía más fresco. Unos segundos después subió oliendo a limpio, a él.

—Ahora sí, soy hombre dispuesto, sorpréndeme —la desafió poniéndose el cinto de seguridad. Ella sonrió alzando las cejas.

—Lo haré.

Minutos después entraron en un estacionamiento subterráneo de una torre de apartamentos asombrosamente lujosos que no se encontraban tan lejos de donde trabajaba.

La estudió arrugando la frente.

—¿Dónde estamos? —quiso saber Alejandro, tenso, actitud que la divirtió. Aparcó el auto y bajó. La imitó sin perder detalle de los coches que ahí se encontraban; ni en dos vidas podría tener uno siquiera similar—. ¿Paulina? —insistió, siguiéndola.

—*Dios*, sí que eres impaciente. Si soy una psicópata es obvio que no revelaré mis planes, aunque debes saber que no pienso abusar de ti, así que tranquilo, tu honra está a salvo conmigo —bromeó guiñándole un ojo, abriendo la puerta trasera de la camioneta.

—Eso me tranquiliza, sin duda —admitió llevándose una mano al pecho, dramático—. Aunque... ¿no crees que podría ser al revés? —la desafió quitándole de la mano el par de bolsas de supermercado que sacaba, junto con una pequeña lonchera púrpura.

—Si lo creyera no estaría aquí y, además, ya lo hubieras hecho, has tenido muchas oportunidades —dijo con suficiencia.

—Eso no quiere decir que no lo piense... —admitió mirándola de reojo. *Dios*, esos *jeans* no lo dejaban pensar con claridad.

—Entonces estamos igual —declaró sin el menor atisbo de vergüenza, logrando con ello que pestañeara para luego sonreír.

Llegaron a los elevadores. Paulina sacó de su bolso una tarjeta y la pasó por un lector. Las puertas se abrieron casi enseñuida. Ingresaron al aparato sin hablar, era evidente que él se encontraba tenso.

El artefacto pasó el vestíbulo, el piso uno, el dos, hasta llegar al décimo primero. Una estancia enorme de pisos de mármol impecablemente blancos apareció frente a ellos. Cinco sillones elegantes y una mesa con un gran florero en el centro.

—En serio me estás matando... —aceptó observando su entorno.

Ella señaló unos escalones del lado derecho y aprovechó su desconcierto para ubicarse tras él y hacerlo andar con am-

bas manos en su espalda. Parecía estar congelado. Sentirlo en sus palmas era perfecto, sus músculos se adivinaban fuertes y su piel cálida. El cuerpo del castaño se tensó bajo su tacto, pero obedeció.

Subieron y unas puertas corredizas del lado izquierdo dejaban ver un gimnasio completamente equipado. Alejandro no perdía detalle, intrigado. Del lado derecho, justo hacia donde ella caminaba, una puerta de vidrio más gruesa y opaca que daba al exterior. La chica abrió con seguridad dejándolo pasar a él primero.

—Ven, sígueme —lo invitó adelantándose.

Una gran terraza con mesas y sillas de madera, junto con sillones claros de exterior que se encontraban esparcidos de forma ordenada, armoniosa. Una piscina cuadrada elegantemente iluminada a un costado y del otro un mirador asombroso. Paulina iba hacia allá.

Arrugó la frente, desconcertado, siguiéndola. Barandales de madera que le llegaban al pecho evitaban que estuviera completamente desprotegido el lugar. Sin embargo, de esa forma, se podía ver a través de ellos una parte de las luces encendidas en la gran ciudad.

Jamás había pisado un lugar similar; la elegancia y el dinero se podían oler, sentir, y por supuesto ver allá a donde mirara.

—¿Qué es esto? —La cuestionó algo irritado, con las bolsas en las manos, a varios metros de ella. La joven giró relajada, ignorando deliberadamente su tozudez.

—Uno de mis lugares preferidos... —respondió relajada, luego se acercó hasta él para quitarle lo que traía cargando y comenzar a acomodarlo sobre una de las mesas.

El aire soplaba fuerte allí. Ahora comprendía lo de ir abrigado, aun así, sentía la sangre caliente correr por todo su cuerpo.

¿Qué no se daba cuenta de que no tenía nada que hacer en un sitio como ese?

La observó sacar una botella de vino, carnes frías, aceitunas y algunos quesos que valían más de lo que llevaba puesto. Sin ponerle la menor atención, la chica que lo tenía completamente hecho un idiota, los colocó sobre un recipiente de plástico, de manera que se vieran todos perfectamente organizados. Cuando terminó, abrió la botella con destreza y sirvió en un par de vasos que, aunque no eran de vidrio, se veían finos.

—Toma... creo que la necesitas —expresó extendiéndole la bebida con semblante sereno, claramente lista para lo que pudiera decir. Alejandro se acercó sintiéndose profundamente incómodo y lo agarró sin tener la menor intención de sentarse sobre aquellos mullidos sillones.

—¿Para qué me trajiste aquí? —investigó. Paulina subió sus piernas flexionándolas al sofá para luego perder la vista en la ciudad.

—Ya te lo dije, ¿no lo recuerdas? —contestó sorbiendo de su vino con delicadeza. Lo escuchó suspirar.

—Sí, pero no pensé en algo como esto —admitió estudiando a su alrededor, incómodo, sintiéndose un intruso.

—Esta soy yo —expresó con voz suave. Se levantó y se acercó a él, serena—. No te he mentado, no pienso hacerlo, así que respira. Este sitio lo construyó mi padre, es arquitecto, uno muy importante por si te interesa saberlo. Eso me ha dado comodidades, viajes, ropa, estudios y muchas cosas más... no lo esconderé, ni me sentiré mal por ello. He sido sincera, en cada cosa, en cada palabra que te he dicho.

—Yo también lo he sido y lo sabes, pero no puedo evitar sentirme fuera de lugar. No encajo, Paulina.

—Inténtalo, porque a mí no me representa ningún problema la manera en la que tú vives... y me decepcionaría mucho

que a ti sí —reviró con simpleza. Alejandro cerró los ojos colocando sus dedos en el puente de la nariz durante unos segundos.

—Temo que al permitir que continúe creciendo lo que hay entre nosotros, en algún punto, este tipo de cosas vayan a ser más fuertes que nuestra voluntad. Por favor comprendeme. No soy un chico con una situación económica complicada o alguien que vive de forma tranquila, con todo resuelto, pero sin lujos. Soy mucho menos que eso, Pau. La realidad es que estoy sintiendo cosas, cosas de verdad fuertes que, por mucho que he luchado para que no florezcan, lo han hecho y junto con ellas la idea de que no está bien seguir, de que no funcionará —expresó con la mirada fija en sus ojos.

El rostro de la chica parecía por primera vez comprender su punto y eso lo asustó. Tanta resistencia la podía hartar y además, abrirle los ojos para darse cuenta de que lo que decía era verdad.

—¿Sabes? Tienes razón, hemos crecido de formas tan distintas. Mientras yo estaba en algún lugar de Europa derrochando a manos llenas, seguramente tú estabas trabajando duramente para lograr tener un techo sobre tu cabeza, comida en tu mesa, un lugar caliente a dónde llegar cada noche después de haber trabajado sin parar por varias horas. Sí, somos diferentes, tú eres un hombre que ha luchado, que ha vivido, que ha afrontado cosas que me sorprenderían de tan solo escucharlas, que no se ha dado por vencido, que mira a los ojos con orgullo y que es lo suficientemente noble y honesto como para decirme todo lo que me acabas de decir.

—Pau... —murmuró. Ella posó un dedo sobre sus labios, negando.

—No, escúchame. Quiero aprender de ti, quiero ser mejor, quiero disfrutar de lo que realmente importa, de lo que al final de mi vida se quedará aquí —posó su mano sobre su pecho—, en mi interior, en el interior de la gente que me quiere. Necesi-

to saber que la vida es más. Y tú, sin saberlo, me has despertado, ver que lo bello no está en las cosas superficiales, sino en los pequeños momentos, en los recuerdos. —Alzó su mano y acarició de forma dulce y lenta su pómulo con aquella barba incipiente—. En una mirada, en una sonrisa, en poder sentir que la vida puede valer mucho más de lo que hasta este momento creí.

Sus palabras lo hipnotizaron y terminaron de romper cualquier defensa que existiera y que, para ser sinceros, ya eran muy pocas.

—Aún no puedo creer que seas real, Paulina —susurró embriagado de esa dulce chica. Ella sonrió bajando la vista, sonrojada—. ¿Y sabes qué? —susurró decidido. Lo miró curiosa—. ¡Al carajo con todo! No tengo nada de qué avergonzarme ni tú tampoco y por Dios que estoy cansado de no poder dejarme llevar por esto. Después de todo esta es nuestra realidad y, aun así, estamos aquí... —determinó y tomó la copa, sonriendo.

—¿Estás seguro de lo que dices? Después será demasiado tarde —le advirtió con picardía.

—¿Por qué crees que aún sigo aquí? —confirmó.

Después de beber y comer mientras charlaban sobre cosas absurdas que en más de una ocasión les arrancaron carcajadas, acabaron de pie frente a la espectacular vista, sumidos en sus pensamientos.

—Lamento haberme puesto así al llegar —se disculpó contemplándola, con sus brazos recargados en la gruesa madera que los sostenía.

—Sabía que eso pasaría... —confesó. Alejandro alzó las cejas sorprendido, sin comprender.

—¿Lo hiciste a propósito? Estoy de nuevo perdido —dijo desconcertado. Paulina no lo miraba, continuaba con los ojos fijos en algún punto de toda esa cantidad de luces y edificios que

se lograban ver desde ahí. El aire fresco acariciaba sus rostros, logrando que en ambos sus cabellos bailaran al son que marcaba.

—Cuando era niña, papá siempre estaba ocupado con «sus proyectos» —dijo, sonriendo—, y mi hermano junto con él. Mamá, Priscila y yo nos quejábamos todo el tiempo. Sus pláticas eran aburridas, no sabes cuánto. No entendíamos absolutamente nada de sus términos ni de las cosas que discutían. Así que un día que no paramos de pulular a su alrededor y distraerlos, mi padre se hartó, nos sentó sobre la mesa del comedor, extendió una cartulina inmensa y nos dijo que hiciéramos los planos, junto con mamá, de un edificio... de nuestro edificio —evocó con los ojos anegados, presa de los recuerdos.

—¿Es... es este? —concluyó él un tanto descompuesto. La rubia asintió aún sumida en aquella época.

—Para sorpresa de papá, duramos días diseñándolo. No teníamos idea de cómo hacer un plano por supuesto, pero sí sabíamos lo que queríamos y nuestra imaginación voló. Unas semanas después, los cinco nos encontramos ahí, cada noche, cada momento libre y le íbamos dibujando lo que queríamos. Papá se entusiasmó tanto que entre él y Javier lo volvieron realidad. El proyecto era de todos, y por primera vez estábamos los cinco haciendo lo mismo. Fue tan divertido. Mi padre nos traía a la obra a cada rato, creo que fuimos una pesadilla para todos los que aquí trabajaban. Priscila y yo teníamos casi catorce años, éramos muy inquietas y queríamos meter las manos en todo. Ya te imaginarás los desastres que llegamos a causar...

Alejandro la escuchaba atento, asombrado por todo lo que le estaba compartiendo, conmovido como nunca imaginó.

—Incluso mamá colocó ladrillos aquí. Fue tan divertido. Este espacio, en el que ahora estamos, lo ideamos mi hermana y yo una noche en nuestra habitación. Al despertar le dijimos a papá que cuando fuéramos mayores ambas viviríamos aquí,

una frente a la otra y que, cada noche, después de trabajar, nos sentaríamos sobre uno de los sillones que queríamos que hubiese y nos contaríamos lo que sucedió en el día —recordó con voz quebrada—. Poco más de un año después, Priscila murió y... ese sueño también. Por eso vengo aquí. Cada vez que necesito estar sola, que quiero pensar, subo y me pierdo por horas. Los inquilinos rara vez suben, así que prácticamente lo tengo para mí cuando lo deseo.

Atónito escuchó cada palabra. Lo había llevado a su «lugar especial», a un sitio que le representaba tantas cosas. Ni siquiera comprendía por qué. La culpa lo embargó, no debió portarse así al llegar.

—Gracias por compartirlo conmigo, Pau... —murmuró desconcertado. Ella lo miró al fin, evaluándolo, con una tierna sonrisa.

—Quería hacerlo.

—No comprendo por qué. No te lo he puesto fácil.

—Hay algo en ti, no sé qué es, Alex, pero me inspira confianza. ¿Soy muy ingenua al creerlo? —preguntó cauta. El chico entendió de inmediato que tras lo que acababa de escuchar, iba implícito mucho más que el simple hecho de si era confiable o no.

—No, no lo eres —avaló seguro—. Siempre podrás confiar en mí, por muy dudoso que esté de todo esto, hay algo que sí tengo muy claro, Paulina, y es que lo que me provocas cuando estás cerca, cuando me miras, cuando sonríes... Nunca nadie lo había logrado. Tú eres algo así como la chica de los sueños de cualquier mortal, de cualquier hombre en realidad.

—¿Me estás diciendo que te gusto? —infrió divertida y a la vez algo nerviosa. La tristeza de hacía unos segundos se había disipado al escucharlo hablar de esa forma.

—¿En serio lo preguntas? Creo que es obvio, ¿no?

—No, o bueno, no todo el tiempo.

—Soy obstinado, pero tú sabes que sí, que si me estoy arriesgando en toda esta locura no es porque crea que eres como cualquier chica, sino porque sé que eres «la chica».

—Alejandro, hasta hoy he sido yo quien se ha mostrado, quien se ha abierto, quien ha tomado la iniciativa...

—¡Eh! Eso es injusto, esta es mi cita y tú te la adueñaste.

—¿Y tan malo ha sido?

—Solo cuando mis complejos aparecieron, pero creo que de ahí en adelante ha sido más que buena.

—No creas que te juzgo, sé que da miedo —admitió. Alejandro entornó los ojos, estudiándola. Lo decía como si también lo tuviese, como si entendiera a la perfección su sentir, sus dudas.

—Mucho, más del que me gustaría.

—¿Entonces? —preguntó con un hilo de voz, casi parecía un suspiro.

—Entonces... viviré —determinó con voz ronca perdido en sus ojos.

Le importaba un carajo si el mundo se sumía en el completo caos por esa decisión, si el sol no volvía a salir o si el agua y el aceite eran sustancias que no se podían mezclar según la química. Con determinación se acercó a ella, despacio, mientras los ojos grises, de quien lo tenía completamente perdido, lo miraban atentos, con la respiración agitada y sin saber qué hacer con su cuerpo.

Alejandro pasó una mano por su cuello, cuidadoso, provocándole un pequeño suspiro que hizo que clavara la vista en su iris por un segundo, para continuar el recorrido hasta llegar a la delicada piel de su nuca.

Sintió, bajo su tacto, cómo se tensaba, cómo su pulso se disparaba a la misma velocidad que el propio. Ya sin poder contenerse más, la atrajo despacio, midiendo su reacción. Cuando la

tuvo a tan solo un par de centímetros cerró los ojos y absorbió su aroma con deliberada calma.

Necesitaba impregnarse de su esencia, convencer a su cabeza, a su cuerpo, de que esa mujer que tenía rodeada por la cintura podía ser suya, suya sin condiciones, sin restricciones, sin vacilaciones.

Acercó sus labios hasta quedar a un milímetro de su oreja y sin tocarla, fue trazando un camino tan deliciosamente placentero que Paulina creyó que sus piernas terminarían cediendo. El deseo que estaba surgiendo jamás pensó que pudiera existir, sin embargo, ahí estaba, paralizada, atenta a cada terminación nerviosa de ese cuerpo que hasta ese momento parecía haber estado dormido.

—Y lo quiero hacer junto a ti... —susurró él casi sobre su boca.

Cuando por fin sus labios se posaron sobre los suyos, un vértigo justo en el centro del estómago se extendió de forma tan escandalosa que creyó que la dejaría con alguna repercusión severa. Su aliento cálido se mezclaba con el propio provocando miles de sensaciones nuevas. Su beso era delicado y a la vez firme, seguro, no había duda en cada roce, en la forma en la que la tenía sujeta por la nuca, en la manera en que la acercaba a su pecho como si supiera que ese era su lugar, como si al fin las piezas del rompecabezas encajaran.

Atrapó primero un labio, luego el otro, para después, poco a poco hacer que ella se dejara llevar dándole acogida a su lengua. La embestida solo logró que ahora sí no pudiera sostenerse. Alejandro lo notó y la sujeto con mayor fuerza mientras ella enredaba sus brazos alrededor de su cuello, gesto que solo logró arrancar un gemido ronco de quien la devoraba de la forma más sensual y única que ella sabía que podría existir.

Ese hombre que se estaba colando en su vida de una forma silenciosa pero certera, con tan solo un beso, le estaba demostrando qué era vibrar, qué era soñar, qué era entregar.

Su sabor era delicioso, cálido, necesitaba más, sus labios exigían más.

Alejandro la sentía temblar bajo sus manos, derretirse y un fiero deseo surgió, algo inaudito, algo poderoso que nunca había experimentado. Impresionado por ese avasallador sentimiento, fue disminuyendo la intensidad del encuentro, aflojando su abrazo y depositando pequeños besos en sus labios de forma suave, tierna. Se sentía fuera de su piel, completamente a la merced de esa hada de cabello dorado.

La chica que aún sostenía, porque era evidente que no lograría mantenerse en pie, seguía con los ojos cerrados y respiraba igual de rápido que él. Paulina fue alejándose de su boca. Alejandro irguiéndose para poder respirar. De pronto ella se acurrucó en su pecho. Alejandro sonrió, aturdido, arropándola con suavidad entre sus brazos, lucía algo asustada.

Besó su cabellera absorbiendo su aroma, consciente de que esa acción había sido una decisión, una elección y que no daría marcha atrás, ya no.

—Alex... —musitó sin moverse.

—Dime... —respondió con voz tersa, depositando otro beso sobre su cabeza, acariciando su estrecha cintura. Paulina aspiró con fuerza, deleitada, asombrada también. Estar ahí era mejor de lo que imaginaba.

—Si me besas así de nuevo, no responderé —aseguró aferrada a su camiseta. Se alejó para examinarla. La chica sonreía con las mejillas aún encendidas.

—¿Es una amenaza? —La retó divertido, sin soltarla. Extasiado por tener ese delicado y pequeño cuerpo tan cerca.

—Una advertencia.

—No me asustas, ¿sabes? Y tienes que saber que en mis planes está seguir haciéndolo una y otra vez hasta que ese sabor tuyo —con el pulgar acarició su labio inferior de forma provocativa—, permanezca en mí, aunque tú no estés cerca, ¿qué te parece? —le informó enarcando una ceja, depositando un rápido beso sobre la comisura de su boca, demostrándole que le cumpliría lo dicho. Paulina suspiró de nuevo, aturdida.

—Eso quiere decir que... ¿rechazas mi amistad? —indagó con mirada juguetona, poniéndose de puntillas, logrando así que él se agachara, acercando ahora su boca a la suya.

—Categoricamente. No te quiero de amiga, no después de esto.

—Al fin algo en común —sonrió triunfante, con los párpados cerrados, la boca entreabierta, muy cerca, con clara invitación. Alejandro la contempló, tomándose su tiempo.

—Eso parece —concluyó susurrando, dejando una estela de su aliento sobre su oreja, luego tomó sus manos y enredó sus dedos en los suyos. Paulina se separó un poco mirándolo con su peculiar intensidad—. No estoy jugando... —expresó él con seriedad.

—Más te vale.

—Tampoco me interesa divertirme un rato...

—Si creyera lo contrario no estarías aquí.

—No será sencillo.

—Lo fácil es aburrido.

Alejandro torció la boca.

—No te fallaré, no te mentaré... espero que tú tampoco lo hagas.

—No lo haré, y espero que cumplas tu parte —secundó la joven, acercando una mano a su mejilla, repasando la línea de su barba y la recorrió con concentración infinita.

—Eso seguro, lo que ves es lo que hay, lo que soy.

—Y es perfecto.

—Entonces... Estamos juntos —dijo sin soltar sus ojos, determinado.

—Con una condición —interrumpió Pau, apresando su mano para recargar su mejilla en su palma, mirándola de esa forma tan suya—. Me aceptarás como yo te acepto a ti.

—Te acepto, créeme. Pero será difícil encontrar el punto en el que converjan nuestros mundos.

—Date cuenta de que ese punto somos nosotros, y si vamos a estar juntos, necesito que lo comprendas —expuso calma. Alejandro asintió con decisión, acercándola por la cintura, agachándose.

—De acuerdo, pero también te pido algo. Si en algún momento no puedes más con esto, me lo dirás, yo no te juzgaré y aunque lucharé por ti, también sabré comprender, ¿de acuerdo?

—En ese caso te pido lo mismo —reviró apresada en sus ojos. Este asintió al tiempo que su mano, esa que estaba en su mejilla, apresaba su nuca y la acercaba hasta sus labios, urgente.

—Sé que eres justo lo que necesito.

11

—Es tu turno... —habló ella, sobre sus labios. *Dios*, era adictivo.

—¿Mi turno? —repitió sin comprenderla, deteniendo un segundo sus roces, esos sensuales que desparramaba por su boca, su quijada, su cuello. Su ahora... novia, reconocerlo en su cabeza le parecía todavía imposible, jadeó al borde de sí, poniendo un poco de distancia para verlo a los ojos. Él sonrió de forma masculina.

—Yo ya he dicho mucho y ahora te toca a ti contarme algo sobre tu vida, algo de verdad importante —explicó, sonrojada. Alejandro acunó su barbilla y la volvió a acercar a su boca, una vez que empezaba no podía parar, lo cierto era que quedó tan cerca... pero no la besó. Ella suspiró aferrada a su camiseta, observándolo, con la boca entreabierta.

—No hay mucho qué contar, mis recuerdos no son tan hermosos como los tuyos, Pau —dijo, calmo.

—Sé que no debió ser nada fácil, no lo es en realidad, pero ¿algo o alguien? —quiso saber, mirando sus ojos y su boca a la vez. Alejandro la besó fugazmente y la soltó con cuidado. No, no pensaba con esa hada cerca. Se acercó a uno de los sofás y se sentó, reflexivo, mirándola.

—Sí, existieron personas que han significado algo importante para mí, que aún significan —admitió con simpleza. Luego extendió la mano en invitación para que se acercara, ella lo hizo, sonrojada y se sentó a su lado, atenta.

—¿Son del orfanato? —indagó.

—De allí, de otros sitios... —respondió sin ahondar, lo cierto era que la percibía inquieta, ansiosa por saber. No era un parlanchín, tampoco solía hablar sobre él. Salvo con Nadia y con Jesús; ambos chicos con los que compartió su infancia y primera parte de su adolescencia, era un libro bien cerrado. Colocó uno de esos mechones dorados tras su oreja, torciendo la boca.

—No quieres decirme, ¿cierto? —captó Pau, intentando comprender, aunque sin lograr ocultar la decepción.

—No es eso, es solo que... —Su desilusión logró convencerlo casi de inmediato—. *OK*, lo intentaré. Pero debes saber que no suelo hablar de ello, ¿sí? —informó cauto por si no era como ella lo pensaba o imaginaba. Paulina asintió complacida y acomodándose frente a él para poder escuchar lo que le diría cuando Alejandro se volteó, listo para abrirse, o lo más que pudiera—. Ya te he dicho que no tengo ni idea de quiénes son mis padres y bueno, aunque de niño me lo pregunté millones de veces, conforme crecí me acostumbré a no saberlo. Después de todo, los chicos que ahí estábamos vivíamos bajo las mismas circunstancias o por lo menos similares, así que era lo normal.

—¿Similares?

Alejandro sonrió ante la interrupción.

—Sí, en esos lugares, los abuelos, o los tíos, a veces logran obtener la custodia, además, también hay niños que están ahí mientras sus padres demuestran ser capaces de criarlos y darles lo que se merecen.

—No sabía.

—Es un mundo muy complejo, aunque ese no era mi caso. A mí me dejaron cerca de aquel sitio cuando al parecer acababa de nacer. Nunca pregunté mucho sobre eso. Alguna vez escuché que así fue como llegué ahí —explicó carente de emocionalidad. La chica pasó saliva intentando no parecer conmovida. Debía de ser terrible no tener la menor idea de quién te había traído al mundo y que esa misma persona hubiera tenido la sangre tan fría como para ni siquiera cerciorarse de que el hijo que parió estaba ya en buenas manos. Él notó su actitud y sonrió—. Quitale esa cara, no es tan malo, no me duele ni me afecta. He aprendido a vivir con ello y a aceptarlo —aseguró y enseguida la tomó por el cuello, despacio y la besó de forma tierna, dulce. *Dios*, qué bien sabía esa mujer.

—Sé que no debería decir esto, Alex —murmuró pegada a su frente, mirándolo a los ojos, jugando con sus manos—, pero no comprendo cómo alguien puede tener corazón para abandonar a un pequeño así.

Él volvió a rozar sus labios para demostrarle que el comentario no le molestaba. Tomó un poco de distancia para verla mejor y se encogió de hombros.

—El mundo está lleno de eso, Pau, créeme, no era el único en esa situación, es más, los había peores y tenían padres.

—Pero eso no lo hace menos asqueroso —apuntó indignada. Alejandro acarició su barbilla con delicadeza. Estaba enojada y se veía tan linda que casi sonríe ante el gesto—. Lo siento, no debí decir nada...

—No tengas miedo de lastimarme o molestarme por expresar en voz alta lo que piensas. Yo estoy bien, eso no es algo que me quite el sueño o que me la pase recordando. Créeme, siempre existieron cosas más importantes en qué gastar la energía.

—¿Nunca has tenido curiosidad? Digo, ahora podrías ir y preguntar más sobre cómo fue en realidad que llegaste a ese

sitio —curioseó incrédula: no podía creer que de verdad le diera lo mismo.

—Solo de pequeño. La verdad creo que, si a ellos les dio lo mismo, ¿por qué tendría yo que preocuparme por saber quiénes fueron esos seres que decidieron dejarme solo? No, Pau, lamento desilusionarte, pero no me intriga en lo absoluto, y no te aflijas, no duele —dijo, estudiándola. La joven desvió la mirada hasta esa mano que tenía apresada la suya, contrastaban tanto, notó.

—Lo siento.

—¡Eh! —Volvió acunar su barbilla, sonriendo. Parecía algo confundida, avergonzada—. Es normal pensar como lo haces, yo mismo, si fuera al revés, te lo preguntaría. Lo que sí debo admitir es que esa situación causa... ¿cómo explicarlo? Ciertamente desapego, no sientes pertenencia a ningún sitio. Sabes que estás solo, solo de verdad. Probablemente también algo de inseguridad, disfrazada de dureza, arrogancia y orgullo. Nada te ata, nada te detiene, no decepcionarás a nadie, pero tampoco harás feliz a nadie.

Los ojos de su ahora novia, se anegaron con aquellas palabras. Alex pestañeó desconcertado.

—No, no lo hagas —le rogó pasando una mano por sus pómulos—. Ahora eso está cambiando, y esa es la razón por la que me he resistido tanto, ¿me entiendes? No paro de pensar en ti, Pau, de sentir la necesidad de tocarte, de arrancarte una sonrisa, de consolarte cuando las cosas van mal. Eso es nuevo en mi vida, te lo aseguro.

Ella sonrió a cambio, complacida. Continuó.

—Han existido personas que me han importado, que aún me importan, pero con ninguna he tenido esta necesidad de permanecer, de volverme indispensable y me da mucho miedo darme cuenta de que contigo eso sí está sucediendo. Escucha —la apremió acomodándose más cerca, logrando con ello que la

joven alzar el rostro—. Por primera vez en mi vida mi pasado me incomoda y ha dejado de serme indiferente, mi presente es algo que nunca me planteé y que está afectando por completo lo que había planeado para mi futuro. Creer, sentir que alguien puede necesitarte, que tú necesitas de alguien por primera vez en la vida no es fácil... Asusta —confesó, ansioso también porque lo entendiera.

Paulina, con un hormigueo casi mágico recorriéndole todo el cuerpo, se abalanzó sobre él. Sus palabras, la forma en que las decía, su mirada, por Dios, le estaba robando no solo el pensamiento, el corazón, sino también el alma. Lo deseaba solo para ella, añoraba convertirse en ese ser que lo anclase, que lo atara y que le diera ese sentido de pertenencia del que carecía.

Alejandro respondió el beso con ardor, rodeando su delgado cuerpo de forma posesiva, dominante.

No quería dejarse ir de esa manera tan inconsciente. Estar siempre tan ajeno a todo había logrado que jamás saliera lastimado, que pocas cosas le doliesen. Con el tiempo se percató de que vivir así era más fácil, menos complicado, pero ahora, con ella ahí, entre sus brazos, fundiéndose en su aliento de esa manera inigualable y absolutamente extraordinaria, comenzaba a sospechar que su forma de vivir estaba por terminar: su mente, su razón y su corazón, estaban comenzando a abrirse, a darle cabida a algo que ni él mismo sabía y que en definitiva echaba por tierra aquella manera de ir por la vida sin esperar nada de nadie ni tampoco pretenderlo.

Ahora quería todo de ella, no solo su cuerpo, sino sus pensamientos, sus sentimientos... su ser si era posible.

—Yo también te necesito —susurró la joven jadeante, sobre su cuerpo duro, notando lo que provocaba en él, deleitada, no incómoda como le llegó a ocurrir. Alejandro acarició su

rostro sin soltar su cadera, esa que tenía encima y lo excitaba como nunca nadie.

—No quiero decepcionarte —admitió haciendo algunos de sus mechones a un lado para poder verla a los ojos y saber lo que en su interior sucedía. Ella sonrió con dulzura.

—Yo tampoco quiero hacerlo.

Respiraban con dificultad, sus pechos subían y bajaban como si hubiesen corrido un maratón, no había espacio entre sus cuerpos.

—Sabes a lo que me refero... —murmuró su novio. Ella asintió, acalorada. Alex la tomó de la cintura e hizo que ambos se incorporaran sobre el sofá. Esa no era una posición precisamente buena para hablar, además, estaban en un lugar cualquiera y no le agradaba en lo absoluto la idea de exponerla así.

—Lo sé, ahora lo comprendo mejor, y sospecho que conforme sepa más, todo será aún más claro. Pero, Alex —dijo relajada, deleitada por las muestras de deseo que ahí ocurrían, luego acomodó uno de esos rizos recios y oscuros que cubrían su frente y que lo hacían ver terriblemente sensual—, decepcionarnos es tan solo una parte de lo que implica vivir y arriesgarse... Aunque no necesariamente suceda.

—Supongo —avaló más sereno, observando su gesto, atento. Eso era mucha intimidad para él, pero en definitiva le gustaba, le gustaba en exceso.

—¿Seguirás? —lo alentó intrigada, ya que percibía duda, resistencia—. Aunque me gustaría saberlo todo de ti, no tiene que ser ahora, sé que con el tiempo me irás contando.

—No es eso, me gusta que quieras saber de mí, que nos conozcamos. Lo que pasa es que...

—Aún no te sientes listo para abrirte por completo —afirmó estudiándolo—. Escucha, lo que yo te he contado sobre mí no te obliga a que tú hagas lo mismo. Además, tenemos todo el tiempo

del mundo para que esa armadura que has creado durante todo este tiempo, caiga, yo la haré caer —determinó sin dudar. Él sonrió un tanto turbado, sabía que sería así, respiró hondo y buscó una de sus manos. La acarició.

—Pau, date cuenta, apenas comencé y ya sufrías, no quiero eso. A mi manera, de cierta forma, he logrado ser feliz. No soporto pensar que puedas sentir pena por mi origen o mi infancia. La compasión es lo último que deseo despertar en ti.

—No te compadezco —se defendió sin estar del todo segura. Alejandro se llevó su pequeña y suave mano a la boca.

—Dime qué quieres saber. Lo responderé —se rindió al ver su rostro lleno de confusión, de culpa. Los ojos de la joven chispearon, entusiasmados.

—Bueno, no sé... Si hiciste trámites para gastronomía, ¿eso quiere decir que terminaste la preparatoria? —dedujo; la respuesta a esa pregunta no la detendría, pero debía admitir que sería un tanto decepcionante que el chico que ahora vivía noche y día en su mente no la hubiera acabado.

Fue hasta ese instante en el que, como si de una luz se tratara, asimiló del todo lo que Alejandro tanto venía diciéndole desde su primera cita. Lo observó atenta, reflexiva. Ahora comprendía que habría cosas que podrían ensombreceer lo que en ese momento sentía, había dado por sentado tanto y poco a poco ese hombre que tenía frente a sí, se iba mostrando ante ella echando por tierra todas sus deducciones y conjeturas, asombrándola con cosas que ni por un instante cruzaron por su cabeza.

Él asintió con semblante serio y reflexivo, se había dado cuenta de por dónde iban sus pensamientos, cosa que solo logró avergonzarla un poco.

—¿A qué edad te escapaste del hospicio?

—Esa pregunta es complicada. Pero, veamos, creo que la primera vez teníamos como ocho años de edad —dijo haciendo memoria.

—¿Teníamos? —Ahí estaba de nuevo esa perspicacia—. ¿Tú y quién más?

—Yo y un par de amigos. Crecimos juntos, estábamos hartos de estar ahí. Además, éramos algo rebeldes —aceptó torciendo la boca, con una oscuridad peligrosa en esa mirada que solía ser clara.

—¿Sigues viéndolos?

—Sí, a ella cada tanto, ya sabes, el trabajo, la ciudad es muy grande, trasladarse es toda una odisea aquí. Y a Jesús, pues igual, trabaja en la carnicería de su familia, pero los veo una vez al mes, a veces más. Son como mis hermanos.

—¿Ella? ¿Es una chica? —inquirió sintiendo una punzada muy desagradable en el estómago. ¿Celos?

—Sí. Nadia. Ella y yo llegamos al mismo tiempo prácticamente a aquel lugar.

—Alex, ¿cuándo cumples años? Quiero decir, ¿cómo sabes en qué día naciste? —quiso saber, curiosa, cambiando de tema. El castaño rio ante la manera de formular aquella pregunta que era lógica, a decir verdad.

—No sé el día exacto, Pau, no hay modo de saberlo. Me registraron el diez de enero.

—¿Por qué ese día?

—Porque yo, en la revisión médica que hacen a los pequeños al llegar, dependiendo de varias evaluaciones y mediciones, parecía no tener más de un par de días de nacido. Así que ese día podría ser el adecuado, probablemente acertaron —explicó con paciencia.

—¿Y... tu nombre?

—Me lo dieron al azar, no significa nada en realidad, al igual que mi apellido. Se hace un juicio y después de muchas situaciones burocráticas, obtuve uno.

—¿Cuál es?

—Dávila.

La chica asintió aún anonadada.

—Y tus amigos, ¿qué pasó con ellos? ¿Los tres se lograron escapar igual que tú?

—No —sonrió. Esas preguntas, aunque estaban llenas de sentido común, nunca nadie se las había formulado, así que le parecía gracioso hablar de ello, le gustó hasta cierto punto—. Nadia fue adoptada. Un par de años después de que intentamos huir los abuelos de Jesús lograron obtener su custodia. Su madre la cedió después de un tiempo.

—¿Por qué tú no fuiste adoptado? Eras un bebé —apuntó confundida. Alejandro soltó un suspiro.

—Porque es más complicado cuando los niños llegan en situaciones como la mía... Los trámites son más lentos, tardados, así que se les dan preferencia a los que ya están registrados y sus padres decidieron dejarlos ahí. O a los que sus padres murieron. En fin, a cualquiera que tuviera su situación legal menos difícil. Por eso yo nunca fui el más viable de los candidatos y por eso Nadia sí, ella llegó con acta de nacimiento.

—Pero ella ya estaba grande, ¿no?

Si sumaba, tendría diez años.

—Sí, era un matrimonio mayor que no había logrado tener hijos. Iban a ayudar con los niños, se encariñaron con nosotros, pero sobre todo con ella y cuando se lo propusieron, Nadia aceptó. Así que después de casi un año lo lograron y ella se mudó. Luego buscaron hacer lo mismo conmigo, pero ya me había vuelto a escapar y todo se complicó... —De inmediato detectó que algo omitía, lo dejó pasar, bastantes preguntas le había formulado como para continuar presionándolo.

—¿Y cómo es que continuas viéndolos? —prosiguió por otra vertiente, había tantas que casi imaginó que nunca se aca-

barían sus preguntas. Su vida cada vez le parecía más interesante, atractiva y se encontró muy intrigada, quería saber más, todo si era posible.

—A Nadia la seguían llevando y algunas veces sus padres conseguían algún permiso para que comiera con ellos o cosas por el estilo. Jesús vivía cerca, estábamos en la misma escuela hasta que terminé la secundaria.

—El otro día en el centro me dijiste que te habías ido a los quince, ¿no te buscaron?

—Sí, era menor, pero se debieron dar por vencidos. Un chico más o un chico menos, no les quitaba el sueño y si le agregas que yo no era para nada dócil, pues peor.

—Así que fuiste problemático.

—Una pesadilla, y no me hace sentir orgulloso, pero es la verdad. Además, el ambiente no ayudaba por mucho que algunas de las personas que laboraban allí se esmerasen.

—¿Y después? ¿Cómo fue que terminaste la preparatoria? Quiero decir, ¿dónde vivías y en qué trabajabas?

—Un año después de irme fui a pedir trabajo de lavaplatos a un restaurante.

—Pero eras menor.

—Sí, pero no lo parecía, además mentí, necesitaba conseguirlo —respondió con simpleza.

—¿Y?

—Y conocí a un hombre que siempre recordaré... y que cambió mi vida.

—¿Trabajaba allí?

—No, era el dueño —sonrió al recordarlo. Así que sin ser muy descriptivo le narró cómo lo había conocido, aunque él lo evocó ese día con detalle.

12

No era más que un adolescente de dieciséis años harto de todos y de todo. Buscaba trabajos temporales, algo que le diera lo suficiente para comer y sí, para comprar un poco de droga y así olvidar el frío o calor, el dolor, el enojo y cualquier sentimiento, y de esa forma torcida, poder dormir sin problemas donde fuese, si era algún lugar seguro estaba bien, si era bajo un puente o una callejuela, también.

Había terminado la secundaria en aquel hospicio donde pasó gran parte de su vida. Al lograr escapar se sintió perdido, cansado, nada lo anclaba a la cordura, a intentar superarse, a buscar salir adelante. Había visto ya tantas cosas a su corta edad y sabía perfectamente que la vida no era ni por asomo algo invaluable, algo que cuidar y gozar, como escuchaba en algunos anuncios estúpidos y llenos de intereses capitalistas.

Entonces, como si de un ángel se tratase, pidió trabajo de lavaplatos en aquel lugar. Era un restaurante bar, sabía por un conocido que el chico que ahí laboraba había enfermado y que tardaría unos días en regresar. Entró importándole poco hacerlo con aquel aspecto desaliñado, más parecido a un vagabundo

que a un chico en busca de trabajo. Se dirigió a la barra con esa seguridad y confianza que lo caracterizaban.

El barman lo observó elevando una ceja. Era un hombre robusto, alto, que parecía un gorila, pero ni siquiera eso lo intimidó, pocas cosas lo hacían.

—Sé que están buscando un lavaplatos temporal, Rufino me mandó.

El hombre, que traía un secador en la mano y un vaso de cristal en la otra, torció la boca.

—Ese chico enclenque, así que por lo menos tuvo la decencia de mandar sustituto —se burló poniendo sus enormes manos sobre la barra y acercándose a él peligrosamente.

—Creo que es lo que te acabo de decir —escupió sosteniéndole la mirada. El gigantón rio al ver las agallas del muchacho y se alejó. Tomó una de las comandas que iban llegando y la leyó.

—El dueño está allá —e hizo un ademán con el rostro sin voltear—, dile quién te manda. Urge alguien en la cocina.

Alejandro giró su delgado rostro hacia donde el hombretón le señaló con aquel gesto de su barbilla. Un hombre canoso, de complexión ancha, con lentes, se hallaba sentado sobre un taburete alto frente a una caja registradora, al lado de él, una chica de unos treinta y tantos años, enfundada en un pantalón negro y camisa blanca, cobraba una cuenta.

Caminó decidido encontrándose con su mirada marrón en ese mismo instante. El hombre dejó lo que hacía del lado y lo estudió desconcertado. Si bien el lugar no era de lo más exclusivo, tampoco parecía alojar cualquier “clase” de gente. De hecho, era un restaurante para ver los típicos partidos de *soccer*, americano, *box* y, para ser martes, estaba bastante concurrido.

Antes siquiera de que pudiese llegar a él, este lo tomó por el antebrazo y lo arrastró a la salida. El chico rio con cinismo, acostumbrado a ser echado de cualquier sitio; después de todo

no se bañaba en días y la ropa no había sido cambiada durante el mismo tiempo o más, ¿quién podía criticar a ese viejo?

—Este no es un lugar para molestar a los clientes —rugió por lo bajo sujetándolo con firmeza.

—¿Clientes? Pero si vine de parte de Rufino a lavar sus mal-ditos platos —espetó en voz igual de baja. Al señor le importó un bledo su respuesta y lo sacó de igual forma del local. Una vez fuera, lo encaró. El hombre no era mucho más alto que él; un metro ochenta, aunque sí significativamente más fuerte.

—Pero si a ti es al que le urge un baño. ¡Por Dios! No crearás que así te daré trabajo, muchacho. Ahora vete.

El chico no se movió y arqueó una ceja castaña oscura con indolencia.

—Luego por qué estamos como estamos... —murmuró con desprecio. El hombre observó sus ojos miel, era apenas un chiquillo, aunque alto.

—No es porque yo no le dé trabajo a la gente —se defendió cruzado de brazos con seriedad. El adolescente se miró las uñas mugrosas y largas, enarcando ambas cejas con burla.

—Me refería a los prejuicios, ¿no ha pensado que justamente estoy así porque nadie me da trabajo y no tengo ni dónde bañarme? —La respuesta del joven lo dejó desconcertado. Era evidente que analfabeta no era, hablaba bien, o decentemente, y lo que acababa de decir no era proveniente de alguien que no hubiera cursado por lo menos secundaria—. ¿O qué? ¿Piensa que todos los que estamos en la calle es por gusto? Qué lástima. Yo solo quería unos días de paga y cumplir con un trabajo honrado, iré a buscar a otro lugar menos...

—¡Eh! Ya comprendí. Así que Rufino te mandó —cortó el hombre lo que pretendía ser una letanía sobre los derechos sociales. El chico introdujo las manos en el pantalón que alguna vez fue azul y que tenía agujeros por doquier.

—Me dijeron que enfermó y que necesitaba a alguien que lo cubriera. Yo me apunté. A nadie le cae mal un dinerito, ¿no?

Era cínico, sarcástico y arrogante, notó el dueño, estudiándolo. Sonrió divertido. Ya pocas cosas le arrancaban una sonrisa a su edad, pero ese mocoso lo logró con su prepotencia y asombrosa seguridad aún vestido de esa forma y con notoria escasez de todo.

—¿Cómo te llamas?

—Alejandro.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho —mintió, sabía que si decía menos lo mandarían al carajo y eso no estaba en sus planes, no ese día.

El hombre lo evaluó buscando mentira en su actitud, por supuesto no la encontró, Alejandro, entre otras muchas cosas que había aprendido, sabía mentir, mentir muy bien y sin una pizca de remordimiento.

—Deberás darte una ducha antes de pretender meter tu sucio trasero en mi cocina —sentenció. El chico torció la boca, mirándolo con fijeza.

—No tengo dónde —zanjó. El hombre mayor resopló.

—De acuerdo, en la parte de atrás hay un baño, dúchate bien y toma uno de los uniformes que hay ahí. Y date prisa porque el trabajo se está acumulando y yo no tengo tiempo para cerciorarme de que haces bien lo que se supone que debes hacer. —El muchacho lo miró triunfante, sin más entró al establecimiento de forma escurridiza y se perdió en el interior.

Ese fue su primer día en aquel lugar y no había vuelto a salir de ahí hasta hacía unos meses. Sin saber cómo, con el paso del tiempo, se echó al bolso a cada uno de los que trabajaban en aquel restaurante, incluso al dueño, don Horacio.

Muchas más cosas que dolía recordar y que lo cambiaron todo en su destino ocurrieron adentro de esos muros, pero Pau no estaba lista para conocerlas, no aún.

13

—¿Tan mal estabas? —comprendió asombrada, con la piel erizada.

—Sí, pero junto a él todo fue más sencillo. Pasaron muchas cosas antes de ganarme por completo su confianza, pero sin proponérmelo lo logré y me ayudó a terminar mis estudios. Se hizo responsable de mí, algo así como mi tutor durante ese tiempo, me facilitó un lugar dónde dormir, encargándose de que fuera a la escuela y manteniéndome ocupado en la cocina.

—¿En la cocina? Te tenía trabajando, entonces.

Lo decía con cierto tono de reprobación.

—No, en cuanto supo mi situación legal, dejó de ser una relación laboral. Eso sí, tenía que ayudar como en cualquier casa, pero más que nada se encargó de instruirme en un oficio, en mi caso, la cocina. A él le encantaba, yo era curioso y entrometido, por lo mismo el cocinero me enseñaba también y cuando había mucha gente, yo ayudaba. Primero fue así, con el tiempo, comencé a adueñarme del sitio, me encantaba pasar ahí horas. Por las noches, cuando ya no había más clientes, el *don* y yo platicábamos largas horas para después terminar comiendo algún invento suyo o mío.

—Pero, ¿a qué hora estudiabas? Por lo que dices el lugar cerraba entrada la noche.

—Por la tarde. En la mañana ayudaba a organizar la cocina y don Horacio me obligaba a hacer las tareas. A veces era agobiante, imagínate, no solo él creía tener derecho sobre mí, el barman también se adjudicó la tarea, así como el cocinero y la cajera —se quejó rodando los ojos. Paulina sonrió al ver que ese era un lindo recuerdo.

—¿Qué más?

—Cuando terminé por fin mis estudios, ya era mayor de edad y le pedí ganar mi sustento. Pensaba buscar trabajo en otro lugar. No permitió que me alejara y me nombró ayudante de cocina, siempre fue un puesto de rotación. Lo disfruté mucho. Él de inmediato aprovechó mi inclinación y me inscribió a varios talleres de diferentes tipos de cocina, algunos cursos y diplomados. Un tiempo después a Luis, el cocinero, le diagnosticaron artritis, así que tuvo que dejar el trabajo y ahí fue cuando le pedí al don quedarme en su lugar. Esa época fue inmejorable.

—¿Por qué te saliste de ahí?

—Hace poco más de cinco meses, murió —dijo poniéndose serio, de pronto.

La chica se cubrió la boca, asombrada.

—Yo... lo lamento.

Alejandro apretó su mano con ternura, suspirando.

—Yo también. Fue un gran hombre, alguien trascendente en mi vida.

—Debió serlo. Parece más un ángel que un humano.

—Sí, creo que lo era.

—¿Y qué sucedió?

—Murió intestado, su único familiar lo heredó todo y me corrió.

—¿Por qué? ¿No sabía que él siempre te había ayudado? No comprendo.

Lucía alterada, enojada. Ese gesto no pudo más que fascinarlo.

—Por eso mismo, Pau. Yo vivía en la parte trasera del local, en un estudio que habíamos acondicionado con los años. Pronto me saldría, ya lo tenía planeado, contaba ya con el dinero suficiente para buscar un lugar propio y para poder solventar lo que me pidieran en la carrera si lograba ingresar.

—¿Vivías ahí? ¿Por qué?

—Porque quise. El viejo me pidió muchas veces que me fuera con él, pero ya te dije, no suelo atarme y la única verdad es que tuve miedo, miedo a encariñarme más y que al final de todas formas me encontrara en el mismo sitio.

—¿Y él lo aceptó, así, sin más?

—No le dejaba muchas opciones, creo que ya te has dado cuenta de lo obstinado y terco que puedo llegar a ser —expresó sereno. Paulina sonrió en respuesta.

—Y nunca se ofreció, no sé, ¿a pagarte los estudios?

—Pau, deja eso. Él es el mejor hombre que he conocido e intentó todo conmigo y, créeme, logró mucho más de lo que imaginas, pero eso no lo iba permitir, ya bastante me daba.

—Es un orgullo absurdo, Alex. ¿Qué tenía de malo aceptar su ayuda?

—Pero si la acepté, vivía ahí, me pagó cursos, me ayudó a terminar mis estudios, se preocupó por mí y cambió mi vida. ¿No crees que era más que suficiente? No podía abusar.

La chica bajó la cabeza, entendiendo.

—Así que de la noche a la mañana te quedaste sin casa y sin trabajo. ¡Qué tipo tan miserable!

—En eso estoy de acuerdo, lo es. No solo por mí, sino por todos, despidió a todos.

—Pero si fue así, algo te correspondía —argumentó. Alex negó haciendo una mueca.

—Yo nunca tuve contrato, jamás se me ocurrió pedirlo o don Horacio hacerlo. ¿Para qué? Era como mi padre, pero ya ves, eso me dejó con un poco de problemas.

—¿Qué hiciste?

—Encontré casi de inmediato un trabajo muy bueno gracias a un cliente que iba con frecuencia. Alquilé un pequeño lugar, me gustaba lo que hacía y me ayudaba a sobrellevar lo que acababa de pasar. Pero, ¡puf! Parece que siempre hay peros, ¿verdad?

Lo escuchaba imaginando todo, atenta, como si estuviese leyendo algo adictivo, de suspenso. Lo cierto era que la forma en la que lo había dicho no era en lo absoluto sufrida, al contrario, le causaba gracia, cosa que admiró aún más. A pesar de todo lo que le contaba no parecía ser infeliz. En menos de cinco minutos le narró cómo aquel cliente embriagado lo provocó de muchas maneras, humillándolo, hasta que le respondió sin poder contenerse y eso le costó el despido.

—¿Es en serio? —rugió abriendo de par en par los ojos—. Si tú no hiciste nada, cualquiera hubiera respondido de esa forma. ¿O qué? ¿Pretendían que le pusieras la otra mejilla? Eso no pasa, por el amor de Dios, la verdad es que no sé quién actuó peor, si ese borracho o el gerente —gruñó con pasión y furia. Alejandro rio encantado por sus reacciones, atento a cada una de ellas.

—Enamorarme de ti va a ser lo único fácil de todo esto, Pau —confesó. La aludida lo miró atontada, nerviosa por aquellas palabras. Alejandro no dudó un segundo, la acercó enredado una mano en su delicado cuello y la besó con una sensualidad cuidadosa que la hizo gemir sin remedio—. Y por si fuera poco, sabes tan bien que esto comienza a ser adictivo —susurró sobre esos labios para después volver a arremeter hambriento.

Casi a las tres de la mañana y gracias a que la temperatura bajó bastante, decidieron que era hora de marcharse.

—Te acompañaré a casa —determinó él. Ya iban a subir al auto.

—Claro que no, yo te dejo en la tuya y después me voy —replicó con sencillez. Alejandro negó con firmeza, acorralándola, de manera que su espalda quedara adherida a la puerta trasera de la camioneta.

—No pienso discutir esto, cuando te vea entrar, me voy —zanjó.

—Es absurdo, Alex, no tomarás un taxi a estas horas, no cuando puedo dejarte en la puerta de tu casa —intentó explicarle como si fuese lo más obvio del mundo.

—De camino marco a uno para que me recoja ahí, eso no es problema.

—Pero... —La silenció aplastando sus labios contra los suyos. Rodeó su cintura con posesividad mientras ella lo recibía aferrando su rostro con ambas manos. Sin darse cuenta Alex le iba mostrando otra faceta y le gustaba. No. Le encantaba. Ese chico era como un cofre de donde cada vez que husmeaba, salían cosas nuevas y maravillosas.

—Pau, no me quedaré tranquilo, por favor... —suplicó. Sus labios aún se rozaban y ya no podía pensar, en ese momento le daría lo que fuera.

—Sé cuidarme —logró decir un tanto mareada por las sensaciones que despertaba cuando lo tenía sobre sí. Su cuerpo cálido, su tacto suave, su olor a limpio.

—Lo sé, pero prefiero que sea así.

—Está bien —aceptó de nuevo, saboreándolo. ¿Quién se podía negar con esos métodos?

Veinte minutos después Paulina detenía el auto frente a una enorme fachada, en una de las zonas más caras y exclusivas. Alejandro intentó ignorar lo que veía y parecer indiferente. Lo cierto era que la joven por la que estaba perdiendo la razón, incluso la voluntad, tenía muchas más comodidades de las que siquiera había imaginado y eso provocó que un pequeño agui-

jonazo de angustia se clavara en el centro de su pecho. Dos minutos después un vehículo aparcó frente a ellos. Era el taxi que había solicitado.

—Ves, ya está aquí y tú en tu casa —le hizo ver tomándola por la barbilla para acercarla.

—No era necesario —musitó exhausta, era tarde. Él acarició su cabello con la mano libre, inspeccionándola, mientras ella, lánguida, se lo permitía.

—Sí lo era, para mí lo era. Ya eres muy importante, así me siento más tranquilo —expresó.

—Tú ganas —dijo deleitada por sus palabras, su cercanía, su forma de tocarla. Alejandro era fuerza, una que la hacía sentir fuerte también.

—Eso es un avance —reconoció el hombre atrapando con su boca uno de sus labios, repasándolo con su lengua, despacio, arrancándole un dulce jadeo, uno que comenzaba a ansiar.

—¿Nos veremos mañana? —preguntó Pau, con ojos dormilones, atenta a cada roce que le daba, dejándose llevar al ritmo alucinante que su novio marcaba.

—Creí que no lo dirías —respondió poniendo un poco de distancia. No podía seguir así.

—Trabajas... Dios, estarás agotado —recordó un tanto decepcionada.

—¿En serio lo crees? —reviró arqueando una ceja—. A las doce, en el parque que está a dos cuerdas del local. ¿Qué dices?

—Digo que... —fingió sopesarlo. El hombre pinchó su cintura provocando que sus risas llenaran aquel espacio.

—¿Te estás haciendo la difícil?

—Solo un poco. *OK*, voy, pero con una condición —dijo. Alejandro enarcó las cejas, expectante—. Que lleves algo de comer, algo que tú hagas.

—Es mi cita, ¿por qué insistes en entrometerte en ellas? —
refunfuñó entornando los ojos.

—Eso no es verdad —se quejó haciendo un puchero.

El auto lo estaba esperando, si ahí continuaba se gastaría mucho más de lo que podía.

—Tendremos que discutir esto después, mañana te veo entonces. Puede ser que lleve algo que te guste —confirmó con premura. Al comprender que se iba, lo detuvo por el brazo y lo besó ahora ella con exigencia, con urgencia.

—Descansa, novio —alcanzó a decir cuando él le daba un último beso y se alejaba.

14

¡¿Por qué el maldito despertador no había funcionado?! Apenas tenía el tiempo justo para llegar.

Se duchó como si el agua se le fuese a terminar de un momento a otro. Con el cabello aún húmedo se hizo una coleta, buscó rápidamente unos jeans, una blusa cualquiera y unas sandalias. Bebió un jugo a toda velocidad y salió corriendo. Las once y media, con suerte, si no había tránsito, llegaría.

—Hija.

Paulina volvió en redondo, acalorada, aventando su bolso al interior de la camioneta.

—Hola, papá —lo saludó con la mano, pretendiendo subir.

—Espera, mi amor, no te he visto y necesitamos hablar.

El hombre llegó hasta ella, pestañeando intrigado. ¿A dónde iba con tanta premura?

—Sí, lo sé... —depositó un beso en su mejilla—. Pero tendrá que ser después, ahora debo irme, ya se me hizo muy tarde.

—¿Tarde? Es sábado, ¿qué es tan importante? —curioseó intrigado. Su hija sonrió negando.

—Ahora no puedo, papá, de verdad, prometo que cuando regrese hablaremos lo que quieras, ¿sí? —suplicó con la mirada

cándida que solía usar para conseguir de él lo que quisiera. Su padre rodó los ojos asintiendo.

—Está bien, jovencita, pero te estaré esperando —ordenó sin el menor atisbo de severidad.

—Sí, *pá*, lo que digas, ahora me voy —le dio otro beso y subió de inmediato.

Darío la observó alejarse. Parecía entusiasmada, alegre, sus ojos lucían muy pizpiretos. Raro porque a ella lo que la caracterizaba era esa mirada bastante fuerte y cautivadora, no suave y dulce. Sonrió sacudiendo la cabeza. Después de todo le daba gusto no verla triste, decaída. Lo que había pasado no era para menos y lo último que quería era que se pudiera llegar a sentir, en una mínima parte, responsable.

Caminó de vuelta a la casa todavía pensando en ella. Supo que llegó en la madrugada y ahora salía como alma que llevaba el diablo, ¿qué estaría sucediendo? ¿O acaso ella era así siempre? No la conocía, ya no y ahora debía hacerlo para poder estar cerca y evitar que hiciera cosas de las que se pudiera arrepentir o tomar decisiones que solo le provocarían más dolor. Aún era muy joven y a esa edad se podían cometer las peores tonterías; ver espejismos, confiar en quien no se debía o intentar llenar los vacíos que en el hogar se tenía.

Pero ya no estaba sola, nunca más lo estaría, él asumiría su papel como debió ser todo ese tiempo y cuidaría de ella, de su hija, como correspondía. Solo esperaba que Paulina lo dejara entrar de nuevo en su vida.



Se estacionó justo a una cuadra del parque y corrió. Las doce con cinco minutos.

—¡Maldito tráfico! —Se quejó.

Lo buscó con la mirada una vez que estuvo ahí. ¿No habría llegado? Agudizó la vista, incrédula. Él le hubiera llamado. De pronto sintió una mano que rodeaba su cintura con mucha confianza y que al mismo tiempo otra cubría sus ojos. Supo enseguida quién era, su aroma, su forma de tocarla, su textura. Él.

—Por Dios, si mi novio te ve creo que se te quitará lo atrevido —soltó rodeando los dedos que le ocultaban los ojos.

Su aliento cálido le erizó la piel, estaba en su oreja, respirando, llenando de aire sus pulmones con su esencia. Sintió el pulso acelerado, enseguida el corazón comenzó con ese ritmo alocado que seguramente en algún punto le provocaría algo de cuidado, parecía querer salirse por su boca. Además, estaban las mariposas, que parecían haber decidido poner su morada en el centro de su estómago porque no dejaban de revolotear alteradas, a lo mejor ya eran saltamontes.

—¿Crees que se ponga celoso? —preguntó él, provocativo. Sonrió pasando saliva. Al hablar había sentido como dejaba un pequeño beso sobre su cuello.

—Eso espero... —admitió con voz estrangulada.

—No solo le quitaría lo atrevido, mi *Hada*, sino que lo dejaría con ganas de jamás volver a posar su vista en la princesa de *mi* cuento —amenazó. Paulina no pudo más y giró para devorarlo. Alejandro la recibió de la misma forma: con urgencia, con deseo, con pasión y con una enorme necesidad de mantenerla pegada a su cuerpo el mayor tiempo posible.

—¿*Hada*? —preguntó ella entre beso y beso. Le gustaba, pero no entendía a qué venía.

—No, mi *Hada* —corrigió besándola otra vez.

—¿Por qué?

¡Dios! Ese chico besaba de una forma tan sensual que poco le faltaba para que sus piernas se hicieran gelatina y dejaran de sostenerla.

—Porque aún no puedo creer que seas real —susurró separándose un poco para clavar los ojos en esos iris plateados que no lo habían dejado casi dormir.

—Entonces, ¿tú qué eres? Porque a mí me pasa igual —admitió evaluándolo, acariciando su rostro con suavidad. Cómo le gustaba.

—Hada se usa para ambos sexos, pero se escucharía extraño. Así que con ser tu novio estoy más que satisfecho.

Era asombroso ver cómo el chico reacio que a veces parecía, poco a poco se iba desvaneciendo dándole lugar a ese otro que era aún mejor; tierno, simpático, cautivador y muy adictivo.

Bajo la sombra de un frondoso árbol, casi en el centro del lugar, Alejandro se acomodó recargando la espalda en el troco y luego la atrajo hacia sí sentándola sobre sus piernas. Le encantaba sentir esa confianza de poder tocarla sin restricción, sin contenerse y darse cuenta de que a ella le pasaba igual. Perdía su nariz en su cuello, rozaba sus labios cada cierto tiempo y buscaba estar lo más cerca que se pudiera de su piel.

—Creí que no llegaba, el maldito despertador no sonó —refunfuñó.

—Pero ya estás aquí. —La besó—. Y me imagino que con hambre. O eso espero.

—¡Claro que con hambre! Alcancé a tomar solo un jugo. Así que dime qué has traído.

Alejandro sonrió sacudiendo la cabeza. Se movió un poco para alcanzar la mochila negra donde lo había guardado todo. Paulina se hincó frente a él y comenzó a ayudarlo. Baguettes cuidadosamente preparados y envueltos de una forma perfecta,

un par de aderezos y algunas verduras que venían separadas, ya que no tenía ni idea de qué le gustaría a su novia.

La rubia se sentó a su lado con las piernas cruzadas mientras él ponía una especie de manta, abría el recipiente, sacaba un termo y un par de vasos de plástico transparente.

—Esto se ve delicioso, Alex —dijo para después darle la primera mordida a su emparedado. Él sonrió complacido, observándola comer todo sin remilgos.

Al terminar, ella se recargó en su pecho, mientras Alex colocaba su espalda en el tronco del árbol.

—¿Qué sabes de tu madre? —preguntó rozando con su pulgar el vientre de la joven.

Suspiró relajada. Se sentía extraordinariamente bien eso.

—Ayer por la tarde, antes de ir a dejar a Javier al aeropuerto, nos comunicamos al lugar... Parece que está bien, ha estado tranquila y no ha puesto resistencia. En tres semanas más podré ir a verla. Espero que realmente le esté sirviendo.

—Ya verás que sí, lo que le ocurrió no debe ser nada fácil... —expresó sereno. Paulina giró, triste.

—Lo sé, para nadie lo fue —murmuró un tanto turbada, Alex acomodó un mechón rubio tras su oreja, despacio.

—No la conozco, Pau, pero por lo que has contado tu madre los ama, es solo que no sabe vivir con lo que ocurrió y en algún punto deberá aprender.

—Eso espero, aún está joven, tiene muchas cosas por hacer y no me gustaría que terminara sus días así: sumida en esa depresión, alejada de nosotros —admitió. Alex besó su frente, quedándose ahí más de un segundo. No era un tema sencillo y lo comprendía—. ¿Sabes? El otro día que hablé contigo en tu casa, por la tarde también lo hice con mi hermano y las cosas fluyeron mejor de lo que creí.

—Oye, eso es bueno.

—Sí, mucho.

—Espero que todo cambie para bien en tu vida.

—Ya está cambiando —declaró acariciando su barba incipiente, atenta—. Tú la estás cambiando y debes saber que, aunque no te conozco desde hace mucho tiempo, sé que es en gran parte porque tú apareciste. Me despertaste, ¿comprendes? Es por eso que no te dejaré ir fácilmente —expresó con seguridad.

Alejandro no pudo hacer más que acercar su boca a la de ella. Atrapó primero un labio, luego el otro, para terminar aprehéndola con posesividad al sentir que Paulina lo invadía con ansiedad, con deseo.

La decisión estaba tomada, las cartas echadas.



—¿Papá?

Paulina entró en la casa llamándolo, no lo veía por ahí como supuso. Lorena apareció sonriente, acercándose con dulzura. Era una mujer muy guapa, de cabello negro y tez blanca, a diferencia de su madre, que tenía el pelo y ojos del mismo tono que ella.

—Hola, corazón —siempre la saludaba así y a Paulina no le incomodaba en lo absoluto pues no percibía ni una pizca de hipocresía.

—Hola, Lore. ¿Sabes dónde está papá? Dijo que aquí nos veíamos.

La mujer asintió con su común serenidad.

—Está en el jardín, me dijo que ahí te esperaba. Enseguida les mando algo de tomar, porque ya comiste, ¿cierto?

—Sí, gracias. Iré a buscarlo, te veo más tarde —se despidió alzando la mano. La mujer le sonrió a cambio y se dirigió a su

estudio, donde solía pasar horas pintando cuadros que luego vendía a precios de verdad exorbitantes.

En cuanto Paulina salió dio con él. Estaba sentado en aquel lugar en el que a veces desayunaban. Caminó hasta ahí, sonriendo.

—Hola...

Darío se levantó de inmediato.

—Hola, mi amor, te has tardado bastante —se quejó dándole un beso en la frente e indicándole un sitio para que se sentara, justo a su lado.

—Lo siento, pero ya estoy aquí —expresó recargándose en el respaldo con desgarbo. Su padre la estudió por unos segundos. Paulina lucía distinta, algo estaba ocurriendo.

—Y... ¿se puede saber dónde andaba mi pequeña? —preguntó fingiendo no darle mucha importancia, aunque vaya que deseaba saber.

—Con mi novio —soltó distraída. Darío casi escupió su bebida.

—¿Novio? ¿Tienes novio? —preguntó atónito. Paulina asintió desconcertada, ¿qué tenía de raro?

—Sí, ¿acaso no debo? ¿O crees que soy tan fea que...?

—No juegues conmigo, sabes bien que eres preciosa y problemas de autoestima no tienes, pero... No sabía. ¿Quién es? ¿Dónde lo conociste?

—¡Eh! Calma, es un chico, y créeme cuando te digo que es el mejor que he conocido. Se llama Alejandro. —No le molestaba en lo absoluto contestar lo que le preguntara, no había nada que ocultar.

—¿El mejor que has conocido? —repitió asombrado. Eso era nuevo. ¿Debía preocuparse?

—Sí, por lo menos hasta ahora es lo que pienso —concedió risueña. Darío elevó una ceja, perplejo ante la seguridad con la que lo decía.

—¿Y es formal su... relación? —quiso saber, intrigado. Paulina rodó los ojos, divertida.

—Estamos empezando, pero supongo. De mi parte sí, sí va en serio, no suelo jugar a tener novio —dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

Lucía serena, contenta, radiante era la palabra más adecuada para la imagen que sus ojos absorbían en ese instante.

—No, claro, eso lo sé, mi amor. De hecho solo he sabido de dos —dijo recordado con furia lo que Javier le había contado hacía unos días en el bar del club sobre el imbécil de Pablo.

—Pues ese ha sido mi amplio repertorio... hasta ahora —reconoció con picardía.

—¡Oh!

¿Qué más decía? Su hija hablaba con seguridad y holgura, sin vergüenza. Ese chico debía saber lo que hacía, porque para lograr ser algo más que su amigo después de tanto tiempo debía tener algo especial. Tendría que averiguar de quién se trataba.

—¿Y cómo lo conociste? ¿Qué hace? ¿Dónde vive? —cuestionó. Paulina arrugó la frente, pestañeando.

—Tranquilo, papá, no me voy a casar mañana, es solo mi novio. Y lo importante es que es un buen hombre, trabaja y se gana la vida de forma honrada. Es respetuoso y me encanta, eso es lo que vale, ¿no?

Darío asintió con más curiosidad que hacía unos segundos.

—Solo espero que no sea un idiota como Pablo, porque ese jovencito aún me debe una, eh —Paulina abrió los ojos de par en par ruborizándose de inmediato—. Sí, hija, lo sé, tu hermano me lo dijo y déjame decirte que además de la decepción, me dio mucho coraje que se portara de esa forma, nunca lo imaginé, no de él. Siempre andaban de un lado para otro y cuando... —Pasó saliva agarrando valor, ahí iba la primera muestra de que las cosas iban a cambiar, se lo prometió a Javier, a sí mismo,

pero sobre todo a ellas— murió Priscila —logró decir con ese nudo en la garganta. Paulina abrió los ojos de par en par, estática al escucharlo—, no se despegaba de ti. Pero mira que me vio la cara, bajo esa piel de cordero había todo un lobo, muchacho estúpido —rugió claramente enfadado.

—Papá, tú hablaste de... mi hermana —señaló asombrada.

De todo lo que escuchó, lo que de verdad la turbó fue esa parte, lo demás claro que la desconcertó, pero no le preocupaba, nada referente a ese tarado lo hacía. Su padre se pasó las manos por el cabello asintiendo, mirándola con intensidad.

—Sí, hija, y así comenzará a ser de ahora en adelante. Sé que hablaste con tu hermano hace unos días y él me hizo ver unas cuantas cosas en las que no había siquiera reparado... o había querido ignorar.

El hombre se acercó a ella para colocar una mano sobre la suya. Paulina comenzó a sentir las lágrimas agolparse sin remedio.

—Mi cielo, lamento mucho haberme alejado, haberme encerrado en mi dolor y no ver lo que en mi familia ocurría. Siento mucho más que por no dejar de pensar en ese día tan espantoso, me haya perdido todos los demás días contigo.

—Papá... —sollozó, llorando. No podía creer que estuviera escuchando eso, era simplemente mejor que un sueño.

—No, déjame hablar a mí, pequeña. Hace mucho tiempo, cuando aquella desgracia ocurrió y... perdimos a tu hermana, yo... —La voz se le quebraba, pero Paulina no podía ayudarle, ella misma sentía un nudo enorme en el pecho que iba viajando hasta su garganta y que por lo mismo no le permitía hablar—. Te juro, hija, que no existe un dolor más grande que ese. La muerte de Priscila hizo que perdiera de vista todo por lo que tanto tiempo trabajé y luché: ustedes, mi familia. Me sentía tan vacío, tan lleno de rabia, de rencor, de odio hacia la vida, que no podía voltear y darme cuenta de lo que estaba generando con esa actitud. Todo,

mi existencia en sí, tomó otro rumbo y ahora me doy cuenta de lo que hice: me escondí como un avestruz, logrando que ese tema no se tocara nunca para así enterrar aquella pesadilla y sin proponérmelo, fui construyendo sobre ese engaño, otra vida —tomó aire mirándola penetrantemente—. Una en la que el recuerdo de Priscila solo existía en mi cabeza, pero no en mi cotidianidad, fingiendo que de ese modo dolía menos, la extrañaba menos y las cosas iban mejor, ya que nadie sufría recordándomela. Fue un error, Paulina, un espantoso error. Tú, tu hermana, Javier, nadie merece esto. Ella debe vivir en nuestros recuerdos, pero no de una forma llena de dolor y culpas, sino con alegría, recordando lo que era, cómo era, su sonrisa, su energía —se limpió con el dorso de la mano las lágrimas que derramaba—, y eso es lo último que ha sucedido, ¿verdad?

La chica asintió hipeando y sonriendo a la vez.

—No sabes cuánta falta me hacía que esto sucediera. También ignoré a propósito todo para continuar con mi vida y ahora sé que no debí hacerlo, que la única realidad es que necesito enfrentarlo, superarlo, no fingir que ya no duele, que todo va bien.

—Estaremos bien, mi pequeña, te lo prometo. Será difícil, pero superaremos lo que sucedió de otra forma, juntos, y te suplico que me permitas cerrar las heridas que mi comportamiento te produjo todos estos años. Te perdí de vista y... te dañé, eso es algo que ahora sé y me duele más reconocerlo, por lo mismo necesito que cambie, quiero que puedas encontrar en mí a aquel padre que debí haber sido todo este tiempo.

—No te culpes, tú tampoco estabas bien, papá, nadie lo estaba...

El hombre acarició su mejilla admirando su nobleza, el valor que mostraba. Su hija ya no era una niña, bajo sus narices se había convertido en una mujer valiente, fuerte y decidida.

—No me disculpes porque, aunque eso es verdad, la diferencia aquí es que yo soy tu padre, y en aquel momento el adulto. Debí de acercarme a ti, cuidarte, protegerte... Ahora ya eres una mujer y perdí un valioso tiempo que jamás podré reponer, sin embargo, te juro que haré todo para que desde este día en adelante tú seas feliz, mi amor, eso es lo único que de verdad me importa; tu felicidad y la de tu hermano.

—Gracias, papá —logró decir con el llanto desbordado acercándose a él mientras este la recibía en sus piernas para acunarla como cuando era una niña—. Te amo y sí, te he extrañado muchísimo.

Darío acarició su espalda también con las lágrimas recorriendo sus mejillas.

—Tú eres mi vida, hija, nunca lo olvides.

Lo abrazó con fuerza, disfrutando de ese increíble momento. Fue más sencillo de lo que alguna vez imaginó y en su interior no podía dejar de pensar que de alguna manera se lo debía a él, a ese chico de ojos miel que había llegado sin aviso a trastocar su mundo, que despertaba tantos sentimientos y sensaciones que nunca había experimentado.

15

Alejandro estaba cerrando cuando la escuchó. De inmediato experimentó aquella descarga, la sensación de que la sangre corría a un ritmo frenético por todo su cuerpo. Volvió en redondo, sonriendo. Paulina ya estaba a menos de un metro mirándolo de aquella forma tan suya, peculiar. Importándole un comino que Said aún estuviera ahí, se acercó, la tomó por la cintura y la besó. La chica reaccionó de inmediato rodeando su nuca para pegarse más a él, a ese cuerpo masculino y fuerte que le fascinaba.

—Mh, mh, mh.

Alejandro soltó aquellos labios con los que había soñado toda la tarde, sonriendo.

—Creí que ya te habías ido —bromeó alzando una ceja, sin soltar la cintura de Pau. Esta se rio bajito.

—Yo... bueno... Sí, claro, lo que pasa es que, bueno, ¿nos vemos mañana? —tartamudeó nervioso.

—Claro, nos vemos mañana y pasado y el que sigue —le recordó divertido.

—Sí, claro, como siempre, ¿verdad? Bueno, adiós, Paulina —se despidió con un ademán.

—Adiós, Said, descansa —respondió. El chico pareció haber escuchado a los mismísimos ángeles, sus mejillas se ruborizaron y comenzó a pestañear de forma disorde.

—Sí, eso haré, descansaré. Ustedes también.

—Ya te ibas... —le recordó Alejandro estudiándolo de forma burlona mientras Paulina sonreía con curiosidad. El chico le parecía de lo más simpático, pero estaba actuando algo extraño.

—Sí, ya. *OK*. Adiós...

—Adiós —ratificó el castaño, riendo.

Unos segundos después por fin lo hizo. Paulina y Alejandro lo observaron claramente divertidos.

—¿Qué le ocurría?

—Tú —contestó con sinceridad, mirándola de reojo, desde su altura.

—¿Yo? —preguntó alzando el rostro.

—Sí, cada vez que te ve le tiemblan las piernas.

—Qué exagerado eres —le hizo ver rodando los ojos.

Más tarde se estacionaron en el centro de un lugar cultural muy conocido en la ciudad, pero al que no solía ir. Él había tomado de nuevo la iniciativa. En las aceras gente iba y venía. Bares bohemios, cafés, cantinas, y personas cantando o recitando alguna obra en las calles de la plazuela. Bebiendo de sus *lattes*, agarrados de la mano, caminaron observándolo todo.

De vez en vez se detenían para escuchar algún espectáculo callejero o para simplemente besarse. Casi era la una cuando terminaron sentados sobre una banca, ella recargada sobre su pecho mientras él rodeaba su cintura con esa confianza que sentía desde el minuto en que la besó el día anterior. Paulina aprovechó el momento de calma para contarle lo sucedido con su padre.

Alejandro la escuchó complacido. Esa chica era especial, por lo mismo el temor aumentaba en la medida que crecía lo que

comenzaba a sentir por esa hada que por ahora estaba ahí, bajo su resguardo, creyendo en él, confiando en él y necesitando de él.

—Sigues pensando que no deberíamos... —adivinó Paulina, interpretando su expresión, de pronto su gesto lucía ausente, serio. En respuesta él tomó su barbilla para acercarla a su boca.

—Sigo creyendo que somos muy diferentes, pero ni teniendo la certeza te dejaría ir, no si tú no lo quieres —expresó frotando su nariz con la suya, para luego rozar sus labios.

—Alex, me gusta estar contigo, no sé qué sea, pero me atrae *tanto*. Cosas que jamás compartí, que nunca creí que pudieran pasar, ahora están ocurriendo y no puedo dejar de pensar que hasta cierto punto es por tu presencia. Así que créeme, quiero estar aquí, deseo estar aquí incluso teniendo la certeza de que sí, gracias al cielo, somos diferentes.

Alejandro sonrió comprendiendo al fin la utilidad del corazón, ese que palpitaba como un demente al saberla suya, a su lado, feliz de tenerlo.

El lunes por la mañana despertó sonriendo. Por primera vez, desde que tenía memoria, se sentía vivo, vivo de verdad y aunque las dudas no se disipaban, había logrado hacerlas a un lado gracias a lo que ella despertaba en él. Pau más tarde pasaría por él. No tenía ni idea de a dónde irían, situación que seguía generando cierta resistencia.

¿Cuánto tiempo tardaría en saltar la diferente educación, los intereses, su propia carencia de recursos y posibilidades para acompañarla en un tren de vida que ni en sueños podría solventar?

El sonido de su celular lo sacó de forma abrupta de su divague. Tomó el aparato que timbraba sin parar. Era Nadia. Contestó tumbándose otra vez sobre su cama.

—¿Dónde te has metido? —Fue lo primero que escuchó del otro lado de la línea. Alejandro rodó los ojos, sonriendo.

—Donde siempre y no te hagas la víctima que no te queda, mejor cuenta cómo va todo.

La chica bufó.

—*Sí, tienes razón, he sido yo la ocupada. Es que este trabajo va a terminar conmigo.*

—Así eres feliz, deja de quejarte.

—*No siempre, eh, a veces me cansa. Peeero: hoy no iré, ayer hubo evento y el jefe nos citó hasta en la tarde. Vamos a desayunar, hace más de un mes que no te veo y aunque sé que tu vida es muuuy aburrida, la mía no y debes saber todo lo que ha pasado.*

Alejandro sonrió sacudiendo la cabeza. Así era Nadia: divertida, muy activa y de personalidad arrolladora. Por lo mismo tenía el trabajo que siempre había soñado; organizaba y dirigía eventos. Desde bodas, hasta bautizos o cualquier cosa de ese estilo. En ocasiones viajaba y otras no existía forma de saber de ella hasta que el acontecimiento en turno terminaba.

—Ya imagino; un chico, besos, coqueteo, un par de cenas, la cama y después, demasiado posesivo, entrometido, te cansó y lo mandaste a la mierda.

—*¡Ey! ¿Me espías?* —lo cuestionó fingiendo asombro.

—¿Tú qué crees?

—*Que eso sería interesante... Tú de Sherlock Holmes, siguiendo mis pasos para ver qué es lo que hago cuando no nos vemos.*

—Y dejando mi vida de lado para ver lo interesante que es la tuya, ¿no?

—¡Claro!

—Mejor dime a qué hora y dónde...

—*Estoy a por ti en treinta minutos, serás mío hasta las tres, después tengo cita para otro proyecto* —advirtió. Nadia estaba acostumbrada a imponerse, a hacer que todo se hiciera a su modo.

—Lo siento, *Gusana* —se disculpó usando aquel apodo con el que solían hablarse de niños y que aún seguían empleando—, debo estar aquí a la una.

—*No, no, no, no entendiste, Bicho, no te he visto y planeo pasar un buen rato junto a mi amigo, así que deja lo que tienes en mente, porque no te soltaré hasta esa hora* —ordenó con firmeza.

—Esta vez así tendrá que ser. Aquí a la una o nos vemos otro día —sentenció.

—¿*Qué debes hacer a esa hora?* —quiso saber la chica, curiosa—. ¿Otro trabajo? ¿*Conseguiste otro empleo y no me dijiste?* ¿*O es algo que no sé?*

—Algo que no sabes... Nos vemos en media hora —cortó aventando el teléfono a su cama para enseguida tomar una toalla y darse una ducha.

Vaya sorpresa que se llevaría Nadia cuando supiera que por primera vez desde que tenían doce años, había vuelto a tener novia. Ya se podía imaginar su expresión. Rio.



—¿Qué?! Repite eso, Alejandro, que tú ¿qué?

Prácticamente le había escupido el café encima. Sus mejillas estaban encendidas, los ojos desorbitados. El chico enarcó una ceja, divertido.

Había pensado en muchas reacciones, pero esa no. Sin embargo, ver a su amiga de toda la vida así de descolocada por aquella noticia no pudo más que causarle gracia. Llevaban más de dos horas conversando sobre sus aventuras, sus proyectos, los chicos que desfilaban por su vida sin que ninguno le produjera más que un simple deseo que después de un par de encuentros se terminaba sin remedio.

Nadia era una chica que había pasado de ser escuálida y más parecida a un niño, a convertirse, en cuanto comenzó su carrera, en una joven atractiva, de tez blanca, ojos cafés tan oscuros que parecían negros, al igual que su cabello; con enormes rizos que ahora sabía muy bien acomodar para que la hicieran ver sofisticada y estilizada. Se vestía y maquillaba impecable, y hasta sabía contonear las caderas para atraer la atención de quien quisiera.

Era hermosa, eso era innegable y una gran persona. Sin embargo, al igual que Alejandro, era orgullosa. Salvo a sus padres, Jesús y él, nunca la había visto dar más; siempre cautelosa, a veces incluso déspota y grosera, restringiendo muestras de afecto, con una independencia asombrosa y jamás había creído en nada que no pudiese palpar.

Para ambos las fantasías, los sueños, eran algo absurdo, algo que había muerto durante sus infancias, gracias a que cada vez que lo intentaban, alguna situación terminaba con ello. No obstante, a diferencia de él, y gracias a sus padres, esa joven había logrado alejarse de aquel mundo que lo absorbió una época de su vida justo después de que ella se fuera... Nadia tuvo la suerte de poder tener una adolescencia en relativa calma y pudo vivir una vida prácticamente normal, claro, siempre con un dejo de rebeldía que en más de una ocasión le causó algún problema.

—Sorda nunca has sido. ¿O creías que nunca tendría una? —preguntó cruzando sus brazos tras la cabeza, relajado. La chica entornó los ojos, desconcertada.

—¿Es verdad? Así que... Tienes novia.

—Dios, haces que empiece a pensar que creías que eso jamás sucedería. ¿Qué tan mal estoy? Las mujeres siempre me han gustado, no sé qué tiene de raro —bromeó torciendo la boca con desgarbo.

Su amiga perdió la mirada en el exterior de aquel restaurante donde, desde hacía muchos años, solían verse.

—Sabes que no, y además ciego no eres. Es solo que no creí que... bueno... No sé... ¿Cómo la conociste? —quiso saber estudiándolo, intrigada.

Alejandro notó su desconcierto y hasta cierto punto la entendía. Nadia, a lo largo de todos esos años, había sido la única mujer con la que compartía cosas personales, íntimas, por otro lado, ella era celosa, posesiva y muy territorial en cuanto a él y Jesús, por lo que esa reacción era la más lógica en su casi hermana.

—En los sushis.

—¿Y qué hace? ¿Trabaja? ¿Estudia? Por favor no me salgas con que es una mocosa, eh.

—¿Qué pasa contigo, *Gusana*? Parece que no me conoces.

—Todavía recuerdo a la última noviecita que tuviste, era una niñita que no hacía más que besar el suelo que pisabas. Ridícula.

—Tenía doce años, y tú siempre has sido exagerada, pobre chica, aún recuerdo que le hiciste ver su suerte, eras siniestra.

—Se lo merecía. Mejor hálame de ella. ¿Va en serio? O nada más es algo así como un pasatiempo.

—Nunca he necesitado una novia para eso, Nadia, y lo sabes. Paulina me gusta, me gusta mucho más de lo que puedes imaginar y no jugaría con ella.

La joven asintió al mismo tiempo que tomaba de su café intentando esconder lo que en su interior sucedía.

«Paulina, Paulina», hasta nombre chocante tenía la tal noviecita. Se sentía rabiosa, molesta, incluso enojada, pero, ¿por qué? Qué más daba si Alejandro andaba con alguien. Ciertamente no estaba acostumbrada a verlo acompañado, pero... ¿por qué sentía que si la tenía en frente a esa tal *Paulina* la desollaría?

—Entonces...

—Entonces tienes que conocerla. Te caerá bien.

Nadia pestañeó sintiendo cómo su rostro volvía a enrojecerse. ¿Conocerla? ¿Para qué?

—Sí, podría ser. ¿Y qué hace? ¿A qué se dedica?

Alejandro tenía ese dichoso brillo del que todo mundo hablaba y el cual creía, hasta ese momento, eran puras tonterías. En cuanto hablaba de ella su sonrisa se ensanchaba y su gesto se suavizaba, incluso parecía mucho más abierto, menos silencioso. ¿Qué putas estaba pasando?

—Estudia, este año termina su carrera —expresó con orgullo.

¿Dónde mierdas estaba su amigo, el hombre con el que había crecido? Porque ese que tenía en frente no parecía ser *Bicho*. Siempre había sido distante, hablar con él era sencillo, pero porque no era de muchas palabras. Sabía que a ella, a Jesús, a don Horacio y sus compañeros de trabajo, les tenía cariño, le eran importantes, pero para todos era evidente la línea que ponía para que nadie pasara. Era como si tuviese miedo a dar más, a necesitar.

Sin embargo, en ese instante, sin entender muy bien cómo, se dio cuenta de que esa barrera estaba derrumbándose, que esa chica, fuera quien fuera, estaba logrando lo que nunca nadie pudo y que él, su compañero de penas, de privaciones, de alegrías, de travesuras, de vida en sí, por primera vez estaba poniendo a alguien por encima de todos aquellos con los que creció y convivió gran parte de su vida.

—O sea que no trabaja —dedujo. Alejandro la miró, serio.

—No tiene necesidad, Nadia —admitió. Su amiga enarcó una ceja.

—¿No tiene necesidad?

—No, su familia... es gente de mucho dinero —soltó jugando con el salero. Nadia arrugó la frente sin comprender.

—Cuando dices mucho dinero te refieres a...

—Mucho, mucho dinero. Lujos, viajes, ropa de marca... A todo eso. A tanto dinero que resulta absurdo.

La chica cruzó los brazos sobre su pecho, con los ojos abiertos de par en par.

—*Bicho*, pero, ¿ella sabe de ti? Quiero decir, ¿sabe de dónde vienes? —cuestionó aturdida. El castaño asintió sin mostrar ni un pensamiento—. ¿Y? ¿Qué opina? No me digas que le dio igual...

—A ella eso no le importa.

—¡Já! Es ridículo, Alejandro. Escucha, no quiero ser grosera, pero dudo que sus padres brinquen de gusto cuando sepan que su princesita está con un chico que duerme en un cuarto y que creció en un orfanato.

—Lo mismo le dije —confirmó apretando el objeto que tenía entre sus dedos, tenso.

—¿Y tampoco le importa? Por favor, esa no me la creo. Puede ser que para ti no sea un juego, pero, ¿estás seguro de que esa chica no es lo que busca?

Alejandro clavó su mirada férrea sobre la suya, molesto.

—Paulina es una mujer diferente, si no lo creyera no estaría con ella. Me conoces, no soy ningún imbécil crédulo.

—No, bueno, claro que no lo eres, *Bicho*. Por eso me extraña más todo esto. ¿Sabes en qué te estás metiendo? Deja a su familia de lado, a lo mejor no se enteran pronto, pero... ella misma, los lugares que frecuenta, el tren de vida que lleva. ¿Qué cosas podrían hacer juntos sin poner en peligro tu precaria economía? Lo ahorras todo para la carrera, y con lo que te hizo el bastardo aquel, bueno, no viste ni siquiera un centavo por haber trabajado tanto tiempo en ese lugar. Eso sin contar que tú, por terco, apenas le habías devuelto al don el dinero de los cursos y talleres que te pagó.

—Deja eso, debía hacerlo, ya te lo he dicho miles de veces.

—Sí, pero era innecesario. Él te lo repitió hasta el cansancio. Ese hombre lo hacía desinteresadamente, además te hubiera servido de gran ayuda cuando ese tarado te botó sin más.

—Nadia, él no era nada mío, e hizo bastante por mí. Nunca me hubiera sentido cómodo si no hubiera hecho eso.

—Lo sé, lo sé. Mejor dime, ¿a qué clase de sitios podrías invitarla? ¿Ya vio tu casa?

—No estaría al lado de una típica niñita superflua y vacía, creí que me conocías mejor —refutó recargándose por completo en el respaldo.

—OK, ya entendí, es una chica inteligente, sencilla, que no le interesa que tú no tengas dinero, que provengas de quién sabe Dios dónde y que en lugar de casa vivas en un cuarto de azotea —rebatí con sorna, incrédula.

—¿Sabes qué?, mejor hablemos de otra cosa —masculló un tanto enojado.

—No te gusta escuchar la verdad, Alejandro, sabes que jamás seré la dulce mujer que te dirá lo que quieres oír. No crecimos rodeados de cuentos, ni fantasías, sabemos lo que es luchar, pelear por lo que queremos. Y sí, no puedo creer que alguien que ha tenido toda su vida mucho más que resuelta, no le importe que no tengas un céntimo, que seas un chico que viene de la calle y que ni siquiera vivas en una casa normal. Discúlpame, esto no es una película.

—¿Y crees que no lo sé? ¿Crees que soy tan idiota como para pensar que esto durará más de lo que dura un suspiro? Claro que no, Nadia, esa chica me gusta, me gusta demasiado. Pero no soy ingenuo, sé de sobra que todo eso terminará separándonos, alejándonos. Solo no quiero pensar en ello, no ahora. Nunca me he dejado llevar, y aunque soy consciente de que esto está mal, que me costará caro poner mi mirada en alguien que pertenece a otro mundo. ¿Sabes qué?, no me importa: cuando

la veo no puedo más que pensar en que, si no lo intento, seré el pendejo más grande que exista sobre la Tierra, y que me arrepentiré toda mi vida por no arriesgarme por una mujer por la que vale la pena luchar.

—Mierda, te pegó fuerte.

—No tienes idea.

—Parece un dechado de virtudes —apuntó con ironía, esa que él detectó de inmediato.

—Es un humano, defectos tiene, pero así me gusta, imperfecta, como es.

—Apenas la conoces, hace un mes que nos vimos no sabías de su existencia —le hizo ver retadora.

—Lo que me ha mostrado es suficiente para saber que es la clase de mujer por la que perdería la razón sin ningún problema —atajó.

Nadia cada vez se sentía más furiosa, dolida, irritada. Odiaba que hablara de una mujer de esa forma. Alejandro no era así. De la única chica por la que solía sentir orgullo, era ella, de las demás ni siquiera parecía ser consciente. Y ahora llegaba esta mujercita y de buenas a primeras se ganaba su respeto, su admiración y, por cómo iban las cosas, en unos días, su corazón.

—Veo que lo tienes decidido.

—Sí, y estoy dispuesto a llegar hasta donde se pueda.

—Espero que no te salga demasiado cara esta decisión. Entre más alto vuelas, la caída es mucho más dolorosa —le recordó enarcando una ceja.

—Y también la vista es mucho mejor —la acalló con la misma expresión.

—Bien, tú ganas, lo que importa es que estás contento —buscó suavizar las cosas. Ambos eran de carácter fuerte, pero Alejandro, a diferencia de ella, ya no era impulsivo, ni se dejaba llevar por sus sentimientos, así que debía dejar el asunto ahí.

Se daba cuenta de que, por primera vez, entraba a un territorio en el que él estaba dispuesto a desplegar todo su armamento, así que retirarse de ese rumbo era lo mejor—. Y claro que me encantaría conocer a la chica que trae al inalcanzable de mi amigo así.

Alejandro sonrió más relajado.

—Me adentré en esto con completa conciencia y no por eso la dejaré ir sin haberlo intentado —aseguró. Su amiga fingió una sonrisa colocando una mano sobre la suya.

Nunca habría creído que verlo enamorado de alguien dolería tanto. Lo cierto era que debía procesar todo aquello para definir muy bien qué era lo que en realidad sucedía en su interior: si eran celos de amiga, de hermana o de una mujer que estaba a punto de perder al hombre por el que había estado esperando tanto tiempo.